SU AMISTAD LO CAMBIARÁ TODO

EL ÚLTIMO OSO

«INOLVIDABLE.»
Michael Morpurgo

HANNAH GOLD

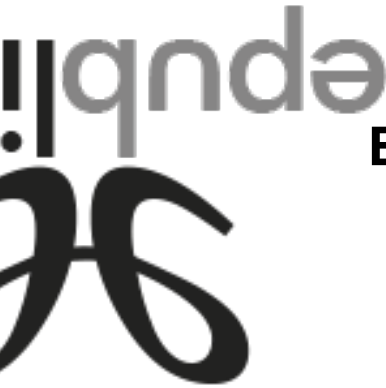
ILUSTRADO POR LEVI PINFOLD

Ya no quedan osos polares en la Isla del Oso.

O, al menos, eso le dijo su padre el día que se trasladaban al Ártico, donde él iba a trabajar durante los siguientes seis meses. Pero un atardecer, a April le parece ver una enorme silueta en el horizonte.

Recortado contra el sol, algo se mueve. Sucede en un abrir y cerrar de ojos. Algo grande que avanza a grandes pasos y totalmente inesperado. April vuelve a parpadear. Sea lo que sea, ya no está. Pero podría jurar que acaba de ver un oso polar.

Elegido libro de la semana por *The Times* y libro del mes por *The Bookseller*, este exitoso debut es un grito de guerra para salvar nuestro planeta.



Hannah Gold

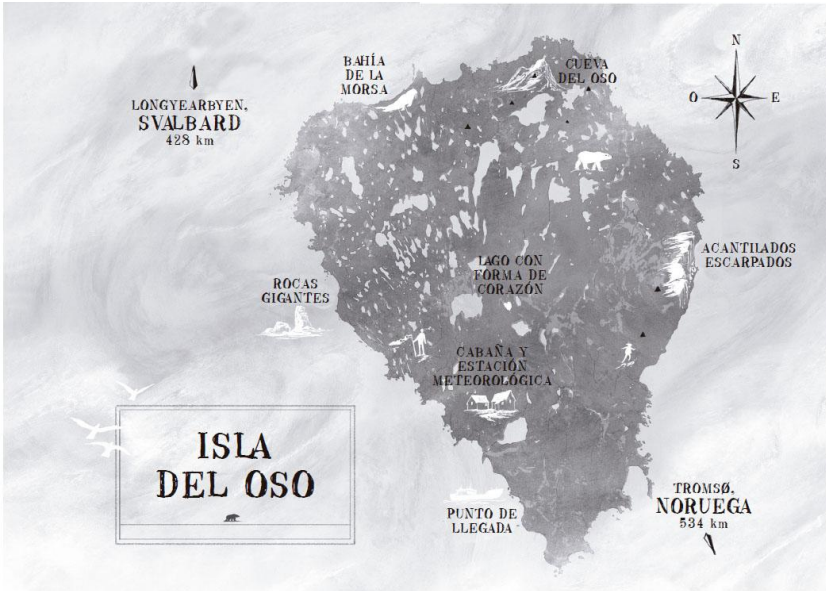
El último oso

ePub r1.0
Titivillus 08.09.2022

Título original: *The Last Bear*
Hannah Gold, 2021
Traducción: Marcelo E. Mazzanti
Ilustraciones: Levi Pinfold

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mis padres, al planeta y a todos los osos polares


ISLA
DEL OSO
LONGYEARBYEN,
SVALBARD
428 km
BAHÍA
DE LA
MORSA
CUEVA
DEL OSO
N
O
E
S
ACANTILADOS
ESCARPADOS
LAGO CON
FORMA DE
CORAZÓN
ROCAS
GIGANTES
CABAÑA Y
ESTACIÓN
METEOROLÓGICA
PUNTO DE
LLEGADA
TROMSØ,
NORUEGA
534 km

Capítulo Uno

La carta

April Wood se encontró cara a cara con el oso polar exactamente tres semanas después de llegar a la Isla del Oso. Pero antes de eso, claro, tuvo que llegar hasta allí, en un viaje que comenzó cuatro meses atrás.

Hasta ese momento, la vida de April había sido bastante normal, aunque ella era la primera en reconocer que era una «normalidad rara». Su padre era científico en una universidad cercana y dedicaba todo su tiempo a investigar los ciclos meteorológicos. El hombre, al igual que el clima, llegaba y se iba de casa a las horas más impredecibles; podía entrar a las once de la noche o salir cuando ella llegaba a casa del cole. Trabajaba algunos fines de semana y después tenía tres días libres. Pero incluso entonces se encerraba en su estudio y hundía la cara en viejos libros polvorientos, escritos con una letra tan pequeña que los ojos dolían al leerlos. Cuando April le llevaba la tetera o la cena, él negaba con la cabeza, se quitaba las gafas y la miraba con curiosidad, como si se le hubiese olvidado del todo que tenía una hija. «Oh —le decía—, gracias… April». Y volvía a bajar la cabeza y mordía la punta del bolígrafo mientras ella se iba y cerraba la puerta del estudio en silencio.

April tenía apenas cuatro años cuando su madre murió, y cada vez que pensaba en ella era como recordar un precioso día de verano que había vivido una vez. Su padre no había vuelto a casarse, y se notaba en la casa. El edificio era alto y estrecho, y tenía un aspecto ligeramente infeliz; dentro parecía que siempre

hiciera frío. Todo tenía una fina capa de polvo, y se respiraba la horrible sensación de que faltaba algo, aunque April nunca supo definir aquel sentimiento.

Pasaba la mayor parte del tiempo en el jardín trasero, donde vivía una familia de zorros urbanos entre los arbustos crecidos y descuidados. Estaba fascinada con uno en particular, al que llamó Braveheart porque una vez casi la había dejado darle de comer unas fresas de la mano. El tiempo que pasaba en el jardín parecía volar, y solo se veía interrumpido por el colegio. A April no le gustaba el colegio, o quizá fuera ella la que no gustaba a las niñas del colegio. No sabía si se debía a que olía a zorro o a que se cortaba el pelo con unas tijeras de jardín. Fuese como fuese, no le importaba demasiado: prefería los animales a los humanos. Eran más amables.

Y entonces llegó la carta.

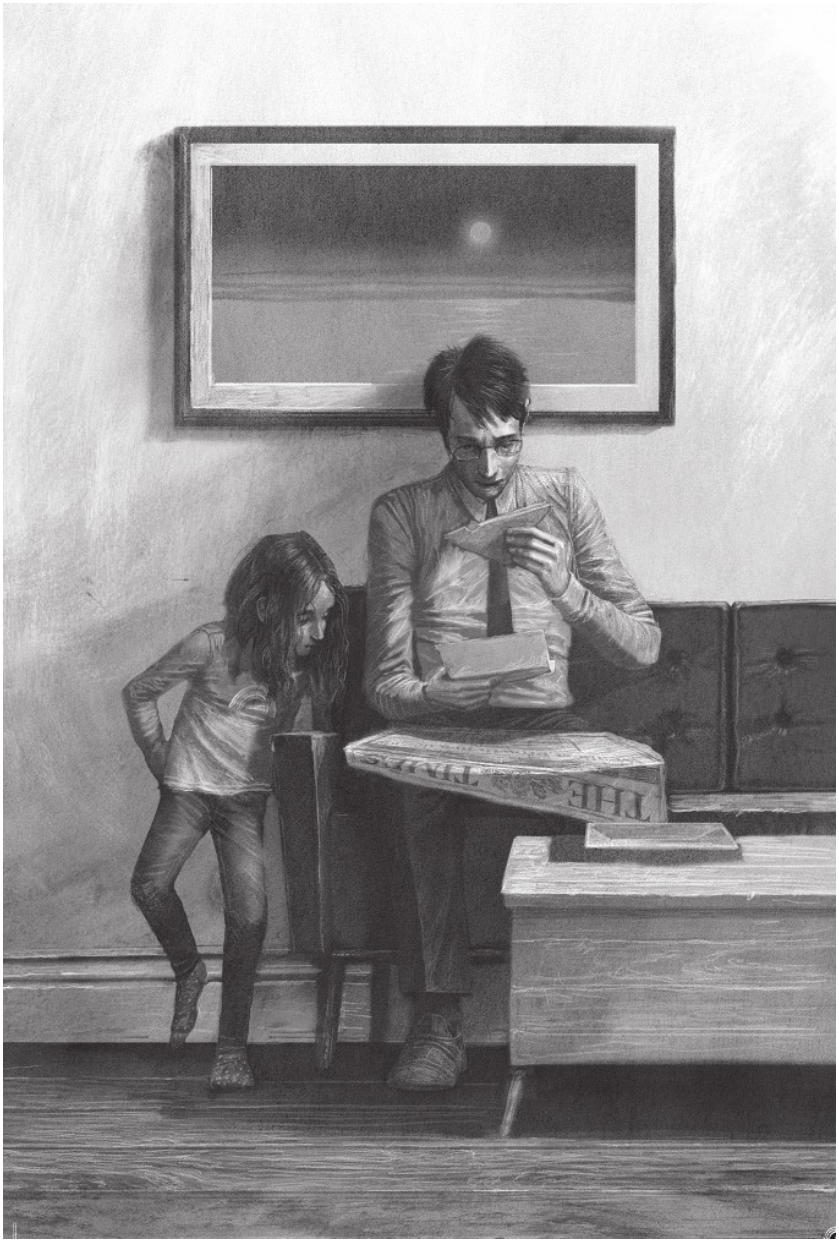
April estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, comiéndose un bol de cereales, mientras que en la otra punta de la sala su padre sostenía una tostada que goteaba mermelada sobre el periódico. Era finales de noviembre, y April corrió a la puerta cuando el paquete aterrizó con un ruido sordo sobre la esterilla de la entrada. ¿Sería una felicitación de Navidad de la abuela Apples? No solo le gustaban sus tarjetas sino que además era su abuela preferida porque olía a postres calientes y repletos de azúcar y además vivía a la orilla del mar.

Pero no se trataba de una felicitación de Navidad, sino que era un gran y grueso sobre con sellos de Noruega y que tenía escrito en texto de tampón ASUNTOS GUBERNAMENTALES OFICIALES.

Lo dejó al lado de la tostada de su padre, y este lo cogió sin mirar. Cuando iba a pegarle un mordisco se detuvo y, al ver lo que era, puso una mirada rara, como si alguien lo hubiese hechizado.

—¿Qué es? —le preguntó la niña.

—Nos vamos al Círculo Polar Ártico —respondió él mientras leía y parpadeaba rápidamente—. Me han dado el trabajo. La verdad es que no creía que fuera a conseguirlo; pensaba que escogerían a alguien del lugar. Pero se ve que mi estudio sobre la atmósfera terrestre los hizo decidirse. Es una estación meteorológica en una pequeña isla a más o menos un día de viaje en barco desde la costa de Noruega.



April dio unos saltitos antes de responder:

—¿Qué clase de isla? ¿Cuánta gente vive allí?

—Ah. —Él la miró como disculpándose—. No es esa clase de isla. La verdad es que… no va a haber nadie más que nosotros dos.

—¿Solo nosotros dos? —A la niña la invadió una extraña sensación, como un pequeño cosquilleo—. ¿Vamos a estar solos en una isla?

Él se inclinó hacia delante en su silla.

—Piensa en las aventuras que vamos a vivir. Seremos como el capitán Scott pero en el Ártico. La isla no se parece en nada al paisaje de aquí; tiene lagos interiores, montañas, arroyos. Imagínatelo, April. Es el último territorio inexplorado. No habrá coches, trenes ni aviones, ¡ni siquiera carreteras! Será naturaleza pura, nunca visitada.

No hizo falta que dijese más, a ella el corazón ya le latía a toda velocidad. No solo estarían en el Círculo Polar Ártico sino que iban a pasar un montón de tiempo juntos, solo ellos dos. Podrían hacer muchas cosas, como crear muñecos de nieve, tirarse en trineo por la montaña y…

—Por supuesto, el trabajo que haré allí será muy importante —añadió el padre con su cara más seria, y a ella las tripas se le revolvieron ligerísimamente.

—¿Qué vas a hacer?

—El gobierno noruego quiere tener una idea más precisa de cómo afecta el calentamiento global a la región ártica, así que voy a recopilar datos durante un período de seis meses.

April sabía mucho sobre el derretimiento de los polos. Al igual que la caza del zorro, era una de esas cuestiones que la indignaban y la hacían sentirse inútil a la vez.

—¿Y qué hay del colegio? —preguntó.

—April —dijo él, inclinándose hacia delante—, seis meses en el Ártico te van a enseñar más que seis años en la escuela.

Ella volvió a mirarlo. Le brillaban los ojos y en las pálidas mejillas tenía dos manchas de color rosado. Le volvió el pequeño cosquilleo.

—¿Cuándo nos vamos?

Por supuesto, hubo quienes no se emocionaron tanto. La abuela Apples llamaba por teléfono al menos tres veces al día para recordarles lo imprudentes que estaban siendo. ¿Qué pasaba con las gélidas temperaturas, las olas altas como rascacielos, las morsas asesinas de afilados colmillos que había visto en uno de esos documentales de David Attenborough, o de los peligros de vivir en

una isla que no tenía ni hospital ni policía ni nadie que pudiera ayudarlos si estaban en peligro?

No era adecuado para una niña de once años, dijo, especialmente para una tan sensible como April y que gracias a su padre ya era «demasiado silvestre». ¿Cómo podía pensar él que llevársela a una isla desierta, en la que ni siquiera hacía sol, iba a ser conveniente para la niña?

Pero el padre era muy tozudo cuando quería, así que hacía como que no escuchaba.

—¡Por Dios, Edmund! —le gritaba ella, frustrada—. ¡Se llama Isla del Oso! ¿Y si se la comen?

Aunque su hijo intentó asegurarle de que no había osos en la Isla del Oso, la abuela Apples tampoco lo escuchó a él.

—April, si alguna vez ves un oso polar —le dijo—, acuérdate de echarte a CORRER.

Y así, el 1 de abril iniciaron el primer tramo de su viaje. Iban a volar hasta Oslo, cogerían otro avión hasta un pueblecito llamado Tromsø y desde allá irían en barco hasta la Isla del Oso. Cuando el avión despegó y dirigió su morro al norte, April apretó la cara contra la ventanilla y observó cómo iba desapareciendo su casa.

Era cierto: se iban al Círculo Polar Ártico.

Capítulo Dos

La Isla del Oso

—¿Sabes que tu padre es un irresponsable?

A April la sobresaltó el ruido repentino, que le hizo darse un golpe contra la barandilla metálica. La gaviota a la que había estado dando de comer migas de galleta de la mano se fue volando con un chillido de indignación.

A su lado había un chico al que había visto antes lanzando insultos a voz en grito en el puerto de Tromsø, mientras subía la colección completa de las obras de Mozart y un tocadiscos al ligeramente herrumbroso carguero noruego que, según vieron, iba a ser el que los llevaría hasta la Isla del Oso. Era el hijo del capitán y

debía de tener dos o tres años más que ella. De cerca olía a salmuera y aceite de motor y a algo más que no reconoció. Pero, claro, desde que habían salido todo había sido diferente, más agreste y vacío, así que a lo mejor aquel olor no tenía nada de raro.

Aun así, sus palabras seguían siendo inaceptables y, desde luego, no merecían respuesta. Y no solo eso, sino que el sándwich de mantequilla de cacahuete que ella se había comido hacía un rato estaba peligrosamente a punto de volverle a salir por la boca.

—Yo de ti me tumbaría —le recomendó él, y señaló hacia un banco recogido en la proa—. Te ayudará con el mareo.

April miró sin mucha convicción. El banco en cuestión era de madera y parecía muy duro. Pero, tras otra violenta sacudida, decidió ir a recostarse en él, de forma que solo veía el cielo. Al menos allí estaba a resguardo del fuerte viento que le había estado azotando el rostro hasta dejárselo rojo y pelado. Esperaba que el chico se esfumase, pero este se sentó en silencio en una punta y se dedicó a limpiarse la mugre de las uñas.

—No es un irresponsable —dijo ella cuando por fin su estómago pareció calmarse un poco—. Es un científico.

—Peor aún —replicó el chico, volviéndose a mirarla.

—Mi padre dice que la estación meteorológica de la isla ha estado siempre ocupada, desde 1918.

—Sí, pero no por una… niña.

—No sé por qué tienes que decir «niña» con ese tono. —Abril se sentó, indignada—. Que no sea un chico no quiere decir que sea débil. ¡Una vez trepé hasta arriba del castaño de nuestro jardín para rescatar al gato del vecino!

El chico no dijo nada, pero soltó una gran carcajada y abrió los brazos como para abarcar la inmensidad del cielo estrellado, la violencia de los mares y la sensación de que ya no estaban en el planeta Tierra.

—¿Qué sabes de esta parte del mundo? —le preguntó cuando acabó de reírse—. ¿Has estado alguna vez tan al norte?

—Sé que eres un maleducado —contestó April—. Y sé que, en tu lugar, yo intentaría ser mucho más útil a la hora de informar a alguien de lo que le espera. Además, lo desconocido no me da ningún miedo.

El chico suavizó su expresión.

—Tör —dijo, ofreciéndole la mano—. Perdona. Mi padre y yo pasamos tanto tiempo en el mar que nos olvidamos de comportarnos como seres humanos.

—Yo soy April. April Wood. —Aceptó su mano. Tenía el tacto de una cuerda vieja, pero a la vez le resultó reconfortante. Era una mano capaz de sacarla de algún buen lío—. ¿Es peligroso? —preguntó, bajando la voz.

—Es salvaje —respondió Tör—. Todo lo salvaje es peligroso.

—Pero no hay osos polares, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Hace años que no. ¿Por qué pones cara triste? Los osos polares no son amistosos. No son mascotas. Se comen vivas a las niñas como tú. —April hizo como que miraba al mar en vez de a aquella tonta sonrisa—. Por cierto, no sé cómo has hecho eso con la gaviota.

—¿Hacer qué? —April se volvió de nuevo para mirarlo.

—Cómo conseguiste que comiera de tu mano.

—No tiene nada de especial —dijo ella, molesta—. He aprendido a hacer que los animales sepan que no deben tenerme miedo.

Tör alzó una ceja, pero algo en su rostro invitaba a April a seguir conversando.

—Se trata de saber escucharlos —explicó ella, señalándose el corazón—. Aquí.

—Eres diferente —afirmó él.

—¿Entonces no soy solo una niña?

Tör sonrió tan ampliamente que April no puedo evitar hacer lo propio.

—Cuando estés en la isla no podrás irte. Lo sabes, ¿verdad? —dijo él, bajando la voz—. Al menos hasta que nosotros volvamos a recogeros al cabo de seis meses.

April tuvo la sensación de que había algo más. Sabía cómo disfrazar lo que de verdad quería decir, sobre todo con su padre, y tenía un sexto sentido para detectar cuando otra persona hacía lo mismo. Esperó a que Tör se lo dijera, porque, fuese lo que fuese, prefería saberlo. Pero él acabó sacándose un lápiz muy gastado de la chaqueta y un sobre del bolsillo del pantalón, y escribió su teléfono en el dorso.

—La Isla del Oso es peligrosa. Ten cuidado, April Wood —le dijo

—. Y si me necesitas para cualquier cosa, llama a este número.

Ella no se imaginaba para qué podría necesitarlo, pero por si acaso se guardó el sobre en su abrigo. Después contempló cómo su nuevo amigo volvía con la tripulación, que con sus fuertes brazos, sus manos ajadas por el clima y sus rostros estoicos hacían que en comparación el padre de April pareciera hecho de pergamino. Desde que habían salido del puerto él se había encerrado en su camarote, rodeado de libros, preparándose para su nuevo trabajo. Como ella sabía que no quería que lo molestaran, y dado que el camarote olía a pescado, volvió a tumbarse en el banco y se quedó dormida.

—¡Tierra a la vista! —El grito resonó por todo el barco como la campana de una iglesia que anuncia un matrimonio—. ¡Tierra a la vista!

April se incorporó, aún aturdida por sus sueños, y tuvo que parpadear dos veces para asegurarse de lo que veía. Ante ella se encontraba Tör, con un trozo de pan en la mano abierta y mirando al cielo con la misma expresión de esperanza que había puesto ella durante su primer día en el colegio; algo la hizo acercarse más a él.

—Tienes que mostrarte menos tenso y dejar de contener el aliento.

—¿Así? —dijo él, relajando los hombros y dejando caer los brazos.

—Tiene que salirte más de dentro —le instruyó April—. Como si estuvieras hecho de agua, tranquilo, amable. Así, relajado. Ahora quieto. La tienes justo encima de ti. No te muevas y…

—¡Tör! —gritó el capitán desde el otro lado de la cubierta, y la gaviota soltó un chillido mientras salía disparada hacia el cielo.

April, vergonzosa, dio un paso atrás. No sabía qué pensar del capitán, que no se parecía a nadie que ella conociera.

—Espero que no estés molestando a nuestros invitados —dijo él, y dirigió una mirada curiosa al trozo de pan que tenía el chico en la mano—. Necesitamos tu ayuda en la proa.

Tör dejó caer el pan y salió corriendo, mientras April contenía el aliento al ver cómo el capitán la observaba de arriba abajo. Había algo de fiero en el rostro del hombre, como si estuviera tan acostumbrado a los duros mares del norte que hubiese olvidado dónde acababa él mismo y dónde comenzaban ellos. Por una vez,

April se alegró de su altura, que la hacía casi invisible.

El hombre se alejó sin decir una palabra más, y ella soltó un largo bufido de alivio.

A su alrededor, la cubierta estaba en plena actividad. La tripulación era rápida y eficiente. No vio a Tör; su padre, en cambio, resultaba inconfundible: estaba inclinado sobre la barandilla de proa con su chaqueta de pana y sus pantalones bien planchados, ignorando la gélida temperatura y contemplando maravillado el horizonte. Se le acercó y notó, incluso más que el olor del mar, el de los caramelos de anís que chupaba siempre.

—¿Papá?

—¡Hemos llegado, April, hemos llegado! —exclamó él, sin apartar la vista—. Lo hemos conseguido. —Señaló algo, pero ella no veía más allá de la espuma del mar, las olas de un color metálico como el de las armas de fuego y la sensación de que estaban entrando en una parte prohibida del universo—. ¿No es preciosa?

La isla apareció por fin a la vista de la niña, igual que cuando ajustaba las lentes de los prismáticos y de repente todo aparecía claro y enfocado.

—La Isla del Oso —añadió, en voz baja, admirada y fascinada.

Capítulo Tres

El regalo del tiempo

—Aquí estamos —dijo el padre de April en la playa azotada por el viento, rodeado de cajas y maletas, mirando a su alrededor—. ¿Qué te parece?

A ella los labios le sabían a agua de mar y tenía copos de nieve en las cejas. La isla estaba envuelta en una espesa niebla húmeda que hacía casi imposible ver lo que les rodeaba. Pero nada de eso era suficiente como para detener el pulso eléctrico que recorría sus venas.

Lo habían conseguido. Estaban de verdad en el Círculo Polar Ártico.

Era como si hubiese cruzado alguna especie de barrera invisible en la tierra. En comparación con los parques, los arbustos y los fértiles y verdes campos de casa, aquí estaba desnuda y desierta, y las oscuras malas hierbas que asomaban por entre la nieve eran el único indicio de vida. Apenas distinguía al otro lado de la isla tres altas montañas de granito y unos cielos que eran como una escalera que ascendía hasta el espacio.

Pero más que nada hacía frío. Ese frío que se te mete por dentro de la ropa, te hace temblar desde dentro y ansiar una bolsa de agua caliente.

—¿Y bien? —insistió su padre.

April cogió la caja más cercana, levantó la cabeza al cielo y sacó la lengua para capturar algún copo.

—¡Vamos a ver!

Con la ayuda de un trineo manual, dedicaron las dos horas siguientes a transportar sus pertenencias unos pocos kilómetros tierra adentro hasta llegar a su nuevo hogar, que consistía en dos cabañas de madera, una para dormir y otra, más grande, en la que su padre llevaría a cabo sus investigaciones meteorológicas.

Eran como todos los edificios noruegos que habían visto, con tejados en punta, listones de madera pintada y un aire de cuento mágico de hadas. Lo único que estropeaba la escena era el rechoncho generador que iba a darles la electricidad.

La cabaña destinada a la vivienda tenía un solo piso y una puerta exterior que daba a un pequeño porche donde podían librarse de los abrigos, de las bufandas y del helado y amargo aire exterior, y otra puerta interior que daba a una sala de techo alto arqueado, una chimenea y dos sofás gastados. En un rincón había una estrecha biblioteca con un puñado de libros y un teléfono por satélite que solo podían usar en caso de emergencia. En el rincón opuesto había una pequeña cocina americana que daba a una despensa con estanterías repletas de comida enlatada y provisiones para seis meses.

A lo largo de la sala también había restos esparcidos de los

anteriores habitantes. Un cenicero con una colilla. Un solitario guante rojo. Papeles y un bolígrafo abandonado.

Pero fue el mapa de la isla, pegado a la pared con chinchetas, lo que de verdad llamó la atención a April. En un atlas, la Isla del Oso no sería más que un puntito en algún lugar entre Noruega y un archipiélago de islas cerca del Polo Norte llamado Svalbard (aunque la Isla del Oso formaba parte técnicamente del grupo, estaba tan lejos del resto que parecían dos lugares diferentes). Era tan pequeña que, de no saber que estaba allí, ni siquiera se vería. April lo entendió enseguida: a ella también acostumbraban a no verla.

Aunque ya las sabía, se acercó a leer las dimensiones del terreno. La isla medía unos dieciocho kilómetros desde su punto más al norte hasta el más al sur, y unos quince de anchura. La parte norte era montañosa, pero la sur era casi toda una planicie. Una cruz de color rojo marcaba la posición de la estación meteorológica. Había un montón de cuevas, playas, lagos interiores y, claro, las tres montañas que ya había atisbado. Tenía seis meses para investigarlo y descubrirlo todo. Aunque fuese verdad que no había osos polares, sí encontraría zorros árticos, miles de pájaros marinos desconocidos y quizá hasta ballenas en migración. Pero lo mejor de todo seguía siendo poder pasar tiempo con su padre.

—¡Papá, mira cuántas cosas podemos hacer juntos! —dijo, casi sin aliento—. ¿Podemos llevar mañana el trineo a las montañas?

Se dio la vuelta, creyendo que él seguía en la sala, pero allí no había nada excepto el eco de su propia voz. Intentó ignorar su decepción y miró por la ventana. Lo vio entrar en la cabaña meteorológica y cerrar la puerta.

Soltó un largo bufido y su aliento cálido empañó el cristal. Apenas era el primer día, se dijo a sí misma tercamente; era importante que él se aclimatara. No había de qué preocuparse, tenían seis largos meses por delante y el verano entero para pasarlo juntos. Limpió la ventana, se encogió de hombros y decidió empezar a deshacer las maletas.

Al cabo de una hora estaba medio dormida en el sofá y no oyó a su padre hasta tenerlo justo enfrente, soltando un profundo carraspeo. Abrió los ojos y vio que él la miraba, pensativo.

—¡Papá!

Él se pasó una mano por el descuidado pelo, carraspeó un par de

veces más y al final le puso en las manos un regalo cuidadosamente envuelto.

No fue una gran sorpresa; tenía la costumbre de dárselos en los momentos más inesperados. Aquello casi compensaba, aunque no del todo, el hecho de que nunca se acordara de su cumpleaños. Ella abrió la caja y dejó al descubierto un fino reloj de plata, del color de la luz de la luna.

—Ya lo sé… —dijo él, eligiendo con cuidado las palabras—, ya sé que aquí solo estamos nosotros dos, y también sé que esta no es una situación habitual, y que quizá la mayoría de gente no estaría de acuerdo con ella; tu abuela la primera.

April se apenó al recordar las lágrimas en el aeropuerto.

—Pero un lugar como este estará lleno de maravillas. Hace siglos que hay gente que se siente atraída hacia esta parte del mundo. Algunos vienen en nombre de la ciencia, otros en el del descubrimiento, y otros por razones que ni ellos mismos comprenden. —Tragó saliva un par de veces, y se mostró de repente con un aspecto tan delgado y frágil como uno de sus libros—. Quizá sea por eso que he venido yo también, a encontrar algo que perdí hace tiempo.

Cuando encontró las siguientes palabras, la voz pareció agrietársele.

—*Friluftsliv* —dijo, mientras April lo miraba confusa—. El inglés es un idioma muy práctico, pero a veces le faltan recursos para describir ciertas experiencias… o a cierta gente. Esta es una palabra noruega que significa disfrutar de la naturaleza; literalmente, «la vida al aire libre». —Relajó un poco su expresión—. Y esta palabra me recuerda a ti, a cómo pasabas tanto tiempo en el jardín. A veces te miraba por la ventana del despacho y… y juro que veía a tu madre.

April asintió, con el aire atrapado en algún lugar del pecho. No tenía ni idea de que su padre la mirase a veces; aquello hizo que el estómago se le pusiera a dar volteretas.

—A ella también le gustaban los animales, sobre todo los salvajes. Sentía una extraña afinidad con ellos —continuó él—. Decía que sabían hablar, era solo que los humanos habían olvidado escucharlos. Tu madre era así… diferente a los demás. Lo que intento decirte es que le hubiera encantado venir a un lugar como

este. El reloj era suyo, y he pensado que así ella también podrá vivir la experiencia.

—*Friluftsliv* —repitió April en voz baja. La palabra sonaba a bosques encantados, a criaturas como las sirenas y a cosas etéreas y mágicas.

Los recuerdos que tenía la niña de su madre eran muy dispersos. Sí la recordaba preparando chocolate caliente con una tetera de un color rojo muy vivo, y que los tres se sentaban en el borde de la cama de April y se lo tomaban con galletas de vainilla servidas en platos de papel recortados para que parecieran margaritas. Era cuando la casa estaba llena de risas, no de tristeza, y su padre se acordaba de darle un beso de buenas noches. En vez de contarle cuentos para dormir, se turnaban para hablarle de los diferentes animales que hay en el mundo: las hordas de elefantes que rugen en la sabana africana, los raros tigres siberianos que viven en las montañas de Asia, los majestuosos pingüinos emperadores que se apiñan para sobrevivir a los largos y glaciales inviernos del Antártico, y otros tan poco habituales y extraños —como el pangolín— que tiene todo el cuerpo cubierto de escamas, que resultaba difícil no pensar que se los estaban inventando. Cubierta por el suave brillo de las voces de sus padres, April se quedaba dormida sonriendo y soñaba con las muchas maravillas de la Tierra.

Últimamente él apenas le hablaba de su madre, y mucho menos le contaba nada al irse a dormir, por lo que el regalo del reloj fue como si le hubiese dado un cálido abrazo en el corazón.

—*Friluftsliv* —repitió una vez más, y notó que de repente se le había cerrado la garganta.

No fue hasta un momento más tarde que se le ocurrió mirar la hora.

Eran las once de la noche.

Alzó la vista, pero su padre ya se había retirado a su dormitorio, y oyó cómo comenzaba a sonar la grabación de un vals lento de Mozart. Era parte de la música que había sonado en su boda, y April no acababa de saber si el hecho de oírlo lo alegraba un poco o no.

Sin nada que hacer, fue hasta su propia habitación y abrió la ventana; el fuerte y helado azote del aire del exterior hizo que le dolieran los pulmones. Su padre le había dicho que allí la temperatura casi nunca subía de los cero grados, incluso en pleno

verano, y ella se alegró de que se hubieran traído tanta ropa. La niebla se había aclarado lo suficiente como para permitir observar el cielo azul, lleno de estrellas, y April parpadeó, sorprendida. Aunque el sol tocaba ya el horizonte, fuera estaba tan claro como al mediodía, sin que la puesta de sol tuviera el menor efecto. Mientras el disco de Mozart parecía lamentarse en la habitación de al lado, un suspiro de satisfacción escapó de sus labios. A pesar de lo largo que había sido el día y lo mucho que habían viajado, no se sentía cansada. De hecho, la barriga le burbujeaba con la impaciencia típica de la Nochebuena. Lo que de verdad le apetecía era salir.

Posó los ojos en las lejanas montañas, en el mar embravecido a su izquierda y en la llanura cubierta de nieve que se extendía ante ella. Entonces algo la sobresaltó. En el horizonte, recortado contra el sol, algo se movió. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, tan rápido que casi se lo perdió. Algo grande que avanzaba a grandes pasos y totalmente inesperado.

¿No sería…?

Volvió a parpadear. Fuese lo que fuese, ya no estaba.

Pero April hubiera jurado que acababa de ver un oso polar.

Capítulo Cuatro

Exploración

—Salgo a explorar —anunció April.

Dado que era su primer día entero allí, había estado esperando casi toda la mañana a que su padre le propusiera una excursión o alguna aventura. Pero, llegada la hora de comer, se cansó de no hacer nada. Se puso las botas de agua, el gorro rojo y los guantes, y fue a verlo.

—¿Mmm? —Estaba concentrado en el papeleo que le había dejado su predecesor y no notó la mirada penetrante de su hija—. Tengo que empezar con lo de las temperaturas. Ve sin mí. —Rodeado de libros de registro que parecían de lo más importante, agitó una mano en dirección a ella, dejándole claro que le daba igual lo que hiciera mientras no lo molestase.

—¿Seguro que no quieres venir? —Apretó la nariz contra la ventana—. Afuera todo parece tan… perfecto…

—Otro día, April —respondió él sin alzar la vista—. Quizá cuando no tenga tanto trabajo. Tengo mucho más que hacer de lo que creía.

La niña miró hacia atrás, dudosa, y salió. El sol brillaba en lo alto del cielo y se reflejaba en la nieve como si enviara polvo de estrellas, aunque el frío siguió sorprendiéndola. Le entraba por debajo del impermeable, trepaba por su piel y la calaba hasta los huesos. Pero a pesar del frío, o a causa de este, el aire parecía limpio. Su aroma le recordó a sábanas recién lavadas o al olor de la costa después de una tormenta. Olía tan bien que hubiera querido bebérselo.

Respiró profundamente y fue en la dirección aproximada por donde había visto el oso polar. Su sentido común le decía que aquello no debía de haber sido más que algún reflejo en la curiosa luz que parecía haber en aquella parte del mundo. Pero eso no le impediría investigar.

La idea de compartir una isla desierta con un oso polar daría miedo a otros niños, pero no a April. Ni se le pasó por la cabeza asustarse. La verdad era que sentía justo lo contrario, una emoción casi luminosa, como si le hubieran echado purpurina por encima. Ahí estaba el inmenso mundo del que siempre le había hablado su madre, y estaba viviendo en él.

Pero después de caminar durante casi una hora se quedó sin aliento y sus esperanzas se estaban evaporando. Aunque el terreno era plano, más de una vez había pisado una zona de nieve inesperadamente profunda y se le había salido una de las botas. Llevaba un jersey térmico, una fina chaqueta de chándal, un polar y unos pantalones azules impermeables; estos últimos eran oficiales y se los habían dado a ella y a su padre. Por encima iba cubierta por un impermeable rojo y un par nuevo de botas de agua con los colores del arcoíris. A pesar de ir tan abrigada, los calcetines se le habían humedecido, tenía la nariz morada y el viento hacía que le lloraran los ojos.

—¡Hola! —gritó; su voz sonó rara y como de latón entre todo el vacío—. ¿Hay alguien ahí?

Escuchó con atención, pero no oyó nada aparte del suave ruido de la nieve cayendo y el lejano rugido del mar.

Era muy diferente a su casa y al rumor constante del tráfico, el estruendo de los aviones que pasaban por encima, el olor y las inflexiones de los motores, los millones de personas que se apresuraban en las calles para llegar a algún lugar. Ni siquiera era como en la granja de la abuela Apples, que estaba rodeada de manzanos en flor que ondeaban a la brisa, del olor de su cocina y de los gritos lejanos de los niños que jugaban en la bahía turquesa.

Aquí todo era silencioso, intacto, como si, sin darse cuenta, se hubiese metido dentro de una fotografía. Aparte de las chillonas gaviotas —y muchas otras aves marinas que no reconocía—, el único indicio de vida eran sus propias pisadas en la nieve. Las observó, trazando espirales tras ella como un rastro de migajas. Era

un lugar vacío, un lugar que podía llegar a ser muy solitario si no se tenía con quién compartirlo. Quizá fuera de eso de lo que la había advertido Tör, de aquella sensación de estar en el borde del planeta, de la sensación de que, si miraba arriba, podría ver desde este mundo hasta el siguiente.

Caminó durante dos horas más, hasta que el frío le hizo imposible seguir y sintió que se le iba a caer la nariz. No había dejado de escudriñar en busca de algún indicio de la presencia del oso polar —como excrementos, focas muertas o huellas de garras—, en busca de algo que hiciera cobrar sentido a lo que había visto la noche anterior.

Pero no encontró ni rastro de él.

—¿Por qué la llaman Isla del Oso? —preguntó aquella noche durante la cena. Había regresado a la cabaña y se había pasado el resto del día ante la chimenea, calentándose—. Si aquí no hay osos polares…

Su padre había acabado con los registros de la jornada, y estaban sentados el uno al lado de la otra en el sofá, comiendo directamente de las latas. Apenas era el primer día, pero sin ni siquiera mencionarlo habían llegado al acuerdo de que platos y bandejas eran innecesarios.

Él dejó su estofado de carne en el suelo y cambió de posición para mirarla de frente.

—Porque hace tiempo la isla estaba llena de osos.

—¿Así que de verdad se llama Isla del Oso por los osos? —preguntó April, contenta de que él le dedicara toda su atención—. Pensaba que a lo mejor era un nombre inventado.

—No, es de verdad —respondió su padre, que parecía también contento por poder compartir sus conocimientos—. Se lo pusieron en 1596, cuando se dio el primer caso registrado en que mataron a un oso en la isla. Tuvieron que luchar más de dos horas con él antes de conseguirlo, y después decidieron llamar al lugar Isla del Oso.

—¿¡Dos horas!? —exclamó ella con dolor—. ¡Pobrecillo!

—Eso es lo que se hacía en aquellos tiempos.

April frunció el ceño.

—Entonces, ¿no hay osos porque los mataron a todos?

—Por eso —le explicó él— y por los casquetes glaciares.

April sabía que algunos de los casquetes se formaban durante el

invierno y se derretían en verano, y el resultado final parecía un poco como piezas interconectadas de un puzle flotando en el agua. También sabía que antiguamente había más que ahora. Pero no sabía cómo afectaba eso a la Isla del Oso.

—Los casquetes llegaban hasta aquí, hasta el sur —continuó su padre.

—¿Y eso era lo que hacía que los osos pudieran alcanzar la isla en invierno?

—Exacto. Los osos polares son animales básicamente marinos, y usan los grandes bloques de hielo como terreno de caza para capturar focas. Pero ahora que los casquetes se están derritiendo ya no pueden llegar tan lejos como antes, y es por eso que la población de osos polares está disminuyendo.

April se quedó pensando con su lata de estofado con guisantes en la mano (hacía un par de años que era una orgullosa vegetariana).

—Pero si los casquetes de por aquí se están derritiendo…

—Ya se han derretido —la corrigió su padre.

—Ya se han derretido —repitió ella—. Si los casquetes de por aquí se han derretido, ¿quiere decir que ningún oso puede volver jamás a la isla?

—No, sin casquetes no pueden. La población de osos más cercana está en Svalbard, a unos cuatrocientos kilómetros. En otros tiempos venían desde allí, pero ahora estamos demasiado lejos como para que naden hasta aquí.

—¿Ni uno? —preguntó ella con un hilo de voz, imaginándose a un oso muy solitario.

—Ni uno.

Capítulo Cinco

La bahía de la Morsa

Durante las dos semanas siguientes establecieron entre los dos una especie de rutina. April no se lo esperaba, y ni siquiera lo había deseado, pero al menos le resultaba familiar. Su padre se despertaba al amanecer y desaparecía para irse a trabajar, aunque en la Isla del Oso eso no suponía cruzar en autobús la atribulada ciudad sino dar un corto paseo de treinta segundos hasta la cabaña de la estación meteorológica. Pero, como ir midiendo las temperaturas era un trabajo de toda la jornada, no volvía a aparecer hasta bastante después de la hora de cenar.

April seguía con la esperanza de que algún día él propusiera salir con el trineo, o hacer un muñeco de nieve, o simplemente dar un paseo juntos, pero cada día esa ilusión se hacía más y más pequeña. Más de una vez lo había oído murmurar sobre la cantidad de trabajo que esperaban que hiciera. En épocas de estrés era propenso a tener ataques de furia. Nunca duraban demasiado ni eran malintencionados de verdad, pero tenían la fuerza de una tormenta repentina, y April tenía que mantenerse al margen y alerta, no fuera a ser que le tocase recibir a ella. Después de un día especialmente largo y tenso se ofreció a ayudarlo con las temperaturas, pero él le ladró que eso no era un trabajo para niñitas. Así que la niñita en cuestión tenía un montón de tiempo libre, mucho más del que hubiera deseado.

Su día era más o menos así:

6 a. m. - 7 a. m. — Quedarse acostada y contar los segundos hasta levantarse. Aunque era a mediados de abril, el día entero en el Círculo Polar Ártico seguía siendo muy frío, y más a primera hora de la mañana, sobre todo si una ha olvidado traerse las pantuflas.

7 a. m. — Desayuno. Normalmente consistía en biscotes de avena, que no estaban mal siempre que los cubriera de mantequilla de cacahuete (se había traído un montón de tarros). Los domingos podían comer lo que quisieran, y normalmente escogía bizcochitos con chocolate mojados en una jarra enorme también de chocolate caliente.

8 a. m. - 12 p. m. — Colegio, de lunes a viernes.

No era un colegio de verdad, claro. ¡Eso sería imposible! Pero, como su padre le había prometido a la profesora de April que la educaría en casa, se había llevado seis enciclopedias, una por cada mes que iban a estar allí. Seguramente no era eso lo que los profes esperaban. Pero, aunque la letra era pequeña y las páginas olían a polvo, tenían bonitas ilustraciones de animales y, lo que es más importante, hablaban de la parte del mundo en la que ella se encontraba ahora.

Así fue como supo que la palabra *Ártico* viene del griego *arktós*, que significa «oso». También averiguó que el Círculo Polar no era un círculo en absoluto sino más bien una línea invisible que coronaba la parte superior de la Tierra y comprendía zonas de varios países, como Noruega, Rusia, Finlandia, Canadá y Estados Unidos. Y que, de *toda* la población del mundo, tan solo unos cuatro millones vivían allí todo el año; gente como Tör y su padre. En momentos como aquel le hubiese gustado poder hablar con su amigo y hacerle las preguntas que las enciclopedias no tenían el suficiente espacio para responder. Él le había dado su número, pero April sospechaba que el teléfono por satélite no era para cosas como preguntar si era cierto que los sami tienen ciento ochenta palabras para nombrar la nieve.

12 p. m. — Almuerzo. Normalmente, April se calentaba una lata de sopa de tomate y se la tomaba

con más biscotes de avena. Le llevaba otra sopa a su padre a la «cabaña meteorológica» (a la niña le había dado por llamarla así) y se la dejaba a un lado para no molestarlo.

12:30 p. m. - tarde — Búsqueda del oso polar.

Y es que, a pesar de lo que le había dicho su padre, se negaba a aceptar que no hubiera ningún oso. Además, como él estaba tan ocupado, le daba a la niña algo que hacer. Así, pertrechada con unos prismáticos, una brújula, sus botas de agua de los colores del arcoíris, su gorro, sus guantes y unas mil capas de ropa, salía cada tarde a buscar al oso.

A medida que pasaban los días, la nieve del suelo empezó a derretirse, y al poco rato ya no le era posible seguir sus propias huellas. Por suerte, su padre le había enseñado a usar la brújula y le había explicado que si iba hacia el sur siempre llegaría de vuelta a las cabañas. El único aviso que le dio fue que no se acercara demasiado al mar para que no se la llevase una ola inesperada; el agua del Ártico estaba tan fría que la mataría en unos pocos minutos. Aparte de eso, tenía carta blanca para hacer lo que quisiera.

Por supuesto, mantuvo su misión en secreto. Sabía que su padre le diría que los osos polares son muy peligrosos y que lo más probable es que se comieran a una niña pequeña como ella. Pero eso no evitó que lo siguiera buscando.

—¿Dónde estás? —llamaba—. ¿Dónde te escondes?

Necesitó seguir en ello durante casi una semana más.

En ese tiempo también se hizo a la idea de que, por mucho que su padre y ella fuesen los dos únicos humanos en la isla, para el caso que él le hacía era como si estuviese sola. A pesar de eso, empezaba a sentir que la Isla del Oso era su hogar, aunque estuviera muy fuera de lo corriente. La isla tenía un misterioso estilo propio y, sin que la niña se diese cuenta, los sonidos, los ecos y el ruido de su antigua ciudad fueron desapareciendo. La casa alta y oscura empezó a desdibujarse y hacerse más difícil de recordar. Incluso la casa junto al mar de la abuela Apples empezó a perder color. Y del colegio se olvidó por completo, aunque esto último le costó muy poco. Era como encontrarse en un mundo completamente nuevo, y

lo más cerca que había estado nunca de vivir dentro de una historia mágica.

Al derretirse la nieve más y más cada día, descubrió lagos interiores, algunos de un color tan azul como el del propio mar. Saltaba por encima de burbujeantes arroyos que se abrían en caminos retorcidos desde las cumbres de las montañas, aún cubiertas de blanco, hasta el mar. Se tumbaba boca arriba y miraba cómo miles de gaviotas volaban por encima de su cabeza dibujando un majestuoso arco blanco.

Una vez alcanzó a ver un zorro ártico solitario, quieto y tranquilo, en la distancia, su piel de un brillante color blanco como de terciopelo. April se maravillaba y se quedaba sin aliento cada vez que el hechizo de la isla la envolvía.

Ahora solo le quedaba encontrar al oso polar.

—Eres un chico, ¿verdad? —dijo en voz alta—. Un oso macho. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

A veces sentía como si fuese él quien la estuviera buscando. No era algo concreto sino más bien como un sexto sentido, la intuición de que no siempre estaba sola. Pero cuando volvía la cabeza de repente y miraba a su alrededor no veía más que la luz del sol, montañas u olas que chocaban contra la costa.

Ya había explorado casi la mitad de la isla, y aquella tarde pensaba visitar un viejo puesto de caza en una cala llamada bahía de la Morsa, en la otra punta de la Isla del Oso. Era un lugar donde muchos años atrás los humanos habían intentado vivir sin conseguirlo. Le gustaba la idea. Para llegar tuvo que cruzar un puñado de los brillantes lagos interiores y dirigirse hacia las tres montañas.

Aunque en el mapa no parecía que la bahía de la Morsa estuviera lejos, llegar le costó más de lo que esperaba, y después de tres horas estaba casi decidida a dar media vuelta. No oscurecía hasta casi la medianoche, pero no le gustaba estar fuera hasta tarde. Había una extraña niebla que a menudo se asentaba por toda la isla hacia la hora del té, pegándose a esta como si fuese un fantasma y haciendo que la luz adquiriera un ominoso tono amarillento.

Fue entonces cuando oyó el ruido.

Levantó la cabeza para escuchar mejor. Nunca había oído nada así, ni en la Isla del Oso ni en casa. No era un ruido humano. Le

sonó de algo, pero por mucho que lo intentó no localizó el recuerdo. Se quedó absolutamente inmóvil, su aliento dibujando círculos en el aire como si fuese humo. El ruido cesó y ella soltó una profunda exhalación de alivio. No era la clase de ruido que le gustaría oír a nadie durante mucho tiempo. Había sido profundo y gutural, y había hecho que se le tensara toda la piel. Pero tan rápido como pensó que había cesado, volvió a comenzar, esta vez aún más fuerte.

Se atragantó al darse cuenta de repente de a qué le recordaba: a una vez, hacía tres años, en que a uno de los zorros se le quedó una pata atrapada en una lata oxidada y no podía liberarse de ella. Era el horrible, impresionante sonido de un animal que sufría.

—Oh, no. —Se le encogió el corazón. Ahora no podía dar media vuelta, habiendo un animal que la necesitaba y que no tenía a nadie más que lo ayudara. Fue corriendo, resbalando y casi patinando durante los últimos cien metros. El aliento le dolía en la garganta y el pecho le ardía, hasta que llegó por fin a la bahía de la Morsa.

Frenó de repente.

La niebla empezaba a deslizarse lentamente y a asentarse sobre la tierra. De la cala asomaba un embarcadero, pero hacía tanto que no se usaba que ya no era más que un conjunto de tablas de madera sueltas. También había una cabaña de madera con la puerta colgando de una bisagra y las ventanas rotas desde a saber cuándo. En la costa yacía el casco abandonado de una barca de pesca boca abajo, con un montón de cuerda metálica oxidada a su lado. Toda la escena estaba casi cubierta por la niebla, lo que la hacía parecer salida de una película de fantasmas.

Entonces volvió a escuchar el ruido.

Esta vez llegaba desde mucho más cerca, tan alto y fiero y temible que le puso la piel de gallina. Aunque quisiera salir corriendo no podría hacerlo. Por el contrario, se quedó clavada al suelo, mientras cada nervio de su cuerpo hormigueaba y parecía zumbar de electricidad. Fue como si el tiempo se hubiese detenido de repente, o al menos se ralentizara. El propio aire estaba quieto y a la vez era más punzante. El viento cesó. Hasta el mar contuvo el aliento.

April supo que si levantaba la vista, su vida ya nunca volvería a ser la misma. Que el propio momento iba a cambiarla de alguna

forma. Quizá para siempre.

Lentamente miró hacia arriba.

En la otra punta de la playa, a unos cincuenta metros, se encontraba la criatura más majestuosa que había visto nunca.

Capítulo Seis

Dolor

Se irguió sobre las patas traseras, elevándose hacia el cielo como un impresionante y poderoso caballo blanco. Con la mandíbula hacia delante, seguro de sí mismo, no daba la impresión de sentir ningún dolor. Su postura más bien parecía decir que sabía lo majestuoso que era.

La combinación de poderosos músculos y pura fuerza bruta hizo que April se quedara de inmediato sin aliento, y tuvo que llevarse las manos a la boca para que no se le oyera la dificultad al respirar.

—Eres increíble —susurró y, sin saber por qué, una lágrima resbaló por su mejilla.

No es que estuviera triste; era la única forma en que pudo manifestar una emoción tan fuerte como la que sentía, al igual que a veces, cuando veía las noticias sobre la destrucción del Amazonas, gritaba de ira, o algunos libros le hacían echarse a cantar alguna tontería al llegar a la parte más sensiblera, o incluso la música que escuchaba su padre le despertaba tantas emociones que la única forma de hacerlas salir era bailando.

Sus sentimientos fueron pasando de la sorpresa a la maravilla y luego a la alegría, para acabar entremezclándose todos como en un batido y provocándole un mareo. Tör estaba equivocado, pensó con una sonrisa, y por un segundo deseó que estuviera allí con ella para ver el oso con sus propios ojos.

—Sabía que no me lo había imaginado —dijo cuando por fin recuperó el habla—. Te vi aquella noche. Sí que eres de verdad.

A pesar de la distancia que los separaba, el oso alzó las orejas como si la hubiese oído; April pensó que debía de oír mejor que ella porque él las tenía mucho más grandes. El animal olisqueó el aire, agitando la nariz negra contra la fría y húmeda niebla; y entonces, muy lentamente, se dio la vuelta y los dos se miraron frente a frente de un lado a otro de la playa.

Ella recordó que llevaba los prismáticos al cuello. A toda prisa pero con dedos fríos y torpes, los levantó a la altura de los ojos. Al principio solo vio una mancha indefinida, y giró la ruedecilla hasta que poco a poco consiguió enfocarlo.

—Eres precioso —murmuró—. Eres lo más bonito que he visto nunca. Eres… eres… —Buscó una palabra con la que intentar describirlo, pero solo le vino a la cabeza una de las obras que su padre escuchaba y que a ella le hacía pensar en volcanes en erupción, furiosas tormentas y olas gigantes—. Así eres tú —decidió.

En ese momento el oso abrió la boca y soltó un rugido fortísimo, enorme, cavernoso, e incluso, desde la distancia, April sintió su poder, la forma en que el sonido viajó invisible por el aire e hizo resonar la membrana del universo. Aquel rugido estridente y ensordecedor hizo que le temblaran los dientes y soltara los

prismáticos, que cayeron a sus pies.
Por muy bello que fuese, también resultaba terrorífico. La fuerza, el poder brutal de la criatura hacían que ella se quedara sin aliento.

El oso dio un paso hacia ella, que soltó un gritito involuntario. Sintió como si se le hubiesen achicharrado las puntas de los nervios, y la respiración se le quedó atascada en la garganta. ¿Y si se acercaba más? ¿Y si la atacaba? Pero, tan rápido como se había movido, la criatura se detuvo. Aquella forma de no abandonar su punta de la playa le hizo ver que también era cauteloso. Por supuesto, era lógico; debía de tener las mismas reservas sobre April que ella sobre él. La niña soltó un profundo y tembloroso suspiro de alivio.

Cogió una vez más los prismáticos y se mordió el labio inferior, preocupada: el oso era extremadamente delgado. Hasta vio cómo se le dibujaban las costillas por debajo del pelaje. ¿Y ese mismo pelaje no debería ser mucho más brillante, mucho menos apagado?

Su rostro mostraba marcas profundas. No como esas tan horribles que a alguna gente se le quedan grabadas para siempre; las suyas parecían provocadas por el hambre y la desesperación.

—Pobrecillo —murmuró ella—. Estás famélico. —Él inclinó la cabeza tan ligeramente que April apenas lo notó—. ¿Tienes hambre? No vas a comerme, ¿verdad?

Examinó brevemente el resto de su cara con los binoculares. Aunque sin duda era un animal salvaje, parecía amistoso, al menos para tratarse de un oso polar. Los pelos del bigote que casi le hacían cosquillas desde la distancia, la suave y negra humedad del morro, sus ojos oscuros del color del chocolate, otorgaban una cierta amabilidad a sus facciones.

April carraspeó y pensó en qué decir a continuación.

—Me llamo April —pronunció por fin—. April Wood. Tengo once años. Me gusta el chocolate caliente, sobre todo con bizcochos, y estoy aquí con mi padre, que va a medir las temperaturas durante seis meses. Me dijo que en la isla ya no quedan osos, pero yo sabía que te había visto la primera noche. ¿Por qué te arriesgaste a acercarte tanto a la cabaña? ¿Quizá… —e hizo una pausa al ocurrírsele la idea—, quizá querías que te viéramos? Pero ¿por qué?

Lo contempló, dudosa, pero no fue hasta que examinó todo su cuerpo a través de los prismáticos que lo vio por fin.

—¡Dios mío! —exclamó, horrorizada—. ¿Pero qué te has hecho?

Su pata delantera izquierda tenía algo enrollado con fuerza, una especie de plástico azul. Se llevó la extremidad a la boca y royó con sus grandes y afilados dientes, gruñendo mientras intentaba quitárselo a mordiscos. Pero fue inútil. La garra se le había hinchado hasta hacerse el doble de grande y el plástico casi se le había clavado; era imposible que él mismo pudiera quitárselo. Mantuvo la cabeza baja y su aspecto se hizo tan vulnerable, incluso patético, que el primer instinto de April fue ir corriendo a darle un gran abrazo, por mucho que sabía lo peligroso que podía resultar eso.

—Te debe de doler mucho —murmuró. Quería ayudarlo, pero había una gran diferencia entre dejar que se le posara una gaviota en la mano y acercarse a un oso polar. Tragó saliva—. ¿Y si busco algo afilado para que puedas cortártelo?

No estaba convencida de que aquel fuera un buen plan, pero era mejor que no hacer nada, así que rebuscó por la playa para conseguir algo, *cualquier cosa*, que pudiera ayudarlo. Encontró un trozo de cristal, verde como la cola de una sirena, pero hacía mucho que el mar le había redondeado los bordes. También había otros desechos que habían llegado con la corriente desde tierras lejanas. Redes de pesca enmarañadas, fragmentos de madera, incluso botellas de plástico que también la hicieron gruñir a ella. Y más cosas que ni siquiera pudo distinguir. Pero nada tenía puntas afiladas. Claro que ¿de qué hubiese servido? El oso no iba a poder liberarse solo; de ser así, ya lo hubiese hecho.

—Es inútil —acabó diciendo, y la frustración en su voz viajó imparable en alas del viento que azotaba toda la bahía.

Notó como el oso la miraba y se sintió más pequeña e incapaz que nunca. Pero ¿qué podía hacer? El sol había descendido en el cielo. Era tarde. Muy tarde como para estar allí sola.

—Lo siento mucho, pero tengo que irme.

Volvió a mirar al astro, que ya casi tocaba la superficie del mar, y de nuevo al oso. Había hundido la cabeza entre las patas y todo su cuerpo irradiaba tristeza. A April se le encogió el corazón.

—Volveré —susurró—. Te lo prometo.

El oso alzó la cabeza y rugió.

Capítulo Siete

La decisión de April

¿Cómo había llegado el oso a la isla, cuánto tiempo llevaba allí exactamente, y por qué ninguno de los meteorólogos anteriores lo había visto? Las respuestas parecían tan lejanas a April que golpeó la sartén, frustrada. Era la hora de la cena y no podía evitar pensar en lo hambriento que le había parecido el animal. Seguro que la garra dañada le impedía cazar como es debido. ¿Qué iba a comer aquella noche? ¿Y qué podía hacer *ella* para ayudarlo?

Mientras meditaba la cuestión, su padre entró en la sala, bostezó ruidosamente y se vació los bolsillos en la mesa. Entre envoltorios de caramelos de anís, un bolígrafo mordisqueado y un pañuelo, su navaja multiusos del ejército suizo resonó contra la dura superficie. April no sabía por qué la llevaba siempre encima; solo la usaba para cortarse las uñas de los pies.

Iba a verter las judías en la sartén cuando la mano se le quedó como paralizada.

La navaja.

¿Y si intentaba cortar el plástico ella misma?

Esperó a que su padre desapareciera para hacer las últimas mediciones del día, la cogió y la sopesó, como probándola. Hasta entonces solo había usado cuchillos para cortar manzanas y zanahorias y esas cosas, pero…

Decidió dejar de pensar en eso. Lo cierto era que, por mucho que supiera usar un cuchillo, nunca lo había hecho con un oso polar, nunca con un animal que podía matarla.

Aquella noche apenas durmió; su mente volvía una y otra vez a la

advertencia de Tör. Había estado en lo cierto: los animales de por allí no tenían nada que ver con los de casa, habían nacido y crecido en plena naturaleza, sin el menor contacto con humanos. Incluso un zorro ártico era del todo diferente a los del jardín de casa. Aquella parte del mundo era mucho más peligrosa.

Dio vueltas y vueltas; las corrientes de su corazón la sacudían de un lado a otro. Pero al despertarse por la mañana sacó las piernas de la cama con decisión, respiró hondo y alzó los hombros.

En el fondo, pensándolo bien, solo podía hacer una cosa: coger la navaja de su padre y liberar al oso.

Y es que, si no lo hacía ella, ¿quién iba a hacerlo?

A la hora del almuerzo calentó a toda prisa una lata de sopa minestrone y la llevó hasta la estación meteorológica.

—Ah, gracias, April. —Su padre levantó la vista y la miró, distraído—. ¿Ya es hora de comer?

La niña asintió.

—También te he traído esto. —Y dejó unos caramelos de anís en la barra. Él se había traído los suficientes como para pasar los seis meses, y se los había racionado a tres al día.

Mientras desenvolvía uno como aperitivo, April le cogió la navaja suiza del bolsillo de la chaqueta y se fue apresurada. Se puso el abrigo y las botas, se hizo con un puñado de biscotes de avena y un tarro de mantequilla de cacahuete y salió por la puerta.

Aquel día el camino hasta la bahía de la Morsa no se le hizo tan largo, en parte porque sabía exactamente hacia dónde se dirigía y lo que iba a hacer, aunque al pensar en ello se le secaba la boca. Respiró hondo para darse valor; el aire que la rodeaba era limpio y claro, como si la tierra estuviera hecha de cristales crujientes y comestibles. Casi sintió como si la isla supiera de su misión y se hubiera puesto de su parte.

—Ya casi estoy —murmuró, y a los pocos minutos llegó y soltó una carcajada de alivio: a la límpida luz del día, la bahía de la Morsa no le pareció ni la mitad de aterradora que la noche anterior, cuando todo, incluida la criatura, le había resultado tan grande y alarmante.

El único problema fue que no vio ni rastro del animal, ni siquiera cuando usó los prismáticos para escudriñar el horizonte: las tres montañas cubiertas de nieve, la planicie desnuda por la que

acababa de llegar y las ruinas que daban a la playa. Después examinó la gris espuma del mar. Los osos saben nadar muy bien; desde luego, mucho mejor que ella, que prefería trepar a los árboles. Pero el animal tampoco salió del mar y, como ella había empezado a temblar y quedarse esperando era de lo más aburrido, decidió ponerse manos a la obra.

A menudo se dedicaba a recoger la basura en las playas cercanas a la casa de la abuela Apples, así que ahora, por la fuerza de la costumbre, examinó la costa en busca de cosas ajenas al lugar. Cuando acabó había acumulado veintiséis botellas de plástico de diferentes marcas de resfrescos, siete latas oxidadas, un peine negro, un cepillo de dientes rosado con un unicornio, una gran pila de red azul que supuso que se usaba para pescar, un cochecito de juguete y una botella de *whisky* medio llena; todo ello, perteneciente a gente muy muy lejana y traído hasta la isla por las caprichosas corrientes marinas.

—Listo. —Colocó la última botella en el rincón que les había dedicado junto a la barca, que estaba boca abajo. Otro día volvería con una bolsa para llevárselo.

Pero, aparte de sus buenas obras, se estaba muriendo de hambre y seguía sin ver ni rastro del oso polar. Aunque había traído las galletas de avena como regalo, de repente sintió un agujero en el estómago. No era de extrañar: había olvidado prepararse una sopa para sí misma. Así, se sentó con la espalda apoyada en el casco, untó los biscotes con mantequilla de cacahuete y se los metió en la boca a toda velocidad. En cuanto volvió a mirar hacia arriba, con la cara llena de migas y la boca pegajosa, se dio cuenta de que no estaba sola.

A menos de tres metros se encontraba el oso polar.

—¡Oh! —exclamó, tan sorprendida que se le cayó el tarro de mantequilla de cacahuete, se derramó el contenido y se le formó una gran mancha en su bota derecha—. ¿De dónde has salido?

Aunque angustiosamente delgado, el animal seguía siendo mucho más grande que cualquier otro que hubiera visto. Ella misma debía de ser al menos tres veces más pequeña. Habló rápido para que el valor no la abandonara:

—He venido a ayudarte. Mira, he traído la navaja de papá. No la he usado nunca, pero seguro que todo irá bien. Solo tengo que

decidir qué cuchilla usar, ¡hay tantas…! Hasta tiene un sacacorchos. Y no es que papá lo use, porque no bebe. Al menos, no desde el accidente de coche. Él era el que iba bebido. El chico, quiero decir. No papá. Por eso no vio a mamá. No la vio hasta que fue demasiado tarde. Papá odia el alcohol. —Estaba desvariando, pero por alguna razón era incapaz de parar—. Bueno, no creo que esa historia te interese mucho. También he limpiado la playa. ¿Ves? Toda esa basura no tendría que estar aquí. No en la Isla del Oso. Aunque supongo que la gente ni siquiera sabe que hay lugares como este. Yo no tenía ni idea. Me refiero al mundo real. Sé que en los cuentos sí que los hay, pero no es lo mismo, ¿verdad? No sabía que la Tierra pudiera tener este aspecto.

E hizo un gesto con la mano como para abarcar… ¿qué?, ¿la naturaleza, el vacío? No: la sensación de que ya ni siquiera estaba en este mundo, sino que de alguna forma había ido a parar a otro planeta gemelo pero más agreste, más desolado. Dejó caer los brazos a los lados y tragó saliva.

Era por los nervios, decidió. Lógico, teniendo justo delante a un oso polar que podía comérsela. No se atrevía a alzar la vista. Incluso a tres metros podía sentir el aliento del animal en la cara, y no resultaba agradable precisamente. El estómago se le encogió y empezó a darle vueltas en su interior; durante un horrible momento creyó que iba a vomitar.

—Venga ya, April —murmuró para sí misma—. Tienes que sobreponerte. —Se encogió de hombros, respiró hondo y miró hacia arriba, directamente al oso.

Capítulo Ocho

Oso

—Hola —dijo April, asegurándose al máximo de quedarse lo más quieta que pudiera. Sabía por su experiencia con los zorros de jardín que lo peor que podía hacer era intentar tocarlo. Los animales tienen que venir a ti, no al revés. Si parece que tienes prisa se van corriendo, te muerden o, en este caso, se te comen viva.

Suponía que sería igual con los osos polares. Lo importante era la confianza, no importaba el tamaño del animal.

Cruzó los dedos y se preparó para esperar. Todo el día, si fuera necesario. Aunque mejor que no toda la noche, porque entonces su padre se preocuparía.

—Tú ya sabes mi nombre, así que creo que ahora yo necesito saber el tuyo —dijo con tono amable. Casi siempre hablaba sin levantar la voz; hacía mucho que había aprendido que a los animales no les gusta la gente ruidosa y gritona. Allí, en mitad de la naturaleza, intentó ser lo más suave que podía, como los copos de nieve—. Aunque también es verdad que no me parece bien ponerte nombre, como haría con un gato o un perro. No eres para nada como Braveheart, que vivía en nuestro jardín, en plena ciudad. Tú eres totalmente salvaje, y los animales salvajes no necesitan nombres humanos. Pero de alguna manera te tengo que llamar, así que elijo Oso.

Oso no mostró ninguna reacción, aunque ella quiso pensar que el nombre le había gustado.

—Entonces ¿te gusta? —le preguntó—. ¿Te gusta tu nuevo nombre?

Hubiera jurado que la criatura entornaba sus ojos de chocolate. April sonrió.

—Lo interpretaré como un «sí». —Y continuó—: Por supuesto, sé que no puedes hablarme. Pero tenemos que comunicarnos de alguna forma. Es como la gente que se dedica a descodificar documentos; tengo que aprender a interpretar los signos.

Esperó ansiosa alguna señal de que Oso estaba de acuerdo. Le hubiese servido cualquier cosa: que moviera el morro, que agitara una oreja. Pero, tras unos segundos mirándolo fijamente, no vio nada.

—No importa. Sé que me escuchas. Podemos comunicarnos igualmente. La gente dice que los animales no hablan, pero yo sé que eso no es verdad. ¿Qué era lo que decía mamá? Solo tenemos que encontrar una forma diferente de hablar. —Miró instintivamente el reloj, casi esperando que ella apareciese de repente, como un genio de la lámpara.

Oso movió un poco las orejas, pero siguió sin acercarse más.

—No tienes por qué tenerme miedo. No soy como los adultos, no voy a hacerte daño —añadió mientras se tragaba su propio miedo—. Solo quiero ayudarte.

Pero, por mucho que intentara ganarse su confianza usando la voz más suave que podía, Oso seguía sin acercarse más, y, como ella tampoco estaba decidida a hacerlo, se quedaron como estaban durante casi dos horas. Hasta que de repente April tuvo una idea.

—Vale, Oso. Te he traído unos biscotes de avena, y tampoco tengo *tanta* hambre, así que voy a untar un poco de mantequilla de cacahuete en uno, así, y voy a dejarlo aquí delante, en esa roca. ¿La ves? Si lo quieres, es todo tuyo.

Al principio Oso no reaccionó. Quizá no le gustara la mantequilla de cacahuete tanto como a ella. Pero entonces el animal alzó el morro al aire, que empezó a temblar y agitarse. Olisqueó ruidosamente un par de veces, y April hubiera jurado que se le iluminaron los ojos.

—Es mantequilla de cacahuete —repitió—. De la crujiente, que es la mejor. Te va a gustar. No tiene sabor a foca ni a nada parecido, pero está muy buena, sobre todo si tienes hambre.

Oso volvió a olisquear. Su rostro pareció llenarse de deseo, tanto que esta vez le tembló todo el cuerpo. Muy lentamente dio un paso

adelante, después otro, hasta que finalmente dio el tercero y definitivo y, sin apartar sus ojos marrones de la niña, se tragó el biscote de un bocado.

—¡Sabía que te iba a gustar!

Sonrió satisfecha, pero de repente Oso se abalanzó sobre ella, su boca abierta llena de dientes afilados. Fue como mirar a la cara a la muerte. Deseó haberse despedido de su padre antes de irse. Cerró fuerte los ojos, cruzó los dedos y rogó que quedase algún resto de ella para que pudieran enterrarla.

Pero, en vez de sentir que le arrancaba la cabeza de un mordisco, fue como si de repente su pie derecho empezara a agitarse, como si algo o alguien lo estuviera frotando con fuerza, como si fuese alguna especie de masaje profundo. Abrió un ojo y miró hacia abajo. Oso estaba lamiéndole la bota donde antes a ella se le había caído el tarro, comiéndose los restos con su gigantesca lengua rosada. Era como recibir un lametón de un gato pero un millón de veces más poderoso.

—¡Oso! —chilló—. ¡Si no queda nada!

Con un último lengüetazo, Oso se sentó sobre las patas traseras y se la quedó mirando. Seguía mostrándole los dientes, pero ahora se relamía y se pasaba la lengua por toda la mandíbula, así que daba mucho menos miedo.

—Quieres más, ¿eh?

Con cuidado, dejó sobre la roca todos los biscotes que le quedaban y vio cómo él no tardaba ni un segundo en tragárselos. Al acabar miró a la izquierda y la contempló como rogándole más.

—No queda ni uno más —le dijo April—. Lo siento.

Él bajó las orejas, y la niña deseó haberse traído otro paquete, sobre todo cuando el animal volvió a dar un paso atrás y a observarla desde una distancia prudente. A pesar de tener la navaja en el bolsillo, y a pesar también de la pata hinchada que claramente producía un gran dolor a Oso, ella entendió que no podía acercársele, al menos hasta que tuviese más comida.

—Mañana volveré —dijo; no estaba segura de sentirse aliviada o decepcionada.

Al día siguiente le llevó diez paquetes de biscotes de avena y dos tarros de mantequilla de cacahuete, y esta vez Oso solo tardó una hora en acercarse cautelosamente a ella y comerse lo que le había

dejado a una prudente distancia. Un día más y la espera se redujo a media hora. Y, al otro, le bastaron diez minutos para ganarse la confianza del animal. Para entonces la niña también se sentía un poco más tranquila teniéndolo tan cerca. Oso no había mostrado la menor intención de querer comérsela a ella, solo la comida que le llevaba. Y así, al sexto día de conocerlo, cuando llegó fue como si él la hubiera estado esperando, y enseguida se dirigió hacia ella.

April dejó la comida a unos diez pasos y respiró hondo para darse valor. Entonces, sin pausa para no dar tiempo a que el miedo la invadiera, cerró los dedos en torno a la navaja que llevaba en el bolsillo.

—¿Ahora vas a dejarme que te mire la pata?

Capítulo Nueve

Amistad

Era una pata enorme —las de los osos polares han de serlo para poder distribuir el peso del animal sobre el hielo—, y aún más grande debido a la hinchazón. Un trozo de plástico como los que unen los *packs* de seis latas de refresco, aunque obviamente a una escala más industrial, se le había quedado clavado, y se mantenía en su lugar junto a una red azul de pesca, tan enmarañada que le resultaba imposible quitársela él mismo.

April se tragó los últimos restos de su miedo e hizo un esfuerzo por quedarse totalmente quieta. No como una estatua, sino más suave, «como el agua», como le había dicho ella a Tör. Respiró profunda y lentamente, con la barriga, de forma que apenas hizo ningún ruido y el único rastro fueron las nubecillas de vaho que formó en el frío aire. Se imaginó que de las suelas de sus botas de agua le salían raíces que la conectaban con la isla, igual que la isla a veces parecía querer conectar con ella. En ese sentido se volvió menos humana y más osa.

—¿Puedo tocarte? —preguntó con voz pausada, porque ni en sueños iba a ser tan tonta como para posar una mano en un animal salvaje sin permiso.

Después de comerse todo lo que había, Oso no se movió. ¿Sabría que ella intentaba ayudarlo? Fuera como fuera, mantuvo los ojos clavados en los del animal. Él la contempló a ella tanto tiempo, sin parpadear ni una sola vez, que la niña no pudo calcular cuánto rato estuvieron así. El mundo entero se había reducido al espacio que los

separaba y a la unión lenta y constante del aliento de ambos.

Reconocer cuál era el momento correcto para moverse no era cuestión de lógica. No se trataba de una partida de ajedrez; aquello era puro instinto, algo que no debía cuestionarse o de lo que no tenía que dudar. Así, se concedió por fin permiso para dar un mínimo paso hacia él.

—¿Lo ves? —le dijo—. No voy a hacerte daño.

Hizo una pausa y dio otro paso, y después otra más y un nuevo paso. Con cada uno se fue acercando más y más, hasta quedar a unos pocos centímetros de distancia, tan cerca que podía distinguir cada uno de los pelos de su bigote largo y negro y sentir la humedad de su morro.

Apretó más los dedos alrededor de la navaja, y respirando tranquilamente la sacó poco a poco del bolsillo y se la colocó ante el rostro.

Oso parpadeó pero no dio ni un paso atrás.

—Voy a usar esto para cortar el plástico —le dijo April—. Pero tú tienes que prometer que no vas a hacerme daño.

Para entonces estaba ya tan cerca que pudo mirarlo directamente a los ojos. Eran del color del chocolate espeso, tan marrones que casi parecían negros. Había una historia en ellos, como en todas las personas y los animales. Los de Oso hablaban de hambre y desesperación, y quizá también de soledad, aunque no estaba segura de si eso último era solo un reflejo de lo que ella misma sentía. Lo más importante era que aquellos ojos no eran desagradables o crueles, como sucede con algunos, y tras rebuscar en su interior April obtuvo el permiso que necesitaba.

Con respiración firme y tranquila, se arrodilló, se quitó un guante y acercó la mano. Mientras pasaban los segundos sintió el aliento del animal sobre su nuca, y también sus dientes, que colgaban por encima de ella como la hoja de una guillotina. Entonces sus dedos probaron a tocarle el pelaje.

—¡Oh! ¡Qué suave eres!

Era como una sábana cálida y cómoda que olía a agua marina y a naturaleza. El plástico se había metido tan adentro que ni siquiera pudo pasar los dedos por debajo. Al tocar la zona de la herida, Oso tembló.

—Pobrecillo —dijo—. Déjame intentar cortarlo.

Incluso con la navaja le costó diez minutos enteros atravesar la red y después el plástico. Tuvo que poner mucho cuidado en no cortarle la piel —le pareció no haber parpadeado ni una vez durante toda la operación—, pero por fin la pata quedó libre.

Cuando el último trozo de plástico cayó al suelo, Oso levantó la cabeza y rugió con tanta fuerza que April cayó boca abajo sobre la playa. Y aún entonces él siguió rugiendo, haciendo temblar la tierra y astillando los cielos.

—No pasa nada —le dijo ella, levantándose después de acabar—. Sé que solo me estás dando las gracias.

Oso la contempló con sus oscuros ojos marrones, que brillaban no solo con el reflejo del mar sino también con algo mucho más profundo. Era una mirada que abarcaba el tiempo y el espacio y todo lo que había entre ellos. Pudo durar unos segundos o para siempre, al recordarlo tiempo después no estuvo segura.

Pero una cosa sí supo: era la clase de mirada con la que se forjan las amistades.

—Volveré mañana —dijo mientras se levantaba, no muy estable, e intentaba aceptar aquella nueva versión de la vida en que una niña como ella podía hacerse amiga de un oso polar—. Traeré un antiséptico para ponértelo en la pata y evitar que se te infecte.

Oso abrió la boca para rugir de nuevo, pero esta vez ella extendió una mano para indicarle que no lo hiciera.

—Sí, sí —añadió con una risita—, también te traeré mantequilla de cacahuete.

Capítulo Diez

El sol de medianoche

April trotó y saltó y bailó durante todo el camino a casa. Las entrañas le hacían cosquillas y su corazón brillaba. Iba a volver al día siguiente y llevaría más mantequilla de cacahuete y biscotes de avena. Quizá dos paquetes. ¿Qué comen los osos polares además de focas? Iba a averiguarlo.

Así, entró por la puerta de la cabaña con un calidoscopio de ideas y una emoción que apenas podía controlar, como un parque de atracciones lleno de color y ruido y algodón de azúcar. Las mejillas le brillaban no solo por el frío, sino que también irradiaban una felicidad que hacía mucho que no sentía.

Y entonces tuvo que frenar de repente.

Su padre estaba sentado con las piernas cruzadas frente al fuego y le dirigió una sonrisa; una de verdad, no la especie de mueca que había usado desde su llegada allí.

—¿Va todo bien, papá? —le preguntó.

Él no respondió enseguida. Se limitó a levantarse de un salto y puso música de Mozart. Era la *Sonata núm. 17*, la divertida, la que a ella le hacía sentir deseos de ponerse a dar vueltas por toda la sala como si bailara un vals.

—¡Es esta noche! —exclamó él mientras la música burbujeaba y también parecía dar saltos alrededor de los dos.

—¿El qué?

—¡El sol de medianoche, April, el sol de medianoche!

Le había hablado de eso antes de venir. De hecho, había formado parte de los argumentos con los que había intentado

convencer a la abuela Apples: todo el mundo debería verlo una vez en su vida. Y April, qué suerte tenía, iba a vivirlo durante casi un verano entero. Aquello no convenció nada a la anciana, que refunfuñó que el sol que tenían allí, aunque débil y de poco fiar, ya era lo bastante bueno para ella.

Pero, claro, siempre es difícil imaginar cosas que una nunca ha visto. En aquel momento, con la música danzando por la sala, el ritmo del vals en sus pies y la sonrisa emocionada de su padre, la niña sintió como si un relámpago recorriera su interior.

¡Ella, April Wood, aquel día no solo había ayudado a un oso polar, sino que iba a ver el sol de medianoche!

Iban a tener que esperar hasta, claro, la medianoche, y para eso aún faltaban cuatro horas. Mientras tanto, April calentó dos sopas de verduras y los dos se sentaron a tomarla en el sofá, juntos, apoyando las latas en dos volúmenes de una vieja y polvorienta enciclopedia.

—Háblame del sol de medianoche —le pidió la niña, sintiendo que él tenía ganas de hablar.

Y estaba en lo cierto. Su padre cogió las latas ya vacías, las dejó en el suelo y volvió a hundirse en el sofá con un gruñido relajado y satisfecho.

—¿Recuerdas el globo terráqueo que te regalé hace tiempo por tu cumpleaños?

April asintió con la cabeza. En realidad había sido dos días tarde, y lo que ella quería en realidad era un gato, pero la bola del mundo había sido un buen regalo igualmente.

—Entonces —continuó él— ya sabes que estamos cerca del Polo Norte. No en él, pero cerca. Y también sabes que la Tierra gira ligeramente inclinada sobre su eje. —Representó el planeta con su taza de café, torciéndola unos grados hacia un lado—. Y, como esa inclinación es bastante grande, el sol no se pone en las partes del mundo más cercanas a los polos, como aquí. —Señaló las partes superior e inferior de la taza—. Según lo cerca que estés del polo, el sol puede mantenerse en el cielo durante meses, sin ponerse ni una sola vez. Hay quienes lo llaman «día polar», aunque es más conocido como el «sol de medianoche».

—¿Quieres decir que nunca oscurece?

—Correcto —respondió él—. No hay noche.

April intentó imaginarse un día sin noche. Había notado que por allí eran cada vez menos oscuras, pero al final el sol siempre descendía por el horizonte. Ahora iba a quedarse todo el tiempo. Una cosa la intrigaba:

—¿Y cómo duerme la gente?

Su padre se volvió hacia ella y sonrió.

—Cerrando los ojos, claro.

No tenía ninguna gracia —eso era frecuente en los chistes de su padre—, pero, como no podía ni recordar cuándo había sido su último intento de decir algo divertido, la niña sintió que una carcajada le llenaba la garganta, contagiándolo a él. Los dos acabaron riéndose a mandíbula batiente.

Al acabar, rebuscó alguna otra pregunta en su cerebro. No vivía a menudo momentos como aquel con su padre, así que quería alargarlo y hacer que durara tanto como fuese posible.

—Y también pasa lo contrario, ¿verdad?

—Sí —contestó él, que de nuevo pareció contento por la oportunidad de explicarse—. Durante las Navidades, el sol ni siquiera sale en este rincón del mundo. Imagínatelo: un invierno en completa oscuridad. Aunque nosotros no tenemos que preocuparnos por eso; para entonces nos habremos ido hace tiempo.

Ya llevaban un mes allá, lo que significaba que les quedaban otros cinco. Cinco meses enteros de verano. Ya no le importaba que su padre tuviese que trabajar tanto; estaba llena de emoción ante la idea de conocer más a Oso. Al no haber noches, era como si le hubiesen regalado el doble de días para pasarlos con él.

Poco antes de la medianoche, y vestidos de los pies a la cabeza con chaquetas, botas, gorro, sombrero, bufandas y guantes, salieron al frío del exterior. Lo primero que hizo ella fue mirar hacia arriba. Era cierto: el cielo no se mostraba de su color negro de terciopelo suave. No brillaban las estrellas. Ni siquiera vio la luna. En vez de eso, el sol seguía un poco por encima del horizonte, con un tono anaranjado a su alrededor. Lo contempló maravillada mientras su aliento se elevaba ante ella como el de un dragón.

—Leí una cosa en la enciclopedia —dijo con timidez mientras contemplaban cómo el astro pasaba del naranja al ámbar y después al dorado—. Decía que el primer día del sol de medianoche los nativos celebran una ceremonia especial. Pensé que… igual

nosotros también podríamos hacerlo.

Su padre no dijo nada. Ella insistió.

—Beben alcohol. Nosotros no haremos eso, claro —se apresuró a añadir, notando que él se ponía tenso—. Pero ¿y si nos preparamos un chocolate caliente? Ellos dibujan un gran círculo en el suelo, lo llaman «círculo sagrado», que representa el sol, se meten dentro y piden tres deseos para el verano. Dicen que eso les trae buena suerte.

Su padre se quedó en silencio durante un largo rato, pero, justo cuando ella iba a volver adentro, dio una palmada.

—April, es una idea maravillosa. Voy a poner la tetera.

La niña soltó una risita mientras él entraba, sus desgarbados brazos sacándolo todo a la vez en la cocina: la tetera, los bizcochitos, incluso unas galletas rellenas. No importó que algún plato se rompiera o que la puerta del armario casi se saliera de la bisagra o que la mitad del chocolate acabara por los suelos.

A falta de apenas un par de minutos antes de medianoche, él volvió a salir y dibujó un gran círculo en el suelo con un palo de madera. Ella lo completó con unas cuantas líneas que se extendían hacia afuera como si fuesen rayos; después colocaron la tetera en el centro y se sentaron en almohadones que tomaron prestados del sofá.

En ese momento el sol casi tocaba la línea del horizonte, el punto por donde normalmente se hundía y desaparecía de la vista para regresar a la mañana siguiente. Pero esta vez se mantuvo allí colgado, como una canasta de baloncesto, y a su alrededor el cielo pasó del dorado al bronce y por fin al color de un melocotón.

April tomó un largo trago de chocolate directamente de la tetera. No recordaba haberse sentido tan feliz desde hacía años.

—Tres deseos —dijo con los labios oscurecidos—. No te olvides de pedirlos.

—Bueno, siempre he querido ver el sol de medianoche, desde que supe que existía cuando tenía tu edad —afirmó él—. Así que parece que uno de mis deseos ya se ha hecho realidad.

—¡Pero aún te quedan dos más! —exclamó la niña, que ya había pedido los que le correspondían a ella: uno para Oso, otro para su padre y uno más para el planeta. Casi se lo contó entonces. Lo de Oso. Lo tenía en la punta de la lengua. Hasta llegó a abrir la boca, pero por alguna razón no consiguió formar las palabras y, para cuando pensó la primera frase, ya era tarde; había empezado a hablar él.

—Mañana es el cumpleaños de mamá —dijo en voz tan baja que ella casi se lo perdió—. Siempre deseé que pudiéramos ver el sol de

medianoche juntos.

¿Cómo podía haberse olvidado April? Un estallido de vergüenza inundó sus venas. Alargó un brazo hacia su padre, pero, con un gesto de negativa que a la vez parecía pedirle perdón, él se levantó, se limpió la tierra del pantalón y anunció en voz baja que, aunque el sol seguía en el cielo, era hora de acostarse.

April recogió la tetera y los almohadones y lo siguió, arrastrando los pies. A través de una rendija en la puerta de la habitación de su padre lo vio de pie ante el tocadiscos, revolviendo entre las grabaciones mientras movía la cabeza; cuando encontró lo que buscaba se sentó en la cama.

—Buenas noches, papá —le deseó desde fuera.

Pero el disco había empezado a sonar y él ya no prestaba atención a la niña. Era una música triste, la misma que ponía cada año en esas fechas.

Más tarde, en la cama, cuando sonaba por centésima vez, April tuvo que taparse las orejas con la almohada para no oírla.

Y el sol seguía brillando.

Capítulo Once

La estación meteorológica

No era que no echara de menos a su madre, pensó April al día siguiente, en el desayuno; pero la verdad era que solo recordaba detalles sueltos.

Estaban sus historias para dormir, y bailar en el jardín trasero con un sol dorado del color del sirope, las magdalenas con crema de cacao que preparaba y su risa como caramelo efervescente. Y los abrazos, porque era de esa clase de madre, de las que no te sueltan.

También estaban los recuerdos de ella con los animales. Dejar fuera comida para los erizos al anochecer y esconderse los tres en casa con las luces apagadas, a ver quién divisaba el primero. Dar de comer de la mano a los petirrojos mientras su padre lo contemplaba con cariño. O cuando rescató a una tortuga perdida y él le dijo en broma si quería quedársela.

A veces April se preguntaba cómo habría sido la vida si a su madre no la hubiese atropellado aquel coche. ¿Habría sido ella una niña más, en fin, normal, más parecida a las demás niñas del colegio? Las que no jugaban con zorros en el jardín, no trepaban a los árboles y no hablaban con los animales. No estaba segura de si el hecho de ser diferente se debía a los genes o a lo que le había pasado en la vida. Sospechaba que era un poco de las dos cosas.

No fue culpa de su padre. No era que él no quisiera a su hija. Simplemente, cuando la madre murió dos días después del accidente, ella se llevó consigo la mitad de él. Y, por desgracia, esa

mitad que se llevó era la más divertida. El hombre que se echaba a cantar cuando veía un arcoíris, que contaba chistes tontos que hacían reír y gruñir a la vez a su esposa, y, desde luego, la mitad que no trabajaba tanto y que no se irritaba al estresarse. April lo miró, sentado a la barra de la cocina, con unas ojeras tan grandes que casi se le caían en la taza de té, el pelo largo y descuidado que se le levantaba de la cabeza en ángulos rectos, y la camisa mal abrochada.

¿Habría pensado que ir allí sería la forma de escapar a su tristeza? La niña suspiró; si era así, no lo había logrado, porque ese sentimiento parecía seguirlo siempre como la cola de un cometa.

—Bueno, ¿estás lista? —le dijo él, mirando impaciente el reloj.

—¿Lista para qué?

—Para ayudarme. Te ofreciste el otro día, ¿recuerdas?

—Sí. No.

Mecachis… ¿Por qué tenía que ser justo *ese* día? ¿Y si Oso la estaba esperando en la bahía de la Morsa? Se sintió dividida. Por supuesto que quería pasar tiempo con su padre. Desde que habían llegado esperaba una ocasión como aquella. Aunque lo de ayudarlo lo había dicho solo por desesperación. Mucho mejor sería hacer juntos algo divertido, como jugar al fútbol, bajar por la montaña en trineo o pescar en uno de los lagos.

—April —continuó él—, estuvo mal que te dijera que eres demasiado pequeña para ayudarme. Pensándolo mejor, nunca se es demasiado pequeño para hacer cosas importantes. Y hasta puede darte ideas sobre a qué dedicarte cuando seas mayor.

Ella asintió con la cabeza.

Era una tontería, claro. Ser mayor era algo tan lejano que para el caso podía ocurrírsele meterse en una nave e irse a la Luna.

Por otro lado, no debía olvidar que lo que hacía su padre era Muy Importante, con mayúsculas. Todos aquellos montones y montones de cuadernos llenos de números y cifras, iniciados cuando la estación meteorológica abrió hacía ya casi cien años: la temperatura del mar y la del aire, la humedad, la velocidad y la dirección del viento; todo, medido desde entonces y continuado ahora por él. Todos habían hecho un trabajo muy valioso durante esos cien años, pero nunca había sido tan importante como ahora.

April siempre se había preguntado qué podía hacer para salvar

el planeta, y ahora se le presentaba la oportunidad. Así que se irguió y lo siguió.

Cada vez que entraba en la otra cabaña era como meterse en otro universo, un lugar lleno de extraños instrumentos mecánicos que murmuraban y emitían un tictac metálico y preciso. Tenía la incómoda sensación de que estaban dentro de un vacío; cuando se cerraba la puerta quedaban aislados del resto del mundo y nada, ni siquiera la Isla del Oso, era capaz de infiltrarse en aquel lugar de olor seco y ligeramente anisado.

—¿Por qué no empezamos midiendo la temperatura del aire?

Le explicó por qué era importante hacerlo y estudiar cómo estaba cambiando en todo el planeta, y la forma en que se hacía la medición. Para ello tuvieron que salir afuera hasta donde se encontraba el termómetro, a la sombra. No era el típico termómetro que hay en cualquier casa; aquel medía más de un metro y era de un color rojo brillante. Había toda una serie de complejas lecturas que anotar. Su padre le indicó cómo hacerlo y ella las apuntó en el registro.

—¿Cuánta gente trabaja aquí normalmente? —preguntó ella cuando acabó de escribir.

—Bueno… —Su padre frunció el ceño al revisar las anotaciones mientras contestaba—. Siempre debería haber dos personas haciendo turnos, por si a una le pasara algo. Pero tienen tan poco personal que me permitieron que viniéramos solo tú y yo.

—¿Y crees que tenían mucho tiempo libre?

—¿Tiempo libre? —La miró como si acabara de decir algo en un idioma incomprensible—. Aquí no existe. Siempre hay que estar midiendo las temperaturas.

April, concentrada, se mordió el labio inferior.

—Entonces ¿nadie ha tenido tiempo para explorar la isla?

—Hija, ¿es eso lo que quieres? ¿Quieres que pase más tiempo contigo? —Se quitó las gafas y se frotó los ojos, cansado. A April le sorprendió pensar que quizá él sintiera lo mismo que ella—. Hacer tantas mediciones es agotador. Te seré sincero: me ocupa mucho más de lo que esperaba, especialmente porque lo tengo que hacer todo yo.

Ella abrió la boca para replicar, pero notó lo tensos que tenía él los hombros y decidió que no quería preocuparlo aún más, así que

no fue sincera del todo.

—No pasa nada. No me estaba quejando ni nada. Me gusta explorar la isla sola. Precisamente hoy…

Si había un buen momento para hablarle de Oso era aquel. Pero, aparte del hecho de que su padre ya había vuelto a examinar los instrumentos con el ceño fruncido, ¿qué le diría? Y si se lo contaba, ¿cómo reaccionaría él? ¿Valía la pena correr el riesgo? Si él hubiera sabido que sí que había un oso polar en la isla, ni en sueños permitiría que fueran amigos.

—Estoy contenta de haber venido —dijo por fin, intentando dar a su voz más seguridad de la que en realidad sentía—. *Muy* contenta.

Volvieron al interior de la cabaña a tomar las siguientes temperaturas. Para esas se necesitaba mucha más concentración, y su padre tuvo que repetirle las instrucciones tres veces. Por desgracia no era el profesor más paciente del mundo, y menos aquel día, en que uno de los instrumentos no funcionaba bien y él estaba estresado. Cada vez que volvía a explicárselo se le marcaban más y más las arrugas entre los ojos, frustrado, y la niña notó que estaba perdiendo la paciencia. No era de extrañar; se trataba de un trabajo complicado y repetitivo.

A ella se le humedecieron los ojos por el esfuerzo y sintió que corría el riesgo de que le explotara el cerebro. Tenía que recordarse una y otra vez a sí misma que se trataba de un trabajo Muy Importante. Su padre tenía que pasarse el día entero allí, totalmente concentrado, porque era crucial medir y anotar las temperaturas correctamente, así la gente podría ver cómo estas estaban cambiando en el Ártico. A fin de cuentas, esos mismos cambios iban a afectar pronto al resto del planeta, y a saber lo que pasaría entonces. Aunque esa idea la preocupaba profundamente, de vez en cuando la imagen de Oso se colaba en su mente y la distraía. Le había prometido que iba a volver con comida y un antiséptico para la pata, y no quería pensar que lo estaba decepcionando.

Pero ¿y si sentía mucho dolor? ¿Y si sospechaba que ella le había mentido? ¿Y si no volvía a verlo nunca más? April seguía sin tener la menor idea de cómo Oso se había quedado atrapado en la isla, y por un instante se lo imaginó con sus ojos tristes y solitarios, la cabeza gacha, sintiéndose abandonado. Era solo su imaginación,

pero bastó para hacer que le temblaran los dedos y que el cuaderno rojo de mediciones se le resbalara de la mano y cayera abierto al suelo. Por desgracia, fue justo en el mismo sitio en el que a su padre se le había derramado antes un poco de té.

—Oh, no —murmuró, intentando limpiar la mancha de la hoja, pero solo consiguió esparcirla y que quedara aún peor.

Su padre fue corriendo y la miró con horror. La niña vio algo en sus ojos que la hizo desear hacerse aún más pequeña y esconderse dentro de sí misma. Él le cogió el cuaderno y los dos contemplaron desasosegados la página arruinada.

Entonces fue cuando su padre saltó.

—¿¡Qué has hecho!? —le gritó—. ¡Sabía que no tenía que fiarme de ti, que eres demasiado pequeña para esta clase de trabajo, niña torpe y estúpida!

Tras el estallido se hizo uno de esos horribles silencios en la cabaña. April tuvo la extraña sensación de estar cayendo. De repente no había nada salvo el tictac de los instrumentos y el aire que llenaba el espacio, viciado y apestoso por la culpa.

—¡April! —Su padre dio un paso hacia ella, el arrepentimiento marcado en cada arruga de su rostro.

Pero ya era demasiado tarde.

Sin mirar atrás, ella salió a toda velocidad por la puerta, cogió su mochila y no paró de correr hasta llegar a la bahía de la Morsa.

Capítulo Doce

Un secreto compartido

Cuando April llegó a la bahía, su dolor casi había desaparecido. Una parte se había evaporado en la niebla marina, y el resto a través de las suelas de sus botas. La isla siempre hacía que las cosas parecieran menos importantes, y durante la última semana el sol había ido revelando las plantas que se ocultaban bajo la nieve.

Por encima de la niña, una banda de gaviotas trazaba un alto arco en el cielo, y algo en la forma de agruparse entre ellas le provocó un repentino y agudo deseo de tener a alguien con quien hablar, alguien que de verdad comprendiera lo remota que era la isla y que comprendiera aquella parte del mundo. La única persona que se le ocurrió fue Tör. Pero la idea de volver a la cabaña, usar el teléfono por satélite y ver de nuevo a su padre le resultaba demasiado dolorosa.

Se repitió a sí misma que él no había querido herirla.

Sabía que la mayoría de la gente no siente de verdad las cosas que dice cuando grita. Y además, era normal que tuvieran discusiones, compartiendo un espacio tan pequeño. La Isla del Oso tendría ciento diez kilómetros cuadrados, pero podría no ocupar más que el espacio de las dos cabañas en lo que concernía a su padre, que no había salido ni una vez a explorarla.

Lo perdonaría, como siempre. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Ni siquiera podía marcharse de allí.

Y así fue como llegó a la bahía de la Morsa, casi —pero no del todo— tan alegre como siempre. Cuando empezaba a preguntarse

cuánto debería esperar esta vez y cómo tendría Oso la pata, oyó un fuerte chapoteo.

Se volvió y vio a Oso, que salía del mar y salpicó gotas de agua por todas partes al echar a correr al galope hacia ella. Su exuberancia y la forma en que daba pequeños saltitos sobre la arena, sin contener un ápice su alegría, hizo correr también a la niña; los dos avanzaron a toda velocidad el uno hacia el otro.

—¡Oso!

Solo cuando apenas los separaba un metro y medio, ambos se detuvieron, April cautelosa porque él era un oso polar adulto y potencialmente muy peligroso; aunque, a la vez, dudaba de qué debía hacer ahora.

¿Qué sería lo educado en un caso así? No podían darse la mano, ni abrazarse, ni besarse las mejillas como hace la gente. Seguía dándole vueltas al asunto cuando Oso se elevó al cielo hasta sostenerse sobre las patas traseras con el rugido más fuerte y ensordecedor posible. Y ella, sin ni tan siquiera pensarlo, también abrió la boca y soltó el rugido más alto que pudo. Por supuesto, no llegó al nivel del animal ni mucho menos, pero eso no importaba. No importaba nada. Y es que en aquel momento se olvidó de todo lo que la rodeaba.

Con aquel rugido, los últimos restos de su dolor desaparecieron como en una nube de magia.

Así que aquella era la forma de saludar a un oso polar…

Él se puso de nuevo a cuatro patas y se agitó hasta sacudirse la última gota de agua de su blanco abrigo, salpicando agua de mar, arena y polvo en todas las direcciones, pero sobre todo hacia ella. La niña se limpió la cara con un guante y, cuando por fin consiguió ver de nuevo, hubiera jurado que Oso sonreía.

—Hola, amigo.

Teniéndolo tan cerca, observó una vez más lo delgado que estaba, y lo apagado y mate que era su pelaje, en vez de lucir un blanco radiante. Cómo sus garras se habían vuelto ligeramente amarillas, del mismo color que sus dientes. Cómo sus ojos eran exactamente del mismo tono chocolate negro que el pelo de ella. Sus orejas peludas y redondas, quizá lo más adorable del animal, que danzaban traviesas y llenas de vida. Los bigotes que, al inclinarse hacia ella, le hacían cosquillas en la cara y le provocaban risitas. Y, al final, su nariz, más negra imposible, y que cuando le rozó el rostro para olisquearla, como hacen tantos animales, estaba fría y húmeda, y la hizo reír a carcajadas.

—¡Oye, si no das ningún miedo! —exclamó—. Y sí, sé lo que quieres. Te he traído mantequilla de cacahuete. Pero primero, por favor, déjame verte la pata.

Aunque ya la había tratado el día anterior, April no quería dar nada por supuesto. Con un animal como Oso tenía que ser muy respetuosa en todo momento. Solo cuando estuvo segura de que él se mostraba receptivo se decidió a ponerse lentamente en cuclillas ante la pata.

—Ahora estate quieto; hazlo por mí. Será solo un momento.

Parecía estar menos hinchada, aunque seguía cubierta de costras de un color rojo muy vivo en las partes en que se le había clavado el plástico. Como Oso era tan enorme, April tuvo que usar el tubo entero de crema antiséptica para asegurarse de cubrir toda la parte dañada.

—Ya está. Te pondré más mañana, todo irá bien.

Suspiró aliviada y se sentó en el suelo. Cuando su padre le hablaba de posibles trabajos adultos, a menudo le sugería la carrera de veterinaria. Aunque, la verdad, ella no se imaginaba matando un animal, ni siquiera en caso de necesidad.

—Salvarte a ti tendrá que ser suficiente —dijo—. Bueno, ¿quién

quiere mantequilla de cacahuete?

Oso resopló y gruñó y le dio un toquecito en el hombro, impaciente.

—Espera —lo frenó ella—. Primero tengo que poner la mesa.

Sacó una sábana de la mochila y la colocó junto a la barca, donde hacía menos viento. Después dejó en el centro el tarro de mantequilla de cacahuete, los biscotes y unas uvas pasas. No parecía un gran pícnic, sobre todo para un oso muerto de hambre, pero quedaba bonito y tenía que bastar. Comprendiendo que iba a haber comida, el animal se sentó sobre los guijarros de la playa mientras ella se volvía para mirarlo.

¿No sería demasiado mayor para hacer pícnics? ¡Ni hablar! Nunca había ido a dormir a casa de ninguna de sus amigas; de hecho, nunca había formado parte de un grupo de amigas. Así que, lo decidió mientras le pegaba un ruidoso mordisco a un biscote, tenía que compensar el tiempo perdido.

—Ya sé que estás esperando —dijo—. Un momentito más.

Como Oso no podía usar un cuchillo, ella untó un biscote con una generosa cantidad de mantequilla de cacahuete y se lo dejó al lado de una garra. Él se lo tragó antes de que la niña pudiera acabar de retirar la mano, y fue tan rápido que pareció que ni siquiera lo había masticado; simplemente pasó de su boca a la garganta. Acabó dándole la caja entera, que también devoró, cartón incluido.

—¿Te has quedado con hambre?

Le alcanzó el tarro aún medio lleno de mantequilla de cacahuete, y por un segundo creyó que también iba a tragárselo entero, con el cristal. Pero se detuvo en el último momento y usó su larga y rosada lengua para extraer hasta el último gramo.

—La próxima vez tendré que traer más —observó April en voz alta, estudiando en su mente las reservas de la despensa y la comida que había en ella—. Seguro que papá ni se da cuenta. Ni siquiera le gusta la mantequilla de cacahuete. Sí, ya sé, no es como tú y yo. En realidad no es como nadie. No puede evitarlo.

Oso examinó el tarro en busca de más comida, pero, al no ver nada, alzó la vista y miró a April, dudando.

Hablar de su padre hizo recordar a la niña cómo le había gritado. No se sintió herida, eso ya se le había pasado, pero sí triste.

—El caso es que sé que no estaba enfadado conmigo. Quiero

decir en el fondo. Y sé que está muy estresado por el trabajo, pero tampoco es eso. —Alzó la vista. Oso estaba distraído mirando algo en el mar; saber que no se estaba fijando en ella hizo que le resultara más fácil seguir hablando—: ¿Sabes por qué estaba enfadado en realidad? Porque hace siete años que mamá murió, pero para él es como si hubiera sido ayer.

Siguió la mirada de Oso hasta donde las olas golpeaban y chocaban contra la costa con iracundos alaridos. Siete años ya, y su padre estaba enfadado porque en su interior aún conservaba un sentimiento tan grande, enorme, sin fin, que tenía que expulsar de muchas formas diferentes. Estaba enfadado porque echaba de menos a su esposa y, aunque la abuela Apples pensaba que estaba siendo autoindulgente y que ya debería haberlo superado, no era así.

April volvió a mirar a Oso y vio que él también la observaba.

—Y a veces… —susurró—, a veces creo que nunca va a superarlo.

Oso ladeó la cabeza, atento al cambio de tono de la niña, como si se diese cuenta de que estaba hablando de algo importante.

—Ojalá… —empezó a decir ella, pero entonces se detuvo y tiró de un hilo suelto en uno de sus guantes—, ojalá… ojalá encontrara una nueva pareja —continuó por fin—: Sé que está mal por mi parte decirlo, porque la primera era mi madre. Pero la verdad es que apenas recuerdo nada de ella. Solo que estaba hecha de arcoíris. El caso es que ya no está aquí, y creo que papá se siente solo y le ayudaría conocer a una persona nueva. Una que fuera encantadora, claro. No hecha de arcoíris porque no todo el mundo puede estar hecho de arcoíris, pero que fuera tan amable como mamá.

Una gaviota chilló por encima de ellos, y April acabó decidiéndose a mirar arriba. Nunca había dicho nada de aquello en voz alta. ¿No habría decepcionado a Oso? No es que él pudiese entenderlo, y no parecía estar enfadado: sus ojos eran aún más suaves, como el chocolate fundido del centro de un *brownie* caliente, y su expresión la animaba a hablar, a compartir sus secretos y no tener que cargar sola con ellos.

Respiró hondo.

—Sí… hay una cosa que no te he dicho. —Tiró del hilo hasta

que le quedó suelto en la mano y lo echó al viento—. Puedes verlo, ¿verdad, Oso? Lo ves cuando hay cosas que no se dicen. Yo también soy un poco así. Creo que eso me pasa por estar tanto tiempo sola. En fin, sí, no es solo por papá. —Tragó saliva—. También es por mí. No… no me importaría tener una nueva madre. Alguien que hiciese que nuestra casa fuera agradable cuando vuelvo del cole, que me hiciera un montón de preguntas sobre cómo me ha ido el día, y quizá que hasta me llevara a un peluquero como es debido de vez en cuando.

Durante el silencio que siguió el mar se estrelló en la playa, la isla murmuró al ritmo de su propia corriente y el sol desapareció detrás de una nube y volvió a aparecer. April apretó las rodillas contra el pecho para cubrir su corazón desnudo y latiente, y escondió la cara entre las rodillas.

Había dicho demasiado.

No era lo que pretendía; las palabras habían salido en espiral de su interior casi sin querer. Y ahora no podía volver a meterlas dentro. Ya se las había llevado el viento y a saber dónde estarían ahora, flotando para siempre. ¿Y si habían llegado a la cabaña, qué? ¿Y si —el aliento le golpeó furiosamente las costillas desde el interior— si su padre la había oído? Nunca se lo perdonaría si lo había herido con sus palabras.

Ideas horribles y repugnantes como aquellas golpearon su mente y sintió el estómago más revuelto que durante cualquier examen, más que cuando las otras niñas se reían de ella en el colegio, más que aquella vez en que vio un gato muerto en la calle.

April se frotó los ojos y, sin darse cuenta, se apoyó contra el suave pelaje de Oso. Él se movió ligeramente al contacto pero no se apartó, por lo que la niña pudo descansar la mejilla contra su hombro.

Capítulo Trece

Se acaban las clases

Cuando April tuvo ocasión de pensarlo se dio cuenta de que seguramente Oso no entendía lo que le estaba contando; al menos, no los detalles. Pero muchas veces —quizá incluso a menudo— los detalles no importan; lo que cuenta son los sentimientos que hay detrás.

Y en aquel momento Oso pareció sentir algo respecto a ella, con esa increíble capacidad que tienen los animales de percibir cosas que los humanos no pueden. ¿No había leído April sobre cómo los gatos notan cuando se acerca una tormenta, o cómo los caballos detectan tu miedo, o cómo los perros saben lo que sientes con solo mirarte la cara? Los animales son así de listos. No listos como para conseguir un título universitario, no aprobarían ni un examen; pero sí saben leer el mundo —y a la gente que vive en él— de forma diferente: lo leen con sus sentimientos.

April sabía que Oso había leído los suyos a la perfección, de una forma en que su padre llevaba años siendo incapaz de hacerlo. Mejor incluso que la abuela Apples, que, a su manera bienintencionada pero un poco torpe, a veces se equivocaba.

Mientras la luz del sol se posaba en la isla con tonos de color albaricoque, April regresó a casa. No había más rastro de vida en la cabaña que los rescoldos de la chimenea y un silencio denso y viscoso.

¿Su padre se había ido a dormir?

Se detuvo ante la habitación de él, con la mano flotando

nerviosa sobre el pomo, pero no tuvo el valor de entrar. Decidió irse de puntillas a su propio dormitorio y cerrar la puerta sin hacer ruido. Al llegar a la cama, vio la tetera en el suelo.

—Oh.

La recogió y abrió la tapa. El aroma del chocolate caliente salió flotando como unicornios al galope. Aunque ahora solo estaba templado, se lo tomó directamente de la tetera hasta que no quedó nada. Y aquella noche durmió mejor, más profundamente, y tuvo los sueños más sedosos desde su llegada a la isla.

Al llegar la mañana —o al menos así lo creyó April, aunque era difícil saberlo sin que hubiera unas horas de oscuridad—, estaba en la cama con las sábanas hasta la nariz. Ya se había acostumbrado al frío, pero los despertares seguían siendo lo peor. En vez de levantarse tembló un momento bajo la manta y trazó puntos en el aire y los unió con el dedo para deducir cómo podía haber ido a parar un oso polar a la Isla del Oso sin que nadie reparase en ello.

De momento llegó a las siguientes conclusiones:

- Por la conversación que había tenido con su padre era obvio que los meteorólogos anteriores no habían tenido tiempo de explorar la isla.
- Así, a Oso le había resultado relativamente fácil quedarse en el otro extremo de la isla y no ser descubierto.
- Debía de haber visto a otros seres humanos antes, pero solo desde lejos.
- Aunque parecía adulto del todo, April percibía en él cierta juventud. Los osos polares pueden vivir unos veinte años. ¿Tendría la misma edad que ella o menos?
- Pero la niña seguía sin saber cuánto tiempo llevaba él allí.
- Y si el hielo alrededor de la isla se había derretido, ¿cómo había podido llegar hasta allí?

Solo podía hacer una cosa: averiguarlo. No sabía cómo y no sabía cuándo, pero estaba decidida a llegar al fondo del asunto.

Pero antes —se fijó en si oía algún rastro de música— era hora de levantarse. Con los dientes castañeteándole, salió de la cama y se vistió a toda prisa. Allí el tiempo cambiaba muy rápido, lo cual tenía algo que ver con el hecho de que la isla se encontraba en el vértice de tres frentes climáticos, pero una cosa estaba clara:

siempre hacía frío. Una vez vestida con varias capas de tela y aumentado su volumen a casi el doble, se dirigió al salón.

Bien. Su padre aún no se había levantado. La cabaña debía de estar a la misma temperatura que el exterior, así que tendrían que encender la chimenea. Normalmente era él quien se encargaba de eso, pero la niña era una persona mañosa y más de una vez lo había hecho, por lo que aquella mañana fue ella quien le dio vida. Después puso la tetera al fuego, lavó su taza y cogió el tarro de su mermelada favorita. Incluso limpió el polvo de la barra de la cocina y barrió el suelo.

Cuando su padre salió de la habitación con su mejor ropa le preguntó qué álbum de Mozart prefería ella para acompañar el desayuno, y se ofreció a limpiar él —en el fregadero se habían acumulado unas cuantas latas de sopa vacías, sartenes y cucharas—; y, aún más milagroso, también se ofreció a hacer la colada.

—April… —dijo, después de tomarse la primera taza de café.

La niña lo miró, y él se puso rojo.

Hizo «hum» y «ah» y carraspeó unas cuantas veces. Después sacó los tres caramelos de anís que le tocaban aquel día.

—Ten, quédatelos.

Ella los cogió. No eran sus preferidos, pero igualmente apreció el gesto.

A veces pensaba en las otras familias que solo se dicen «lo siento» y se preguntaba si así resultaba más fácil o más difícil. Pero, como no tenía ni la menor idea de cómo era ese otro mundo, no le daba muchas vueltas al tema; sabía que era así y punto.

Aunque sí que tenía una pregunta, y aquel era el momento perfecto para plantearla.

—¿Papá?

—¿Sí, April?

—Estaba pensando… Como técnicamente estamos a principios del verano, ¿no deberían haber acabado las clases?

—Bueno… hum… no estoy seguro —dijo él, distraído por su segunda taza de café, aún demasiado caliente como para tomársela—. Es un poco pronto para acabar, ¿no te parece?

—Para el colegio de casa sí —respondió ella—. Pero no lo es en Noruega; mira. —Señaló con el dedo una página de la enciclopedia que había hojeado antes—. Los colegios noruegos acaban antes.

Tiene que ver con el clima.

Él puso una cara ligeramente confusa, con mermelada en la barbilla y el ceño fruncido.

—Yo… bueno, es decir…

April contuvo el aliento.

Él estaba a punto de decir que no —la palabra ya flotaba en el ambiente como un mal olor—, pero finalmente, tal como ella esperaba, el sentimiento de culpabilidad le pudo.

—Sí, parece lógico. —Le dirigió una sonrisa líquida—. Ya que estamos en Noruega… o al menos en territorio noruego…

Ni se molestó en mirar la página abierta.

April se alegró, porque la verdad era que había omitido un pequeño detalle. No es que hubiera mentido, porque sí que era cierto que las escuelas cerraban antes en Noruega.

Solo que no *tan* antes.

—Entonces ¿qué? —preguntó mientras cerraba la enciclopedia —. ¿Se han acabado las clases?

Su padre se llevó la ardiente taza a la boca y tragó ruidosamente. Antes de que pudiera volver a bajarla, April había salido por la puerta y tarareaba una alegre canción, que decía más o menos así:

Estoy feliz, feliz, FELIZ,
muy muy muy MUY feliz.
feliz como una perdiz,
Estoy feliz, feliz, FELIZ.

Y decidió darle un final épico con un rugido de oso.

Capítulo Catorce

Un paseo en oso

SE HAN ACABADO LAS CLASES.

¡*Se han acabado las clases*! Eso solo podía querer decir una cosa, pensó April mientras bailaba dando vueltas y vueltas por toda la isla. ¡El verano había comenzado de verdad!

Era obvio que Oso pensaba en lo mismo: cuando la niña llegó a la bahía de la Morsa, el animal se estaba revolcando por la arena, rascándose a fondo el lomo y más contento de lo que ella lo había visto hasta entonces. Mientras lo observaba, su estómago también bailó emocionado ante la idea de estar compartiendo la isla con un ser tan majestuoso.

—¡Estoy aquí! —exclamó. Oso se puso en pie de un salto, se sacudió la arena y fue al galope hacia ella, que casi se cayó al suelo por la pura fuerza de los movimientos de la criatura—. ¡Hola!

Tras dudar un momento, él se inclinó hacia delante, y April, con apenas un mínimo asomo de nervios, permitió que le olisqueara el rostro, cosa que —aparte de un rugido de bienvenida— parecía la forma de Oso de devolverle el saludo: frotar el hocico húmedo contra las siete pecas de ella y darle un buen lametazo en la nariz.

—¡Puajjj, vaya aliento! —soltó la niña, y dio un paso atrás.

Después de revisar brevemente su pata, que tenía un aspecto mucho mejor, sacó cuatro paquetes de biscotes de avena, dos tarros de mantequilla de cacahuete y los tres caramelos de anís de su padre. Oso lo devoró todo en unos pocos segundos.

—¿De qué has estado viviendo por aquí? —le preguntó con tono suave—. ¿Por qué estás solo?

Esperó a recibir alguna respuesta, pero no obtuvo más que un apretón en su palma con el morro en busca de migas de biscote.

—No te preocupes. Ahora que estás curado puedes volver a cazar. —April había visto unas cuantas focas en la costa, aunque también sabía que los osos polares usan el hielo como plataforma para atraparlas. Debía de haber otros animales que le interesaran, aunque no estaba del todo segura de cuáles podían ser—. No hay problema, ya me aseguraré de que tampoco te falte la mantequilla de cacahuete.

Oso lamió las últimas migas y se acomodó al lado de April, su cálido cuerpo rozando el de ella. Con las espaldas apoyadas en el casco de la barca, la niña pensó en qué podrían ocupar el tiempo.

—Tenemos todo el verano, Oso. ¡Ahí es nada!: lo que queda de mayo y después todo junio, julio y agosto y septiembre. Es todo este tiempo. —Y abrió los brazos tanto como pudo.

Oso la observó, confuso. Desde luego, la niña no podía abrirlos ni de lejos tanto como él.

—Pues eso, que es mucho tiempo. Pero ahora concentrémonos en hoy. Tenemos todo el día por delante.

El animal sí pareció entender aquella última parte, y descubrió los dientes en lo que más o menos podía interpretarse como una sonrisa. O eso o estaba bostezando.

—Bueno, pues ¿qué hacemos? —Agitó las manos, emocionada —. ¡Ya lo sé! ¡Vamos a explorar!

Se levantó de un salto, y Oso hizo lo propio, lentamente, hasta quedar a cuatro patas. April no sabía exactamente qué era lo que quería explorar, pero se dirigió hacia las tres montañas con pasos cortos y decididos. Cuando miró hacia atrás, su amigo se había dado la vuelta e iba en dirección contraria con pasos largos y desgarbados.

April se quedó mirando, tozuda, los cuartos traseros del animal.

—¿Adónde vas?

Él no dejó de avanzar, aunque también miró hacia atrás. La niña no necesitó más y salió corriendo tras él.

—¡Espera! —gritó—. Vas a tener que caminar un poco más lento.

Pero, por lento que fuera Oso, seguía siendo mucho más rápido que los andares de la niña. Era peor que cuando paseaba con su padre y tenía que dar cuatro pasos por cada uno que daba él. Siguieron así durante unos diez minutos. Fue inútil; no llegaba a alcanzarlo, y Oso tenía que esperarla, impaciente, mientras ella, sin aliento, intentaba seguirle el ritmo.

Veinte minutos después, cuando los pulmones le ardían y parecía que se le fuesen a soltar las caderas, se detuvo en seco mientras él saltaba por otro enorme lago interior como si fuera solo un charco. April había conseguido pasar de un fragmento de hielo al siguiente, pero los próximos estaban mucho más separados.

—¡Oso! —gritó, pero el viento hizo que la voz volviera hacia ella como un latigazo en el rostro, y el animal ya casi había desaparecido en la distancia.

El lago era demasiado grande como para dar un rodeo, así que April no tenía más remedio que seguir saltando.

Respiró hondo y se elevó en el aire, pero enseguida vio que había cometido un error. Con un terrible golpe aterrizó con medio cuerpo en el hielo y medio en el agua, y sintió cómo se le doblaba un tobillo.

La sorpresa la dejó sin respiración.

El agua estaba muy fría y le golpeaba los pies. Suerte de los pantalones impermeables. Salió agarrándose con los dedos y se dejó caer a un lado, sin respiración, hecha un fardo empapado. No vio a Oso por ninguna parte, y empezó a sentir inquietud. ¿Dónde estaba? Y, lo más importante, ¿cómo iba a volver a casa? Se tocó el tobillo para probar, y un fuerte dolor le subió por la pierna.

Pues vaya con el primer día de las vacaciones de verano. Y, a fin de cuentas, qué tontería pensar que podía hacerse amiga de un oso polar, y menos aún intentar ayudarlo. ¿Qué se había creído que iba a pasar? Él era un animal salvaje y ella, una niña pequeña. Una niñita que ni siquiera era capaz de saltar un charco.

April hundió la cara en las manos e intentó no sentir demasiada lástima de sí misma.

Y entonces volvió a aparecer. Fue tan silencioso que ella ni se dio cuenta hasta que lo tuvo a tres metros, con la enorme sombra de su cabeza en el regazo de ella.

—¿Oso? —Apenas podía ver más que su silueta contra el sol—. Estaba tan decidida a seguirte que me he caído —le explicó, y se señaló el tobillo—. No creo que esté roto, solo torcido. Pero no puedo caminar muy bien.

Oso no se movió. Por supuesto, no la entendió, pero la curiosidad hizo que se acercase hasta quedar justo delante de ella.

—No puedo seguir —dijo April—. Lo siento mucho.

Ni ella sabía por qué le estaba pidiendo perdón, pero se sentía triste por dentro, como si acabara de estropear su día juntos. Oso acercó más el morro y le lamió parte del agua de los pantalones. Era imposible que supiera dónde le dolía a la niña, pero pareció mostrarse especialmente cuidadoso al lamerle el tobillo, de una forma que recordaba a cómo su padre le trataba las rozaduras cuando April se caía de su bicicleta.

—Gracias, Oso. —Sintió un repentino aguijonazo de emoción—. Ya me encuentro mucho mejor.

Se preguntaba cómo diablos iba a volver a casa y a la vez intentaba no preocuparse en exceso, cuando él le dio un toquecito en el hombro.

—¿Qué pasa?

Volvió a empujarla en el hombro, ahora con un poco más de

fuerza.

—Puedo intentar moverme, pero mira. —Se puso en pie y le temblaron las rodillas al apoyar su peso en el tobillo—. Iré muy lenta.

Se sentó de nuevo en el suelo y puso su mejor cara. Oso se tumbó panza abajo, de forma que los dos quedaron a la misma altura, y observó a la niña, expectante.

—¿Qué pasa, Oso?

Él siguió mirándola. De repente, algo heló las venas a April. No estaría proponiéndole lo que parecía, ¿verdad?

—¿Quieres que me suba? —exclamó—. ¡Nunca he ido a caballo, y mucho menos a oso! ¡Por Dios…!

No sabía ni si la situación era real. Cerró los ojos al brillo del sol y volvió a abrirlos. Oso seguía allí, junto a ella, esperando.

April no podía hacer otra cosa si no quería quedarse allí atascada. Tenía que dejar de ser tan temerosa. Respiró hondo para darse seguridad, se agarró a un puñado de pelos del cuello del animal y pasó la pierna izquierda. Sintió bajo su trasero los bultos de las costillas de Oso.

—¿Seguro que puedes cargar conmigo? —le preguntó.

Él soltó un rugido de indignación y se incorporó con un único y majestuoso movimiento. April se fue de un lado al otro, aunque consiguió aguantar hasta que él se sostuvo sobre las patas traseras. Contempló la isla desde su nueva y aventajada posición; no pudo evitar pensar que era un poco como estar sentada en un trono.

—¡Qué divertido!

Pero en cuanto las palabras salieron de su boca Oso se echó a correr y ella casi se cayó por la izquierda, aunque un nuevo empujón la llevó a la derecha y a la izquierda de nuevo, y vuelta a la derecha de un nuevo golpe.

El viento le azotaba las orejas, el suelo se acercaba y se alejaba, y, peor, no tenía absolutamente nada a lo que agarrarse excepto al pelaje del cuello, que le seguía resbalando en las manos.

Al final extendió los brazos alrededor de su cuello y apretó la mejilla contra el pelaje. De esa forma, y con los ojos bien cerrados, el trasero no le daba tantos saltos, las costillas le traqueteaban menos y el estómago no la amenazaba con vaciar su contenido.

Después de un rato hasta le resultó calentito.

Notó el firme pulso de Oso contra su piel; de alguna manera eso la hacía sentirse a la vez segura y reconfortada, como cuando volvía a casa después de un día de colegio y olía a magdalenas recién hechas.

Si sus compañeras de clase la viesen ahora… ya no se reirían de ella, ¿verdad? No. Porque mientras ellas estaban encerradas en un aula, April Wood galopaba por una isla salvaje y deshabitada a lomos de un oso polar.

Capítulo Quince

La cueva

El viaje pudo durar cinco minutos o cinco horas. Fuese cuanto fuese, April no se fijó: fue una experiencia más allá del tiempo. Sabía que jamás olvidaría aquel momento. Y, cuando acabó por fin, se bajó del cuerpo de Oso, consciente, en el fondo de su alma, de que las cosas ya nunca podrían volver a ser como antes.

No tenía palabras para expresar su agradecimiento, así que le rodeó el cuello con los brazos y apretó fuerte; no demasiado fuerte, por si se enfadaba, pero sí lo bastante como para que notara los suaves latidos de su corazón.

—Oh, Oso —susurró, apoyando la cara contra el pelaje del animal.

Cuando por fin lo soltó, él se marchó en dirección a la bahía de la Morsa, y April lo contempló mientras se volvía más y más pequeño, hasta desaparecer de la vista.

Después agitó la cabeza como para volver a la realidad, miró a su alrededor y vio que no estaba muy lejos de la cabaña, por lo que pudo llegar renqueando a casa.

Por aburrido que resultara tener que hacer reposo, April fue cuidadosa y descansó unos días sin salir de la cabaña hasta que el tobillo se le recuperó. Pero en cuanto pudo corrió de vuelta a la bahía de la Morsa con provisiones. Suspiró complacida al ver que Oso la estaba esperando, y le ofreció un tarro extra de mantequilla de cacahuete.

Durante las siguientes semanas, mientras mayo se convertía en junio, intentó llevar tanta comida de la despensa como le fue

posible sin despertar sospechas. No le resultó muy difícil: su padre tenía la cabeza totalmente enterrada en el trabajo y apenas se daba cuenta de si su hija estaba o no. El único problema era lo mucho que comía Oso; mucho más que ella, mucho más que su padre y mucho más que nadie que hubiera conocido. La despensa disponía de una cantidad finita de comida, pero Oso tenía un estómago sin fondo, y por mucho que ella lo alimentara él seguía mirándola con sus ojos de chocolate e implorándole que le diera más.

April iba hasta la barca volteada de la bahía de la Morsa, que se había convertido en su punto de encuentro diario, y lo miraba acercarse al galope.

Las buenas noticias eran que toda esa comida extra empezaba a producir un efecto visible: tenía un color mucho menos apagado, los huesos de las caderas no le asomaban tanto, y cuando cabalgaba en él (cosa que nunca dejaba de resultarle increíble), apenas notaba sus vértebras, desaparecidas en un grueso lomo hecho de músculos y tendones.

Pero lo mejor de todo era su pelaje. Con tanta comida de más aparte de su dieta habitual, se había vuelto aúnmás blandito, como una de esas mantitas de lana con las que apetece acurrucarse en el sofá. Olía a melcochas tostadas, castañas y pastas de mantequilla calientes. Y, si ella hundía la nariz, incluso le parecía poder sentir el sabor a mantequilla de cacahuete en la lengua.

Después de comerse todo lo que le llevaba la niña, Oso se pasaba un minuto más olisqueándole los bolsillos, a ver si se había perdido algo. Hasta que por fin un día ella dijo:

—Ya basta. A partir de ahora vamos a tener que racionar la comida.

El animal la miró, dudoso, y le acercó el morro a una mano con la esperanza de encontrar algo en esta.

—Y además, aún no me has mostrado dónde vives. Tú sabes mucho de mí, y yo en cambio desconozco montones de cosas sobre ti.

Oso parecía perplejo. April no estaba segura de si eso se debía a que la comprendía o a que aún estaba hambriento. En cualquier caso, en cuanto él se dio cuenta de que no había más comida, la niña se subió a su lomo y, una vez bien colocada, salieron en dirección a la más pequeña de las tres montañas, aunque seguía

siendo increíblemente escarpada. Tuvo que cerrar los ojos: era mucho peor que cualquier montaña rusa a la que se hubiera subido, y sin chaleco de seguridad. Pero no tenía por qué: Oso ascendió con la gracilidad de un tigre hasta un estrecho saliente a medio camino y una cueva de tamaño medio en un lado de la montaña.

La casa de Oso.

April tuvo que apretarse contra el lomo para que los dos cupieran por la entrada. Una vez dentro, la cueva se abría más, por lo que pudo incorporarse del todo. Apenas veía; no tenía ni idea de cuánto más se extendía el lugar. Pero estaba a refugio de los elementos y resultaba un escondite perfecto.

—No es muy cómodo, ¿verdad?

Entornó los ojos, intentando ajustar la visión a la falta de luz. Oso, al ser enorme y blanco, destacaba mucho, pero el resto estaba envuelto en una tétrica y húmeda oscuridad. En un rincón consiguió distinguir a duras penas una pequeña pila de plumas, cáscaras de huevo y huesos, aunque no se trataba de algo que quisiera examinar al detalle. Al menos sí explicaba de dónde sacaba Oso su comida. Pero ¡vaya vida! Toda la cueva olía a humedad y musgo; April no pudo evitar un estremecimiento. Extendió un brazo y le acarició el morro. Aunque en la enciclopedia decía que los osos polares macho preferían ser solitarios (aparte de cuando buscaban pareja o alguna pelea ocasional), no podía evitar sentir lástima por él.

—Pobrecillo. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí solo?

Oso soltó un suave gruñido, y no uno feliz y contento sino uno lleno de rabia y frustración, que hablaba no de meses sino de años. Imaginárselo atrapado en la cueva, sin posibilidad alguna de conocer a nadie más de su especie, resultaba casi insoportable.

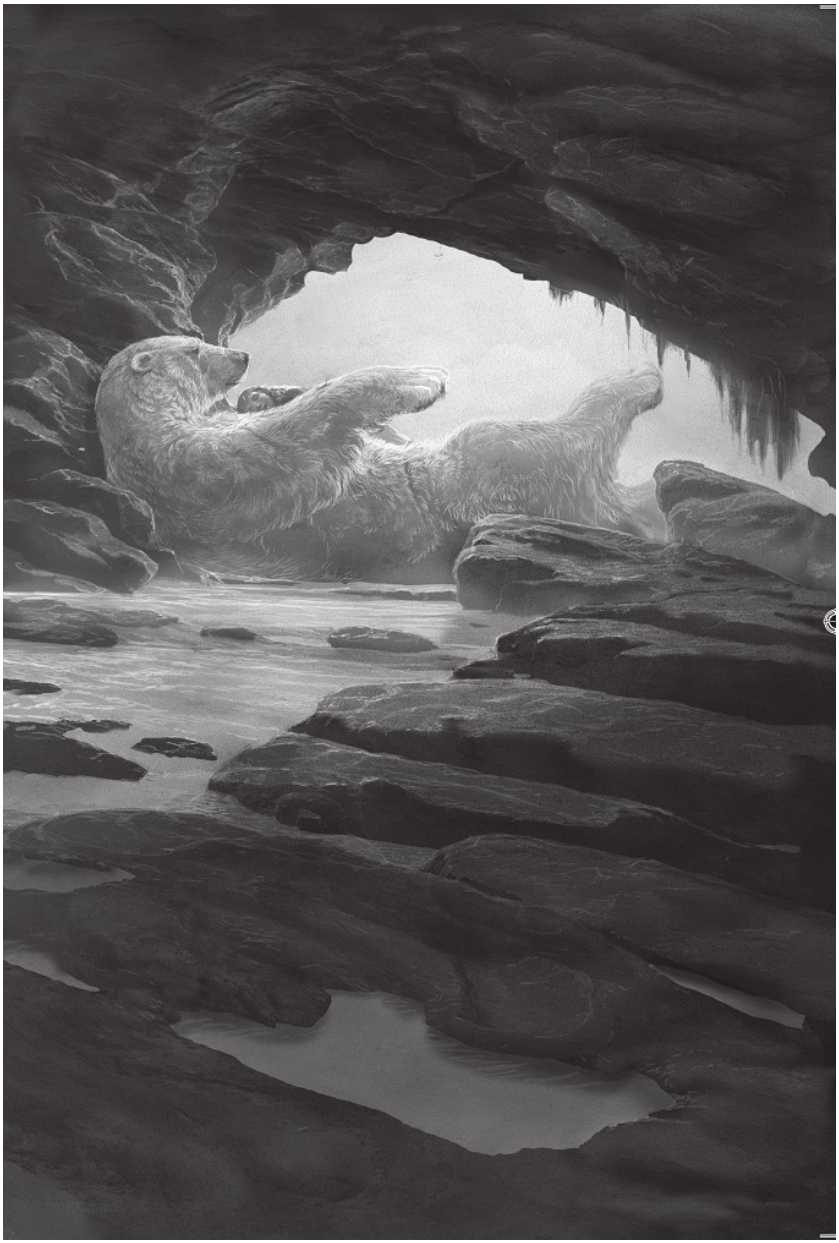
—¿Cómo acabaste atrapado aquí en la isla?

El animal volvió a gruñir y, por un momento, su historia quedó flotando en el aire entre los dos, silenciosa, como algo trémulo y vivo.

April contuvo el aliento.

Pero entonces, fuese cual fuese la historia y fuese de donde fuese que él había ido a parar allí, desapareció como una nube de humo. Oso agitó la cabeza con fuerza, de lado a lado, y se dirigieron por instinto hasta la entrada de la cueva, donde el aire parecía a la vez más limpio y más ligero.

A la repentina y radiante luz del sol que cubrió sus pieles como si fuese miel, Oso se volvió hacia April y le lamió la cara de arriba abajo. Y porque su aliento era tan horrible y porque la situación fue tan inesperada y porque su lengua estaba tan húmeda, la niña empezó a soltar risitas, de esas que siguen a un momento triste: grandes, ruidosas y repletas de alivio. Rio y rio tan fuerte que se echó al suelo boca arriba y tuvo que agarrarse la barriga para que dejara de dolerle. Y entonces Oso se tumbó a su lado, también boca arriba, y empezó a mover las orejas y fue como si él también riera. Se quedaron así a la entrada de la cueva, riendo.



—Oh, Oso —consiguió decir ella por fin—, cuánto te quiero.

Él no podía decir las palabras «te quiero», pero no lo necesitó. Quedaba claro en la calidez y la seguridad de su peso al lado de ella, en la forma en que la contempló con sus ojos de chocolate

derretido, mostrando una confianza absoluta. La idea quedó flotando entre ellos, no expresada, y allí se mantendría para siempre.

El amor, decidió ella, era como la magia.

April se incorporó sobre un costado y rodeó el cuello de Oso con los brazos.

—Sea lo que sea lo que te puso triste, Oso, puedes contármelo cualquier día de estos —le susurró al pelaje—. Yo también he vivido cosas tristes, así que no temas hacerme sentir mal. Lo comprenderé.

Oso agitó ligeramente las orejas y movió la cabeza hacia la niña.

—Cuando estés listo solo tienes que decírmelo. Ese es el mejor momento para contar una historia; ni antes ni después sino justo cuando está a punto de salir. —Se acercó aún más a él y le besó el rostro—. Y te prometo que haré todo lo que pueda para conseguir que te sientas mejor.

Esta vez, cuando él rugió, su grito rebotó por las paredes de la cueva y fue a parar directamente al corazón de April.

Capítulo Dieciséis

Lecciones de rugido

Pasaron el resto del día explorando. En primer lugar Oso la condujo hasta los más lejanos confines del este, donde fueron al borde mismo de la isla, sobre unos acantilados muy escarpados que descendían hasta las violentas aguas grises. Y aunque se quedaron muy cerca del abismo y los violentos vientos marinos los empujaban hacia un lado y el otro, April se sintió a salvo en todo momento con Oso protegiéndola. Nunca estaba insegura con él.

—¡Quiero aprender a rugir como tú! —gritó por encima del ruido de las olas.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho tiempo antes de recibir su primera lección. Oso se levantó sobre las patas traseras y rugió como un trueno que fue rebotando por encima de las olas como piedrecillas sobre un lago, hasta acabar desvaneciéndose en la distancia.

Ella intentó hacer lo mismo, pero su rugido cayó a plomo y se hundió en el mar.

Oso le enseñó cómo hinchar el pecho, erguirse tan alta como podía e incluso más, y hacer que el grito surgiera de lo más hondo de su ser, de la parte más profunda y salvaje de su alma.

Su segundo rugido fue un poco más conseguido, pero ni de lejos tan ensordecedor como el de Oso. Practicó y practicó hasta que miró el reloj y vio que eran más de las once. No se sentía cansada en absoluto. Es lo que tenía tanta luz del sol: nunca había oscuridad que le provocara el sueño.

—Igualmente tengo que irme a casa —dijo—. Pero podemos volver mañana, ¿no? Y probar de nuevo.

Interpretó el movimiento de las orejas de Oso como que estaba de acuerdo. Y así, volvieron al mismo lugar casi cada día a practicar el rugido. Con cada uno de ellos se volvía un poquito más osa y un poquito menos humana. No importaba lo pequeña que era; solo contaba lo mucho que quería ser oída.

Y no todo eran rugidos. A medida que recuperaba sus fuerzas, el animal la llevó hasta la punta más al oeste de la isla, donde la tierra daba paso al mar con enormes rocas desgastadas por el tiempo y fragmentos puntiagudos y afilados que emergían del agua como cuchillos.

—No sabía que esto era así, Oso —dijo April, maravillada y casi sin aliento—. ¡Esto es tan bonito…! Pero no irás a saltar por las rocas, ¿verdad? ¡Ah, que sí que vas a hacerlo!

Para entonces, ir a lomos de Oso le resultaba cada vez más sencillo, especialmente si hundía las rodillas en los musculosos costados del animal y se sostenía en su barriga. Se agarró bien fuerte mientras él saltaba de roca en roca como si fueran piedras de lo más normales, y cada vez se fue adentrando más en el mar, mientras el agua helada le golpeaba los tobillos.

El aviso de su padre de no acercarse demasiado a la orilla le acudió a la mente, pero lo descartó. A fin de cuentas, le había dicho que estando sola no se acercara demasiado a la orilla… pero ahora no estaba sola, ¿no?

—¡Atrapadme si podéis, olas! —gritó entre risas mientras Oso saltaba aún más alto que estas.

Otro día —quizá fuese al día siguiente, o el otro, o aún otro más— Oso la llevó hasta el interior, donde, con sus nuevas energías, fue saltando por los lagos azules brillantes como si fueran charcos. Se detuvo ante uno en especial, que tenía aguas de un color azul vívido como el del cielo veraniego.

—¡Un lago con forma de corazón! —April se puso en cuclillas ante el borde y pasó los dedos por la fría agua cristalina. Sus reflejos los contemplaron, un poco desenfocados, brillantes, parecía que bailaban y, de alguna manera, tan vivos y sin aliento como ellos—. Un lago con forma de corazón solo para nosotros. ¡Mira lo pequeña que soy comparada contigo! Soy minúscula —dijo—. Pero

hacemos una buena pareja, ¿verdad, Oso? Somos la *mejor* pareja.

Y Oso frotó el hocico en el hombro de la niña.

Mientras junio se transformaba en julio, Oso le mostró la parte de la isla donde habían brotado unas pequeñas florecillas de color púrpura. A continuación la llevó aún más alto en la montaña, donde la nieve seguía presente en gruesas y gélidas capas porque, por mucho que fuera verano, la temperatura seguía estando en el punto de congelación. Más de una vez April se llevó el trineo y descendió por la montaña mientras reía a gritos. Hacía todas las cosas que había deseado desde que supo que se iban al Círculo Polar Ártico, y su corazón se elevaba hasta el cielo de tanta felicidad.

Otro día recogieron toda la basura de la bahía de la Morsa, y Oso la ayudó a arrastrar el trineo de vuelta a casa, aunque la niña tuvo que asegurarse de que su padre no lo viera.

No les quedó ni una sola zona de la isla sin visitar.

Juntos exploraron cada secreto, cada rincón, cada recoveco, cada borde, cada lado, cada centímetro cuadrado de la isla. Exploraron todos los lagos, todas las cuevas, todas las montañas y todos los arroyos. Exploraron todas las playas de la isla: las de arena, las de piedrecillas, las que ni siquiera parecían playas, las ocultas y aquella en la que habían llegado a la isla April y su padre. No es que la niña hubiera estado pensando mucho en aquel día. Era solo un recuerdo distante en su memoria, igual que su antigua vida en casa, como un espejismo indefinido que ella no acababa de creerse que hubiese sucedido en la realidad.

Una tarde de principios de agosto April estaba sentada con las piernas cruzadas en la bahía de la Morsa, mientras Oso jugaba en las olas. Desapareció bajo la superficie para después emerger con los bigotes empapados. Últimamente estaba muy diferente. No se trataba solo de que su pelaje fuera más brillante, de un blanco refulgente, o de que transmitiera una imagen de puro poder como solo puede hacerlo un animal; era lo feliz que estaba. Aunque April no había conocido nunca a ningún oso polar, sabía reconocer la felicidad: el animal llevaba la cabeza alzada en un ángulo vivaz, meneaba la nariz y hacía la croqueta con la espalda contra el suelo y las piernas en el aire. A pesar de haber corrido un enorme riesgo, April estaba deliciosamente encantada de haber ignorado el aviso de Tör y haber seguido su propio instinto.

—Yo también estoy feliz —dijo con una sonrisa igual a la de él—. No tengo bigotes que menear, pero estoy feliz igualmente. ¿Sabes, Oso?, creo que nunca había sido tan feliz.

Los días siguieron pasando, marcados solo por el brillo iridiscente de la felicidad. No había anocheceres ni amaneceres. Hasta su reloj se le paró; tenía algo que ver con que se encontraran tan cerca del Polo Norte. Y sin nada que marcase el tiempo, el día se fundía con la noche y la noche con el día siguiente. El tiempo ya no era las manecillas de un reloj sino algo sin fin, infinito y mágico.

Era el verano.

Y fue el *mejor* verano.

Capítulo Diecisiete

La isla habla

Pero, si había una nube en el horizonte, era de aquellas que se van haciendo más y más oscuras por mucho que brille el sol. Y es que, cuanto más iba recuperando Oso sus plenas fuerzas, más se preocupaba April. No era solo que no se imaginaba tener que decirle adiós, era que ni siquiera podía contemplar la idea. ¿Qué le pasaría a Oso cuando ella no estuviera? ¿Cómo iba a sobrevivir él solo en aquella cueva oscura, húmeda y solitaria, durante meses o incluso años?

Aquellas eran preguntas que la carcomían cuando no estaba con él, y se volvían especialmente ruidosas y terroríficas cuando estaba en la cama. Y es que, por muchas vueltas que le diera, no se le ocurría ninguna respuesta. Aunque ahora que se le había curado la pata podía alimentarse por sí mismo, la verdad era que Oso no pertenecía a aquel lugar.

Aquella no era su casa.

Cuanto más pensaba April en ello, más claro veía que él no podía quedarse allí. Pero ¿qué debía hacer ella al respecto? La respuesta, decidió una noche de insomnio, era descubrir de una vez cómo Oso había ido a parar a la isla.

Decidida a obtener respuestas, en cuanto April se despertó fue a toda prisa a la bahía de la Morsa. Llegó temprano. Oso no estaba aún, así que se puso a silbar. Y no era un silbido común a través de los dientes, sino uno mucho más serio, con dos dedos en la boca, que había aprendido mirando a los pescadores que había cerca de la

casa de la abuela Apples.

No le importó que el resultado no fuese especialmente fuerte, porque mientras Oso estuviera en la isla siempre la oiría. Estaba conectado con ella de la misma forma que algunos animales desarrollan un sexto sentido hacia la gente a la que quieren. Treinta segundos más tarde vio su familiar silueta en el horizonte.

—¡Aquí! —Llamó su la atención agitando los brazos, y le tiró una lata de caballa en aceite en cuanto llegó—. Hoy no hay mantequilla de cacahuete. Cómete esto.

Resultaba preocupante lo mucho que habían descendido las existencias de esa mantequilla, al igual que el resto de provisiones. De hecho, en la alacena quedaba menos de un tercio de la comida. Por suerte su padre nunca entraba allí, y seguro que no se había dado cuenta, pero aun así era una preocupación más en la cabeza de la niña.

Oso acabó comiéndose la caballa fría, directamente de la lata, y después soltó un eructo, satisfecho.

—He traído unas cosas que quiero mostrarte —dijo ella, intentando no poner mala cara al oler su aliento—. He pensado que te gustará verlas.

Desplegó el mantelito de los pícnics y se sentó en él con las piernas cruzadas, mientras que Oso se relamía.

—Mira, este es mi guijarro con forma de corazón. Es de la playa que hay cerca de la casa de mi abuela Apples, y siempre duermo con él bajo la almohada para que me traiga suerte. Y esta es una foto de mi madre y mi padre. Se la hicieron en el día de su boda. Sí, tienes razón, aquí él está muy sonriente.

La contempló ella misma; ya lo había hecho miles de veces antes, pero, mientras Oso observaba, era como si a la niña le hubiesen cambiado los ojos y la viera por vez primera.

—La verdad es que tiene una sonrisa bonita, ¿no? Es por sus ojos, la forma en que las arrugas de los lados parecen estrellas.

Oso agitó las orejas, y April quiso pensar que el gesto significaba que estaban de acuerdo.

—Yo… solo quisiera que papá me sonriera así últimamente. —Emitió uno de esos suspiros que parecen salir de un lugar muy profundo, y le costó un momento volver a su voz anterior—. Esperaba que este verano nos acercaríamos más el uno al otro —

replicó con tono tranquilo—. Pero no ha sido así. Si algo ha hecho es separarnos más que nunca.

April no sabía cómo arreglar las cosas con su padre, así que levantó la barbilla, apartó los malos pensamientos de su cabeza y solo entonces recordó por qué se había dado tanta prisa en llegar.

—Oso, ojalá supiera tu historia. Estás aquí solo, pero has de tener una madre y un padre, igual que yo.

Observó su expresión, pero esta no cambió nada. No era que April esperase que le contestara —no era tan tonta—, pero sí alguna señal que la ayudara a comprender. Pero Oso solo bostezó, extendió las patas delanteras y cerró los ojos. Ella suspiró lentamente, se echó adelante y le frotó entre las orejas. No iba a rendirse, pero tenía que encontrar la clave que desentrañase su historia.

Lo observó mientras él dormitaba. A algunos les resultaría extraña la idea de quedarse mirando cómo duerme un animal, pero April sabía que era uno de los mayores regalos que este podía concederle a un humano, ya que demostraba lo mucho que Oso confiaba en ella. A su vez, la niña había podido contarle sus sentimientos más profundos, y tener a alguien en quien confiar era un sentimiento muy nuevo para ella. Podía contarle cualquier cosa, y él nunca se reía o la hacía sentir como una tonta.

En definitiva, era el mejor amigo que había tenido nunca.

Cuando Oso despertó por fin con un ruidoso bostezo, ella le saltó a la espalda y subieron al galope por la montaña, donde le enseñó a hacer bolas de nieve, apretándolas fuerte con los puños como si fueran pelotas de golf, y a lanzárselas el uno al otro. Hicieron unos cuantos ángeles de nieve y pasaron el mediodía practicando los rugidos de ella y la tarde aprendiendo a olisquear el aire.

Había que inspirar fuerte; ella no tenía el olfato de Oso, pero después de semanas de práctica consiguió oler el duro hielo de los glaciares del Polo Norte. Era un aroma muy definido y limpio, como el de las botellas de vidrio. El animal también le mostró cómo saber de qué lado soplaba el viento y si iba a nevar o a haber tormenta o incluso a llover.

Lo mejor de aquella tarde fue cuando él le enseñó a escuchar. No tan solo a escuchar como lo hacemos tú y yo, sino a escuchar *de verdad*. Ladeando la cabeza y abriendo las orejas podía oír cómo los copos de nieve caían en la cima de una montaña, los lamentos y rugidos de barcos de carga invisibles en la distancia, y hasta los suspiros de su padre en la brisa. Después, cuando el aguanieve se limpió y reapareció el sol y no supieron si era por la tarde, de noche o incluso el día siguiente, Oso le enseñó a escuchar a la propia isla.

Por supuesto, al principio April no tenía ni idea de qué era lo que estaba haciendo su amigo. Lo miró con curiosidad mientras él se tumbaba en el suelo con la oreja contra este. Pasaron unos largos segundos, y el único sonido que oyó fue su propia respiración, muy suave.

—¿Qué estás escuchando? —le preguntó por fin.

Como no obtuvo respuesta, lo único que podía hacer era averiguarlo por sí misma.

Imitó la forma en que Oso se había tumbado en el suelo, y también ella pegó una oreja al terreno. Al principio no oyó nada

excepto su propio aliento o el viento en sus oídos o el ruido de las olas en la distancia. Pero unos minutos después empezó a oír algo más, algo separado del resto, algo que se elevaba desde el propio centro de la Tierra.

—¡La oigo! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Oigo la isla!

Era parecido a lo que oyes cuando te llevas una caracola a la oreja, o al viento cuando estás en la montaña rusa, o al murmullo de los árboles en alguna lejana tierra mágica.

—¡Es precioso!

Se quedó con la oreja pegada al suelo durante horas. Era un poco como quedarse dormida en una hamaca y, mientras a ella le empezaban a pesar los párpados, la isla hizo algo curioso.

Suspiró.

Ella aguzó el oído.

Las islas no pueden suspirar, ¿no? Escuchó concentrándose más aún. Volvió a oírlo. Un suspiro. Pero no un suspiro de alegría como cuando te sientes feliz, no como cuando te acabas tu comida de cumpleaños o una barrita entera de chocolate blanco. Era *aquel otro* suspiro, el que sueltan los adultos cuando miran las noticias, comprueban los extractos del banco o contestan el teléfono y reciben una mala noticia.

Esa clase de suspiro.

April sintió un escalofrío y se sentó en el suelo. Se tapó la nariz y sopló con fuerza por ella, pero el ruido de la isla no le desaparecía de los oídos.

—¿Oso? —Observó ansiosa a su alrededor—. ¿Has oído eso?

Él se levantó del suelo y se dio la vuelta lentamente para mirarla. Por fin April iba a saber cómo Oso había quedado atrapado en la isla.

Capítulo Dieciocho

Cumbre en la montaña

Antes de que pudiera entender cómo había sucedido, estaba a lomos de Oso y galopaban por una parte de la isla que no reconocía; iban hacia las montañas siguiendo un camino por el que no habían viajado antes. Arroyos de agua helada caían hacia el mar, y las malas hierbas eran espesas y de color púrpura. Mientras Oso saltaba por los lagos, colonias de gaviotas se elevaban y se dispersaban por los aires. A la derecha, las olas grises iban y venían, y en la distancia un zorro ártico salió corriendo, asustado.

De cerca se veía que las montañas eran de un granito del color del acero, impresionantes, desoladas y muy muy altas. Las gaviotas estaban por todas partes, graznando, gritando, aullando, berreando. Huían en todas las direcciones cuando Oso galopaba hacia ellas, camino de la mayor, la más escarpada y la más amenazadora de las montañas.

Al llegar empezó a subir por ella.

Era verdaderamente escarpada. A veces April tenía que agarrarse muy fuerte y rogar por su vida, no fuera a soltarse y caer. A veces parecía que no les quedaba más remedio que dar media vuelta, que Oso no tenía por dónde seguir.

Pero él seguía y seguía. Hacia delante, hacia arriba.

Fue una demostración de fuerza bruta, de decisión o de valor. Ascendieron y avanzaron y treparon hasta llegar casi a la cima, un mínimo trozo de roca cubierta por nieve que era apenas más grande

que la cabaña. Una aguja afilada que se elevaba a los cielos. Parecía claro que Oso no iba a poder escalar aquel último tramo. La roca se elevaba ante ellos como una pared de granito impenetrable. A April le latía muy fuerte el corazón en el pecho, y se agarró tanto con los dedos que empezaron a dolerle los nudillos.

Oso aminoró la marcha un instante. Encogió las patas, respiró muy hondo y saltó. Voló por los aires hasta alcanzar la cima.

Y el tiempo se detuvo.

No existía más que aquel momento. Un bello, precioso, momento suspendido en el tiempo. En el que ella se agarró a Oso. En el que Oso se agarró a ella. En el que los dos surcaron los aires. Todo estaba inundado en silencio, el silencio de las Grandes Cosas Trascendentes.

El momento duró una eternidad, casi una vida.

Durante ese tiempo sin tiempo pasaron montones de cosas por la mente de April. Cómo la cima parecía seguir fuera del alcance. Cómo la base de la montaña parecía estar muy muy lejos. Cómo, a pesar de su miedo, confiaba su vida instintivamente a Oso, y, más que nada, cómo aquel había sido el mejor, el verano más perfecto de su vida. Y otra cuestión que ni siquiera era un pensamiento porque los pensamientos no sirven para esa clase de cosas, sino más bien un sentimiento.

Estaba volando.

Y era una sensación como ninguna otra en la Tierra.

Era nubes danzando en el cielo. Era planetas fuera de su alcance, estrellas fugaces y cometas brillantes y parpadeantes.

Era *magnífico*.

Justo cuando empezaba a acostumbrarse a la sensación de ingravidez, al aire que le pasaba por las orejas y la sensación de ser un pájaro, aterrizaron en la cumbre con un gran estruendo. Las patas delanteras de Oso frenaron en la nieve. Se soltaron unos guijarros que cayeron por el borde hasta ir a morir a las rocas de abajo. El animal tembló y resopló y respiró entrecortadamente, y por fin se dejó caer sobre su panza. Su aliento dibujaba formas en el aire frío e inmóvil.

April descabalgó y aterrizó en la nieve con un suave golpecito. Le dolían las piernas y las manos por haber agarrado tan fuerte a Oso, y le ardían las orejas, pero su corazón brillaba y estaba henchido de vida.

Se quedó tumbada en el suelo un momento mientras recuperaba el aliento. Arriba el cielo parecía lo bastante cercano como para tocarlo. ¡Estaban tan altos…! Era lo más arriba que había estado nunca sin ir en avión. Estaba tan alta que la cabeza le daba vueltas y tenía un regusto en la boca que no podía identificar.

Movió la cabeza a un lado y vio la isla entera, que se extendía bajo sus pies como un tapiz. Los cientos de lagos parecían manchas de un color azul muy vívido. La bahía de la Morsa se extendía en la lejanía como una sonrisa de arena. Y muy muy abajo, al sur, dos pequeños puntos rojos que eran la estación meteorológica.

Al volverse y mirar al otro lado no vio más que mar. Mar, mar y más mar. Ellos no eran más que puntitos en un océano de infinidad gris. La Isla del Oso parecía muy pequeñita, hacía que April se sintiera increíblemente minúscula. Pero no como le había sucedido en el pasado; ahora se sentía invencible.

—¿Oso? —Se incorporó—. Oh. —El aire era tan frío, helado, amargo, que le provocó un mareo repentino.

Se puso la cabeza entre las rodillas hasta que se le pasó. Tardó un minuto, quizá un poco más. Al volver a levantar la vista, en un primer momento no vio a Oso.

Después sí: estaba sentado detrás de ella, cara al mar, contemplándolo. Notó en él una gran tristeza.

—¿Oso? ¿Qué pasa, Oso? —Corrió a su lado—. ¿Por qué estás así?

Apenas podía mirarlo. La mayoría de los humanos no se da cuenta de cuando un animal sufre porque estos no muestran sus emociones de la misma forma que nosotros. Pero April sabía que el hecho de que no pudieran verse sus sentimientos en el rostro no significaba que no los tuviesen. Y los de Oso eran tan reales como los de cualquier humano: inmediatos, desnudos, crudos.

Lo peor eran sus ojos. El chocolate derretido se había transformado en unos pozos profundos, sin fondo, en los que April apenas podía mirar por miedo a hundirse en ellos. Todo en él transmitía la desolación de un cementerio vacío y olvidado o una pista de carreras con una tienda que oculta un caballo caído. Las bellas orejas de Oso caían ahora planas a los lados de la cabeza, y tenía la mandíbula suelta y desencajada. En ese momento April se dio cuenta de que el suspiro de la isla había sido un eco de la tristeza de Oso.

—Oh, Oso…

Por fin se dejó llevar por su instinto. Llevó las dos manos al cuello del animal, se agarró y apoyó una mejilla en su pelo, en el punto blando entre las orejas y los ojos, y entonces le besó el pelaje, y es que todo el mundo sabe que los besos de animales son los mejores de todos. Lo besó, y después volvió a besarlo y a besarlo y a besarlo. Y es que cuando ella misma se encontraba mal, eso era lo que más ansiaba: alguien que se tumbara a su lado y le diera besos e hiciera que todo fuese mejor.

—Tiene que haber pasado algo terrible para que estés tan triste, Oso —susurró, abrazada a su cuello—. Si quieres contármelo, te prometo escuchar.

Capítulo Diecinueve

La historia de Oso

Entonces fue cuando Oso le contó su historia a April.

No con palabras, ya que los osos polares no hablan, aunque tampoco las necesitan. A veces ni todas las palabras del mundo pueden contar una historia. Como April sabía por experiencia, Oso le contó su historia de la misma forma que todos los animales cuentan sus historias. Solo era cuestión de sentarse y escuchar con atención. También se necesita una buena dosis de instinto y sensibilidad, y la capacidad de llenar los huecos de un relato.

Allí, en la cima de la montaña, con el viento rugiéndole en los oídos y el frío mordiéndole el rostro, contuvo el aliento y esperó. Al principio Oso se limitó a dar unos pasitos adelante y atrás, arrancando nieve como a furiosas cucharadas. Pero después, tras unos minutos, se colocó en la parte más lejana de la cima, dándole la espalda a la isla, con el morro señalando al norte.

Y, de repente, todo encajó.

Todas las piezas cayeron en su lugar.

—Por supuesto —dijo ella con suavidad—. Ese es el camino a casa, ¿verdad? Al norte.

El viento rugió; en algún lugar lejano las olas golpeaban contra la costa, y en la cima de la montaña April se agarró fuerte a la verdad para que no se le escapara.

—Directamente al norte de aquí está Svalbard —dijo—. Allá es donde iba el barco, el barco en el que vinimos. Tör me contó algunas cosas de allí.

Se estrujó el cerebro, a ver qué conseguía recordar, pero no

acudió nada más que la mirada azul fija del chico y el mareo de ella misma; aunque sí recordó muy claramente una cosa de la conversación con su padre: «Allá hay montones de osos polares».

Oso volvió la cabeza lentamente hacia ella, y en el marrón profundo de sus ojos vio algo en lo que no había reparado antes: melancolía.

—Viniste de ahí, ¿verdad? —le dijo en tono comprensivo—. Ahí está tu casa.

Y, aunque él no podía hablar, su rostro se iluminó al mirar en dirección a Svalbard, con una luz brillante como el sol de medianoche; April tuvo que parpadear unas cuantas veces.

—Pero Svalbard está a más de cuatrocientos kilómetros —continuó—. ¿Cómo pudiste llegar hasta aquí, sobre todo cuando el hielo alrededor de la isla se ha fundido?

Oso bajó las orejas, que le quedaron aplastadas a los lados de la cabeza. Eso quería decir que era infeliz por algo. Por supuesto, el hecho de que el hielo se hubiese fundido lo haría infeliz. Todos los osos polares deben de sentirse así. Era como si de repente apareciera alguien y se llevara tu casa. April fue hasta donde estaba sentado él, con cuidado de no acercarse demasiado al borde, y se apoyó en su lomo. Oso le acercó la cabeza, de forma que ella le acarició justo debajo de las orejas. Era un punto blandito. Era como cantar una nana. Y así, pronto sintió cómo su amigo se relajaba. A la vez, los engranajes del cerebro no dejaban de funcionarle como las máquinas de la cabaña de su padre, mientras intentaba unir el resto de las piezas.

—No puedes haber venido en barco. Y tampoco podrías haber llegado nadando desde allá. Así que la única posibilidad es que la nieve se haya fundido hace poco —dijo, pensando en voz alta.

Era cierto que nunca se le había ocurrido preguntarle a su padre cuándo habían desaparecido los casquetes de hielo que antes rodeaban la isla. Los volúmenes de la enciclopedia tampoco traían información al respecto, así que asumió que había sucedido hacía muchos muchos años. El hecho de darse cuenta de que todo tenía que haber sido mucho más reciente le provocó un curioso dolor en el pecho.

—Lo siento, Oso. Los humanos a veces somos muy… desconsiderados. Bueno, yo no; no *todos* los humanos. La mayoría

no lo hacemos a propósito. Es solo que no sabemos cómo actuar con respecto a los casquetes polares y los plásticos y los animales que sufren como tú. La verdad es que todo parece demasiado grande, da demasiado miedo; es como si estuviésemos ante un gran muro, así que a veces parece más fácil no hacer nada y esperar a que venga otro y lo arregle. —Se encogió de hombros—. Incluso si quieres hacer algo, cuando eres pequeña como yo, es mucho más difícil que te oigan.

Oso gruñó, y fue un ruido tan inesperado que April cayó de espaldas.

—Tienes razón —dijo mientras volvía a ponerse en pie—. No es excusa, y tienes todo el derecho a estar enfadado. Que sea pequeña no es razón para no hacer nada. Prometo que haré todo lo que pueda. Sobre todo ahora que he aprendido a rugir.

Esperó a que él se acomodara de nuevo antes de volver a sentarse a su lado.

—Pero aún no entiendo qué te impidió ir a casa.

La respuesta le acudió como un golpe en el pecho.

—Quizá viniste con tu madre cuando eras muy pequeño, y se puso enferma o algo así. —April sabía que solo era una suposición, pero tenía sentido, ya que las crías de los osos polares pasan hasta dos años con su madre—. Y, por supuesto, para cuando se recuperó, el hielo alrededor de la isla ya se había fundido, así que no pudiste volver.

Miró hacia Oso para que le confirmara su sospecha. Estaba tan compenetrada con él que sabía exactamente cómo interpretar sus emociones, y sintió la tristeza que manaba de él como en ondas.

—Te quedaste atrapado aquí. —April volvió a abrazarlo por el cuello y tragó saliva. El final de la historia estaba cerca, y se preparó para oírlo—. ¿Y entonces?

Oso alzó la cabeza y miró al mar durante un buen rato, tanto que ella pensó que ya no iba a dejar de hacerlo. Pero por fin se volvió hacia ella e inspiró hondo, casi entre temblores. De repente la niña lo comprendió.

—Oh. ¿Se murió? —Se preguntó el porqué—. Porque no había bastante comida para los dos. Por supuesto. Oh, Oso, eso es horrible. —Apretó más la mejilla contra su pelaje. Le acarició las orejas. Lo abrazó tan fuerte como pudo. Le dio besos para limpiarle

las lágrimas. Sintió un nudo en el corazón—. Perdiste a tu mamá y llevas todo este tiempo atrapado en la isla, solo.

Apoyó la frente en el rostro de Oso y volvió a abrazarlo por el cuello. Notó en las puntas de los dedos cómo temblaba su amigo.

—Pobrecillo… pobrecillo.

Oso se apartó y rugió tan fuerte, tan alto, tan feroz, que el suelo tembló a sus pies y las nubes se alejaron, asustadas.

—Voy a hacer algo al respecto —dijo April—. Te lo prometo.

Capítulo Veinte

Atrapados

—¿A quién informas de las temperaturas? —preguntó April al día siguiente, en el desayuno.

—¿Las temperaturas? —Su padre alzó la vista, sorprendido, aún con la taza de té levantada en la mano.

Hacía un tiempo que la niña no mantenía una conversación con su padre. Semanas, quizá meses, cuando lo ayudó en la estación meteorológica y él le gritó. Desde entonces se había perdido en su amistad con Oso. No perdido en el mal sentido; *felizmente* perdida, como cuando te pierdes en un bosque encantado donde todo a tu alrededor es comestible, incluso el cielo. Pero ahora alzó la vista como si acabase de despertar de un coma y vio que su padre seguía allí. Se preguntó brevemente si era así como él la veía, y se forzó a volver al presente.

A fin de cuentas, había hecho una promesa.

—Sí, eso que mides —continuó—. ¿A quién informas?

Él dejó la taza cuidadosamente en el plato y pareció complacido por el interés de su hija.

—Al gobierno noruego.

—Ah, sí. —Le pegó un mordisco a su biscote de avena, muy concentrada—. Pero ¿qué hacen ellos con la información?

—Es para investigación, April —contestó él—. Medimos las temperaturas para saber las diferencias entre un año y otro.

—Sí —replicó la niña, agitando una mano—, eso ya lo sé, pero

¿qué es lo que hacen en realidad una vez tienen la información?

—¿Que qué hacen? —Su padre parecía confuso.

—Sí —insistió ella—. O sea, ¿qué hacen para remediarlo? No solo afecta a los osos polares y a todos los demás animales del Ártico, ¿verdad? Las temperaturas aquí nos afectan a todos, en todo el planeta.

—Es cierto. —Su padre puso cara de ligera preocupación, aunque nada más. Claro que esa era la misma que ponían siempre los adultos cuando se hablaba del calentamiento global: una ligera preocupación, nada demasiado serio. El hecho de que el mundo estuviera en crisis no parecía molestarles tanto como a April.

Cerró los puños e intentó mantener la voz firme mientras recordaba algunas de las estadísticas que había leído.

—¿El hielo refleja un sesenta por ciento de la luz del sol que recibe?

—Ochenta por ciento —la corrigió su padre.

—Vale, pues ochenta por ciento. —Alzó la vista y lo miró fijamente—. ¿Y qué va a pasar cuando todo el hielo haya desaparecido?

—Cuando no quede más hielo, la luz del sol brillará directamente sobre el océano —replicó él—. Las temperaturas de este subirán, lo que significa a su vez que también se elevará el nivel del mar.

—¿Y los casquetes polares? —preguntó ella a continuación, hundiendo las uñas en las palmas para mantener la compostura—. ¿Cuánto se han derretido ya? Sé que es mucho, pero ¿cuánto exactamente?

Su padre carraspeó.

—Según la NASA, el área cubierta por el hielo en el océano Ártico en verano ha disminuido un trece por ciento cada década desde los años ochenta, lo que significa que se han perdido dos millones seiscientos mil kilómetros cuadrados de hielo.

—¿*Dos millones seiscientos mil*? —April se quedó estupefacta, como si se hubiese abierto el suelo y se la hubiera tragado entera—. ¿Así que es cierto? Sabía que los casquetes se derretían, pero no que fuera tan rápido.

—Ah. —Su padre puso su mejor voz de dar clases—. De hecho, los casquetes polares se han derretido más en los últimos veinte

años que en los anteriores diez mil.

—¡Entonces tenemos que hacer algo! —exclamó April, abandonando todos sus esfuerzos por mantener la calma—. ¡Tenemos que conseguir revertirlo! Devolverles su hielo. ¿Por qué la gente no hace algo al respecto? ¿Por qué *tú* no haces más?

Su padre frunció el ceño. Era obvio que él nunca se lo había preguntado, y sus pobladas cejas se entretejieron como una oruga confusa.

—No lo sé.

April dejó su biscote de avena y se limpió las migas de los dedos. Tenía que reconducir la conversación. No era culpa de su padre que los humanos hubiesen hecho aquel desastre con el planeta; era culpa de todos.

—Dices que el casquete que rodeaba la Isla del Oso se ha derretido —manifestó, deseando verificar la historia de su amigo—. ¿A qué velocidad? ¿Fue lento o pasó rápidamente?

—Bueno… —contestó él—. Normalmente es bastante lento, aunque hubo un año en que se produjo un pico de temperaturas.

—¿Cuándo?

—Así, de memoria, no lo recuerdo.

—¡Por favor, inténtalo! —April se inclinó hacia delante y le agarró un brazo—. Es muy importante.

Su padre miró la mano de la niña, como si estuviera sorprendido de verla ahí.

—Si tanto te interesa, puedo mirarlo en los registros.

—¿Puedes hacerlo ahora? —insistió la niña—. Por favor.

Él suspiró, pero dejó el té, se dirigió a la estación meteorológica y volvió con un montón de cuadernos bajo el brazo. Los colocó en la barra y abrió uno.

—Esto muestra los últimos diez años de temperaturas medias del mar en la Isla del Oso. Como ves, el aumento es bastante continuado. Pero aquí —señaló una de las columnas con un dedo— subieron drásticamente.

—¿En qué año?

—Hace siete años.

—¿Y estás totalmente seguro de que fue cuando se derritieron los últimos restos del casquete alrededor de la isla?

Su padre asintió.

April se recostó en su silla. Sentía como un zumbido en el estómago. ¡Oso llevaba allí siete años, atrapado en la isla, incapaz de regresar a casa!

—¡No es justo! —gritó, frustrada—. ¡No es culpa suya que el mundo haya acabado en este lío! ¡Es culpa nuestra!

—¿Que no es culpa de quién?

April le dirigió una mirada en blanco.

—Has dicho que no era culpa «suya».

—¡De los osos! —explicó ella, exasperada—. De los osos polares. Dieron su nombre a la isla por ellos, y ni siquiera pueden venir ya a pasar el invierno.

—Es una cruel ironía… y, por supuesto, muy triste —añadió él a toda prisa.

—¿Y los casquetes polares? —continuó insistiendo ella—. Los que están más cerca del Polo Norte. Los que rodean Svalbard. Siguen estando, ¿no?

—Sí —le confirmó él—. Por el momento.

—¿O sea que los osos polares aún pueden vivir allí? —preguntó.

Su padre volvió a asentir.

Viéndolo con mermelada en el mentón, sus delgados y acartonados dedos y su nariz torcida hundida en los registros, no parecía un gran candidato a salvador del planeta. Pero él era lo único que tenía April. Cruzó los dedos para pedir suerte y le dedicó su mejor sonrisa… aunque quizá le quedó más como una mueca, pero daba igual.

—¿Y si te dijera que todo este tiempo ha habido un oso atrapado en la isla?

Él ni siquiera levantó la vista.

—¡Papá! —April se puso más firme—. Hay un oso polar en la isla y necesito tu ayuda.

—¿Mmm? —Su padre la miró distraídamente; ella se dio cuenta de que solo la escuchaba a medias.

—Por favor, escúchame. —Intentaba contener la voz, pero su tono era cada vez menos firme—. Aquí hay un oso polar. Es el mejor, el oso más amable de todo el mundo. Y necesito tu ayuda, así que, por favor, suelta ese cuaderno AHORA MISMO.

Eso hizo él, dejándolo caer al suelo con un gran ruido. Ahora le prestaba toda su atención… pero no como deseaba. De hecho, la

estaba mirando de una forma que le provocaba un nudo en el estómago.

—April —pronunció su nombre lenta y cuidadosamente, como si su hija estuviese diciendo tonterías—. ¿Qué es lo que has dicho?

Ella tragó saliva.

—Hay un oso polar en la isla.

Su padre la miró un buen rato antes de contestarle.

—No. Quedan. Osos. En. La. Isla. Del. Oso. —Negó con la cabeza—. Es imposible.

—¡Que sí, que hay uno! Y no es nada peligroso —exclamó la niña—. ¿Es que no ves que solo quiero ayudarle? ¡No debería de estar aquí!

Él siguió mirándola como si se hubiese vuelto loca, y después, aún peor, pareció pensar que estaba de broma y empezó a recoger el cuaderno.

—No me crees, ¿verdad? ¡Pues ve y mira en la despensa! —exclamó, ya sin ninguna precaución—. Verás que te estoy diciendo la verdad.

—¿La despensa? ¿Y eso qué tiene que ver?

—Ya lo verás. Ve a echar un vistazo.

Él se puso en pie lentamente, carraspeó un par de veces y abrió la puerta.

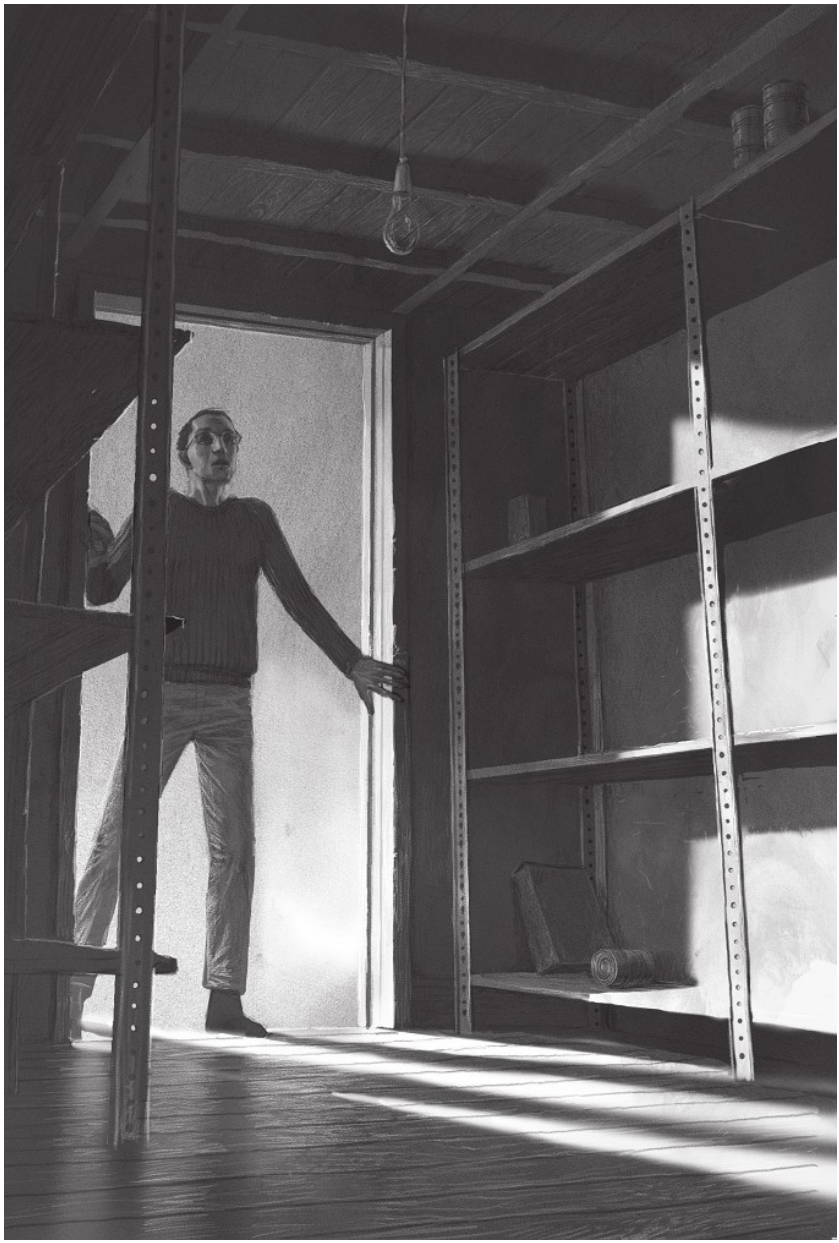
—¡APRIL! —Tuvo que agarrarse al marco de la puerta—. ¡La comida! ¿Dónde está?

—Ya te lo he dicho. Estaba muerto de hambre, era todo pellejo y huesos. Pero tendrías que verlo ahora que vuelve a cazar, y con toda la comida que le he estado dando. Parece…

Su padre dio media vuelta para mirarla.

—¿Qué has hecho, April?

Nunca jamás le había oído aquel tono de voz. Tragó saliva.



—Se la di a Oso.
—A Oso.
April asintió.
—A un oso polar —repitió él, y se dejó caer en el sofá. Tenía los

cuadernos a sus pies y una expresión lejana en el rostro que hizo que la niña se sintiera acalorada, pegajosa—. La abuela Apples tenía razón. Fue un error traerte aquí. Los marineros dijeron que la isla podía hacer cosas extrañas con las mentes de las personas. Llevo todo este tiempo solo, es culpa mía. Por trabajar demasiado y no dedicarte tanto tiempo como hubiese querido. Es normal que te hayas creado un amigo imaginario, para que te haga compañía.

—¡No es un amigo imaginario! —exclamó April—. Soy como mamá. Diferente. Tú mismo lo dijiste.

—Sí, pero la diferencia es que ella no se inventaba animales y tiraba toda nuestra comida. —Entornó sus ojos grises con una especie de horrible sentimiento de lástima que a su hija casi la hizo sollozar, frustrada—. Querida niña, ¿es que quieres llamar la atención?

—No. —Volvió el rostro para que él no le viera las lágrimas—. Hace mucho que sé que eso no podría conseguirlo.

Él escogió precisamente ese momento para sonarse sonoramente con un pañuelo.

—Muy bien —dijo cuando acabó, ignorando totalmente el verdadero significado de lo que acababa de pronunciar—. Da igual; total, solo nos quedan seis semanas en la isla.

—¿Seis semanas? —La niña soltó un resoplido—. ¿Solo nos quedan seis semanas?

Capítulo Veintiuno

El plan

En los días siguientes April notó de vez en cuando que su padre la observaba. No era una mirada cálida, benévola, paternal, sino de ojos entornados, desconfiada, que la hacía sentirse como si fuese una desconocida cada vez que estaba en su compañía. El hombre llegó incluso a contar todos y cada uno de los alimentos de la despensa, de forma que fuera imposible coger más; aunque, por suerte, la niña ya había previsto tal emergencia y tenía un escondite bajo su cama. Pero no había bastante, ni mucho menos, como para seis semanas, y ahora le resultaba más urgente que nunca pensar en un plan para ayudar a Oso.

—¿Cómo nos hemos vuelto tan descuidados? —April miró alrededor del salón como si lo viera por primera vez.

Había estado tan ocupada divirtiéndose durante todo el verano que le habían pasado desapercibidas las pilas de ropa sin lavar, las tazas, las teteras y las latas de sopa vacías. Al final encontró el libro sobre el Círculo Polar Ártico entre un tarro viejo de café y uno de los chalecos de cachemir de su padre, y enseguida miró la sección sobre Svalbard.

Cayeron un par de envoltorios de caramelos de anís. Resultó ser un archipiélago a medio camino entre Noruega y el Polo Norte; alrededor de un sesenta por ciento del conjunto de islas estaba compuesto por glaciares. Era el hogar de pájaros marinos, zorros árticos, renos y unos tres mil osos polares.

—¡Lo tengo!

Algo caliente fluyó por sus venas cuando se le ocurrió por fin la respuesta. ¡Era obvio! Tan obvio que la había tenido delante todo el tiempo. Solo había una cosa que hacer. No tenía por qué dejar a Oso en aquella cueva horrible y solitaria.

Iba a llevarlo a su casa.

Su casa, en Svalbard.

—Allí tendrás muchos amigos. ¡Quizá hasta tengas familia! Primos, tías, tíos… puede que hasta una pareja —susurró, rogando que Oso pudiese oírla desde el otro lado de la isla—. Ya no estarás solo.

El único problema era la distancia.

Svalbard estaba más o menos a un día en barco de la Isla del Oso, demasiado como para que él fuera por sí solo, o lo habría hecho hacía ya mucho tiempo. Pero tenía que haber otra forma de llevarlo, aunque fuera sin la ayuda del padre de April.

Y ya se le empezaba a ocurrir un plan.

La barca boca abajo de la bahía de la Morsa no era una embarcación típica.

—Más bien parece una canoa —dijo April para sí misma mientras la observaba—. Pero una canoa grande. En todo caso, lo bastante grande para nosotros dos.

Tenía el casco pintado de amarillo, curvo a los lados, como un barco vikingo. En algunas partes la pintura estaba desconchada, pero cuando la niña la frotó con su guante consiguió sacarle un poco de brillo, como un sol de invierno.

—Hace tiempo fuiste muy bonita, ¿verdad? Me pregunto cómo acabaste aquí. ¿A ti también te dejaron atrás? —Miró a su alrededor, contemplando todos los restos que los humanos habían abandonado en la bahía de la Morsa. La destartalada cabaña, el muelle destrozado, la soga de metal oxidada y las botellas de plástico traídas por la corriente. «¿Cómo nos hemos vuelto tan descuidados?», se preguntó por segunda vez aquel día.

Suspiró y volvió a concentrarse en la barca. Dentro había dos banquetas de madera, un viejo remo y muchas piedrecillas, arena, conchas y suciedad. Pero, por suerte, no se veía que tuviese ningún agujero.

—Lo primero es limpiarte.

Miró de reojo cómo el mar rompía contra la orilla. Algunas de

las olas eran tan altas como ella. La mayoría aún más. April sintió un escalofrío en el estómago, que pareció dar una voltereta en su vientre. ¡Maldición! Pero, no importaba lo peligroso que fuese a ser el viaje o lo mucho que ella fuese a marearse en la barca, estaba decidida a llevar a Oso a casa.

La alternativa era imposible de contemplar.

Pasó los dos días siguientes estudiando mapas y repasando los muy necesarios consejos de supervivencia para un largo viaje en barco, tal como detallaba la enciclopedia. Pero cuanto más leía sobre navegar menos preparada se sentía. ¿Cómo podía saber que la forma de las olas podía anunciar un cambio en los vientos, o que las palabras que se usaban en la terminología de la navegación podían llenar casi todo un diccionario entero, o que había que tener un sexto sentido para las condiciones climáticas?

Contempló el mapa de la Isla del Oso pegado en la pared y se mordió un labio, ansiosa. Solo había una cosa que hacer. Se trataba, sin duda, de una emergencia, y, como su padre estaba en la estación meteorológica, aquel era el momento perfecto.

Había guardado el sobre en el cajón lateral de su cama. Olía ligeramente a caballa, cuerda vieja y algo más. Era un aroma reconfortante y seguro, y fue lo que la hizo decidirse por fin a marcar el número antes de convencerse a sí misma de no hacerlo.

El teléfono sonó dos veces.

—¿*Hallo*? —La línea era sorprendentemente clara, como si él estuviera en la habitación de al lado—. ¿*Hallo*?

A April se le había secado la boca del todo.

—¿Tör? —consiguió croar por fin—. Soy yo, April. April Wood.

—¿April? —dijo él, y sonó sorprendido, como si no esperara oírla de nuevo—. ¿Va todo bien por la isla?

La niña asintió con un gesto, aunque entonces se dio cuenta de que no podía verla.

—Sí —contestó apresuradamente—. Todo va bien.

April se detuvo un momento. Ni en sus mejores tiempos se le había dado bien hablar por teléfono, y hacerlo con alguien a quien solo había visto una vez la había puesto aún más nerviosa. Agarró más fuerte el aparato.

—¿En qué puedo ayudarte? —le dijo él al silencio.

—Solo quería hacerte una pregunta sobre navegación —dijo la

niña, cruzando los dedos por sonar creíble—. Estoy… escribiendo un trabajo para el cole, y tengo que explicar cómo ir de la Isla del Oso a Svalbard en barco.

—¿Y quieres asegurarte de que el barco vaya en la dirección adecuada? —preguntó Tör—. ¿Para que los pasajeros no acaben en Nueva York?

—Algo así —admitió ella.

—Bueno, en los viejos tiempos se usaba el mapa del cielo para encontrar el camino.

—¿El mapa del cielo? —La enciclopedia no decía nada al respecto—. ¿Quieres decir las estrellas?

—Exacto. Aunque hoy en día una brújula es mucho más práctica.

Bufff. Al menos eso sí que lo tenía.

—También necesitarías un mapa del mar de Barents.

Miró el mapa. Un poco viejo y arrugado. Iba a tener que servir.

—Y un GPS.

—¿Un qué?

—Está conectado a un satélite y muestra tu posición —dijo Tör, justo cuando empezaba a haber interferencias en la llamada—. Todos los lugares del mundo, incluso los lugares tan pequeños como la Isla del Oso, tienen coordenadas. Los navegantes las usan como sistema de navegación. Pensamos en ello como las estrellas de hoy.

—Pero ¿se puede navegar sin GPS? —preguntó ella, levantando la voz—. ¿O sin las estrellas?

—Sí —dijo él. La llamada se estaba cortando. También Tör empezó a hablar más alto—. Pero… más difícil… confiable… tu brújula. Poner… las coordenadas… Svalbard. Ten… cuidado… vientos.

April podía obtener las coordenadas del mapa —era de lo más sencillo— y seguir la brújula hasta allá.

—¿April? —preguntó él, mientras la línea se aclaraba de repente—. ¿Sigues ahí?

—Oh. —De pronto la niña vio a su padre al otro lado de la ventana, dirigiéndose directo a la cabaña—. Tengo que irme —dijo rápidamente—, pero gracias.

Y antes de que Tör pudiera respirar una vez más, y mucho menos contestar, ella colgó.

—¿Va todo bien, April? —preguntó su padre mientras entraba en la cabaña junto a una bocanada de aire frío, helado, con un toque de caramelo de anís.

—Perfectamente —respondió ella mientras pasaba por su lado para salir.

No tenía nada más que perder. Era el momento de decírselo a Oso.

Cuando llegó a la bahía de la Morsa, Oso estaba jugando con las olas, ocultándose bajo ellas como una foca y emergiendo momentos después con una gran sonrisa feliz. No la vio; ella se quedó mirándolo.

No pudo evitar comparar lo que estaba viendo con lo que vio cuando se conocieron. Su pelaje ya no era gris y mate y duro; ahora era brillante como la luz de las estrellas. Ya no tenía las orejas caídas; ahora danzaban en su cabeza y se movían llenas de vida. Ya no podía contarle las costillas; ahora incluso estaba ligeramente entrado en carnes. Su rostro tenía el aspecto satisfecho de quien acaba de comerse su cena favorita y está a punto de soltar un gran eructo.

Tenía el aspecto que deberían lucir todos los osos polares. Feliz. Sano. Alegre.

Por un momento, April se quedó sin aliento al pensar que se les acababa su tiempo juntos. Hacía solo una semana que el sol había desaparecido por fin bajo el horizonte, marcando el fin de la época del sol de medianoche un año más. Hasta su reloj volvía a funcionar y marcaba con su tictac lo que les quedaba.

—Oso —susurró, con la voz rota, como papel de lija.

Él la oyó y levantó la cabeza, con las orejas aguzadas y la cara iluminada, igual que lo hacía siempre que veía a April. Se sacudió para secarse el agua, que saltó en miles de gotitas del color del arcoíris por toda la playa, y se acercó al galope. Al llegar a su lado le acarició el hombro con el morro a modo de saludo y le lamió la cara un par de veces. Cuando ya se habían dirigido unos cuantos rugidos el uno al otro, ella apoyó la barbilla en el pecho de él y absorbió su olor.

Era un olor que le recordaba a casa.

April parpadeó un par de veces, enterró la nariz en su pelaje, lo rodeó con sus brazos y tragó fuerte. No necesitó decirle nada.

Oso lo sabía.

A ella le rascaba la garganta. Miró fijamente hacia las montañas, con sus cimas cubiertas por la nieve, antes de hablar.

—Pronto voy a tener que volver a casa —consiguió decir por fin—. No es que quiera, pero debo hacerlo. Tengo que ir al cole y aprobar unos exámenes para conseguir los papeles que me permitan hacer algo importante cuando crezca —dijo—. Pero ¿sabes qué? Ni siquiera tengo que esperar a crecer. Ya no puedo dejar que sean otros quienes me solucionen los problemas. Voy a hacer algo por ayudar a salvar el Ártico, y quizá hasta el planeta. Y ese algo empieza ahora mismo. —Respiró hondo—. No voy a abandonarte, Oso. Tengo un plan.

Le agarró la cabeza entre sus manos, forzándolo a mirarse a los ojos, que eran de chocolate, cálidos y brillantes. Los ojos de Oso la observaron de tal forma que casi se derritió. April dudó de que pudiera encontrar a nadie más en toda su vida que la mirase como Oso la miraba en aquel momento.

—Es un plan peligroso, pero no tenemos elección. Es eso o… bueno, eso no va a suceder. Tranquilo; todo irá bien. —Le secó la humedad de la cara con las puntas de los dedos y le rascó debajo de la oreja izquierda, en ese sitio que tanto le gustaba—. La verdad es que tengo miedo. No soy tan valiente como tú. Yo no hubiese podido estar aquí sola tantos años como tú. Pero es mejor que no hacer nada y, como sabes, los humanos somos muy buenos en eso de no hacer nada. Ya no quiero ser de esa clase de personas. —Levantó la barbilla y habló con más confianza de la que sentía—: Pero tienes que prometer que me acompañarás aunque te parezca la peor idea del mundo.

Y entonces señaló hacia la barca.

Oso movió las orejas, agitó los bigotes y se echó atrás tan repentinamente que ella tuvo que soltarse para no salir disparada hasta el otro lado de la playa. El animal se levantó de inmediato sobre sus patas traseras, quedando como un rascacielos al lado de ella, y rugió, lleno de furia. Fue con toda seguridad el rugido más fuerte que ella le había oído, y si hubiesen estado al borde de la cumbre de la montaña el sonido hubiese viajado hasta la Luna y de vuelta unas cuantas veces.

Cuando acabó, ella se quitó los dedos de los oídos y se irguió a

toda su altura tamaño April.

—Escúchame, Oso: voy a hacerlo, te guste o no —dijo—. No puedes detenerme. Pero será mucho más fácil si estás de acuerdo…

El animal volvió a rugir, ahogando el resto de las palabras de la niña. Y esta vez incluso el sol se escondió, la tierra tembló y la montaña se agitó. Rugió y rugió y rugió durante lo que pareció muchísimo tiempo, difícil saber cuánto, pero fue lo suficiente como para que April se sentara al lado de la barca boca abajo, jugara al cordel al menos diez veces y hasta se echara una pequeña siesta. Y al final, Oso se cansó de rugir, como ella sabía que sucedería.

—Es tu única oportunidad. No puedes quedarte —le susurró.

Él, por fin, llevó el morro al hombro de la niña, soltó una especie de ronroneo y le lamió la cara.

—Voy a llevarte a casa.

Capítulo Veintidós

Una sorpresa no deseada

Durante la semana siguiente April volvió a la bahía de la Morsa cada día, y cada día daba las gracias a los trillones de estrellas del cielo del norte porque su padre tenía problemas con uno de los instrumentos más importantes, y durante el tiempo que dedicaba a intentar repararlo no notaba lo que tramaba ella a sus espaldas.

El reto más serio era la comida. Incluso con mucho racionamiento, lo que guardaba bajo la cama casi había desaparecido, así que tuvo que correr a asegurarse de que la barca estuviera lista antes de que se acabaran las provisiones. Pero también tenía que guardar una parte para el viaje.

Hasta el momento había llenado la barca con:

- tres tarros de mantequilla crujiente de cacahuete (solo dejó uno bajo la cama);
- los últimos cuatro paquetes de biscotes de avena;
- una lata de sopa de tomate para ella y tres de un guiso de carne para Oso;
- una lata de melocotones en almíbar (no es que ella fuera muy fan, pero Oso le había rogado con su mirada derretida más convincente que le llevara cosas dulces);
- tres de los caramelos de anís de su padre (esto, más por razones sentimentales que otra cosa. Aunque en el momento no se entendieran mucho, April seguía queriendo llevar algo con que recordarlo);

- ocho litros de agua;
- un abrelatas;
- la navaja del ejército suizo de su padre;
- la brújula que les iba a mostrar el camino hasta Svalbard;
- el libro sobre el Círculo Polar Ártico, en el que había un mapa sencillo del mar de Barents, entre la Isla del Oso y Svalbard;
- una lona para cubrir la barca y protegerla de las olas grandes y las tormentas;
- unas pastillas contra el mareo;
- pantalones, chaqueta y gorro impermeables;
- dos pares de calcetines de lana;
- el jersey que le había cosido su abuela para la Navidad de hacía dos años (aunque ahora las mangas le quedaban un poco cortas);
- una bolsa de plástico con cierre hermético que había encontrado en la despensa de la cocina;
- el equipo de primeros auxilios (dudó mucho sobre si cogerlo o no; ¿y si su padre se hacía daño?);
- su almohada;
- y, finalmente, su guijarro con forma de corazón.

Algunas de las cosas, como el agua, eran tan pesadas que tuvo que pedirle a Oso que la ayudara a arrastrar el trineo. Lo demás consiguió esconderlo perfectamente en su mochila. Por desgracia, lo que no tenía, y que quizá fuese lo más importante de todo, era un chaleco salvavidas, aunque sí cogería el teléfono por satélite. Iba a resultarle esencial para las emergencias, aunque le preocupaba dejar sin él a su padre.

La reparación de la barca fue más complicado.

Primero tuvo que convencer a Oso de que la pusiera boca arriba de un empujón, y después tuvo que repararla. Por suerte, en la cabaña había un libro dedicado a todo lo que hay que saber sobre barcos; usándolo como guía y combinándolo con los recuerdos de los marineros en el puerto preparando sus naves a principios de verano, sacó toda la porquería de dentro y, usando el papel de lija que había encontrado en el almacén, alisó todas las aristas, las astillas y los salientes. Fue un trabajo mucho más duro de lo que parecía. Un día tras otro fue volviendo a la bahía de la Morsa hasta que le dolieron los brazos, tenía los dedos rascados y en carne viva

y la espalda le latía.

En la cabaña meteorológica había encontrado unos clavos y un martillo, y con una de las planchas de madera que había hallado suelta en la otra cabaña, la abandonada, creó una pequeña separación en la base de la barca, para que sus pertenencias no fueran dando bandazos de un lado al otro. También reparó el asiento con un trozo de madera blanda abandonado. Una vez cargado el bote, lo último fue clavarle la lona para que los protegiera de las olas altas, el mal tiempo y quizá hasta de las morsas. Muchas cosas le impedían dormir por la noche, y la principal era cómo asegurarse de que la nave llegase a Svalbard, por no hablar de cómo regresaría después a la Isla del Oso. Tenía la brújula, pero sin motor ni velamen, dependía del remo que iba a tener que usar ella misma.

Era una misión imponente. Pero, como la única alternativa era dejar allí a Oso, iba a tener que conseguirlo.

La fecha de partida estaba marcada para el 10 de septiembre, que era el día en el que calculaba que se le iban a acabar las provisiones.

—Apenas queda comida —le dijo a Oso—. Tendremos que salir entonces. No te preocupes, todavía falta una semana; espero que para entonces el tiempo haya mejorado.

Desde que había acabado la barca, la isla había sido inundada por la lluvia. No un goteo fino al que April estaba acostumbrada en su casa, sino una gruesa, pesada lluvia que cortaba el aire como si fueran agujas. Una lluvia que barría la isla como en láminas y hacía que las olas se levantaran como cocodrilos. Una lluvia que también calaba a April hasta los huesos cada vez que salía y que acabó provocándole un buen resfriado, con fuertes estornudos y la nariz que le goteaba sin parar.

Llevaba dos días descansando en el sofá frente al fuego. Hubiese preferido quedarse en la cama, y así mantenerse lejos de la mirada de su padre; de vez en cuando lo pillaba observándola. Pero en su habitación hacía frío. La cabeza le latía. Tenía la piel húmeda de sudor. Sentía la lengua más gruesa. Incluso si hubiese querido moverse no habría podido. Iba armada con una caja de pañuelitos de papel y una sopa de tomate aguada, y sentía una gran lástima de sí misma, además de estar preocupada por Oso.

—Buenas noticias —dijo su padre mientras colgaba el teléfono por satélite.

—¿Mmm? —Hizo April mientras se sorbía la nariz.

El hombre había usado antes el aparato para averiguar cómo arreglar un instrumento que no funcionaba. Ahora, supuso la niña, el ingeniero le estaba devolviendo la llamada.

—Era mi jefe, el señor Olsen —dijo él—. El chico que va a venir a sustituirnos va a llegar antes de lo esperado.

—¿Qué? —April estornudó violentamente—. ¿Por qué?

—Por lo visto acabó antes de lo esperado el trabajo que tenía, y le parece perfecto empezar antes aquí —continuó—. Eso quiere decir que podemos volver, April. No sé tú, pero yo tengo muchas ganas de volver a las comodidades de casa. ¡Imagínatelo! Pastas de mantequilla calientes con mermelada. Bizcochos recién hechos rellenos de jalea de frambuesa. Y café molido con leche fresca.

—Pero… —Sentía la garganta cerrada. El corazón le golpeaba el pecho. Intentó hablar, pero las palabras se le quedaron atravesadas en la garganta—. Pero…

¿Bizcochos? ¿Mermelada? ¿Café molido?

—¡Aún no podemos irnos!

—Pero si estarás mucho mejor allí —insistió el padre, dirigiéndole otra de sus miradas—. ¿Es que no quieres volver a casa?

—¡No! —gritó ella, y estornudó de nuevo—. Necesito más tiempo.

—¿Más tiempo para qué?

—A principios del verano me regalaste este reloj y me dijiste que era por el *friluftsliv*. ¡Ahora te estás cargando el *friluftsliv*!

Su padre abrió y cerró la boca.

April era consciente de que no estaba siendo especialmente clara, pero no sabía cómo explicarse. ¿Y cómo iba a saberlo? Tenía la cabeza helada, el cerebro confuso. No podía volver a sacar el tema de Oso, no cuando su anterior conversación había acabado tan mal. Pero solo veía su cara y sus ojos, que siempre parecían rogar cada vez que la miraba.

Al final se echó a llorar. No con grandes y sonoros hipidos sino con pequeñas lágrimas de frustración que le brotaron contra su voluntad y descendieron por sus mejillas. Se las frotó con furia.

—Siempre me quitas todo lo que quiero.

Su padre se sorprendió, como si le hubiera tirado un vaso de agua helada por encima.

—Eso no es cierto.

—¡Sí que es cierto! —gritó la niña—. ¡Me quitaste la rata que había rescatado!

—Eso fue porque era una rata —replicó él, sacándose del bolsillo de la chaqueta un enorme pañuelo y sacudiéndole los envoltorios de caramelos de anís antes de ofrecérselo a su hija—. Su lugar no era nuestra casa.

—¿Y qué hay del centro de rescate de animales?

—¿Qué centro de rescate de animales?

—¡Exacto! —Se sonó la nariz—. Necesitan voluntarios para ayudarles a limpiar a los caballos, pero para trabajar allí necesito que me firmes una autorización. Te lo he pedido un montón de veces y aún no lo has hecho.

—Pero ¿cómo puede haber caballos en plena ciudad? —preguntó él mientras recuperaba con cuidado el pañuelo, ahora lleno de mocos—. No sabía ni que había un establo cerca.

—¡Eso es porque nunca me escuchas! —gritó April, exasperada —. ¡No sabes nada de lo que quiero! Dijiste que veníamos al Círculo Polar Ártico a pasar tiempo juntos. ¡Pero mentiste! Estás tan ocupado sintiéndote triste todo el rato por mamá que ni siquiera me ves. O si no, estás trabajando.

Las cejas de su padre hicieron ese movimiento tan curioso como de apuntar hacia el cielo que hacían siempre que se ponía nervioso. La boca se le curvó a los lados y carraspeó.

—Quizá podríamos… arreglar eso de las clases de equitación cuando volvamos a casa.

—¡NO QUIERO HACER EQUITACIÓN!

April no había tenido intención de rugir; simplemente salió así. Si Oso hubiese estado allí, se sentiría orgulloso de ella; había sido su mayor rugido hasta la fecha. Su fuerza fue tan rompedora que hizo que su padre agitara una mano, enviando a su rostro el café de la taza que sostenía. Después de limpiarse la frente con el pañuelo y respirar hondo para controlarse, abrió mucho los ojos y miró a su hija como si la estuviese viendo por vez primera en todos esos años.

April le devolvió la mirada.

El rugido se le estaba apagando en el pecho, pero su corazón seguía dando golpes furiosos y la sangre circulaba por sus venas como si fuera lava.

—Ya ni me importa —dijo, ahora sin levantar la voz—. Pero aún no puedo volver a casa.

—April… —Su padre extendió una mano como si fuera a posarla en el hombro de ella, pero pareció pensárselo dos veces y no lo hizo —. Yo iba a decir que no, pero… después de la conversación que tuvimos sobre el oso polar y el asunto de la comida… creí… creí que tú ibas a estar mejor si regresábamos. Así que… acepté.

—¡Pues entonces *desacepta*!

—Es demasiado tarde —dijo su padre—. Estará aquí mañana.

Capítulo Veintitrés

Se acaba el tiempo

April creía estar más crecida que otras chicas de su edad. «Puede que sea bajita, pero al menos no soy una llorona», se decía a sí misma con frecuencia; pero aquella noche corrió a su habitación, cerró la puerta de un golpe, se tiró boca abajo en su cama y le gritó a la almohada.

Su padre llamó una vez a la puerta, llamó dos, pero acabó dejándola en paz. Un rato después, el *Concierto para flauta y arpa* de Mozart llenó la cabaña. Era una pieza pacífica, calmante, y respiración a respiración April empezó a sentirse más tranquila.

Había sido el *shock*, nada más.

No había sido su intención gritar ni rugirle a su padre. ¡Menuda cara puso! ¿Lo había visto alguna vez tan asustado? No. No desde que la había pillado haciendo la rueda en el techo de la caseta del jardín y se había puesto blanco como una sábana. Ahora no pudo evitar que el recuerdo le hiciera soltar una risita, pero enseguida paró y la pequeña carcajada huyó de ella como un ratoncillo.

El nuevo meteorólogo llegaría mañana.

¡Mañana!

Oyó como su padre empezaba a hacer las maletas.

Se sentó, decidida, y sacudió la cabeza para librarse del resfriado. Primero la movió a la izquierda para drenarlo por una oreja, y después la movió a la derecha para librarse de los restos. Cuando sintió la mente un poco menos nublada abrió la ventana y una corriente de gélido y severo aire entró y le ladró a la cara.

Por fin, después de tanto tiempo, empezó a aclarársele la cabeza.

La isla estaba bañada en el débil sol de la tarde y, aunque la lluvia había cesado, seguía habiendo agua en el aire. Nunca volvería a ver aquel paisaje. Nunca volvería a ver cómo el sol hacía que el mar pareciese de color rosa. Nunca volvería a ver cómo el cielo adquiría el color de un albaricoque. Nunca volvería a ver las tres montañas nevadas que marcaban el horizonte, las malas hierbas, los cientos de lagos azules ni ninguno de los lugares secretos que había explorado durante los últimos meses.

Observó con atención y durante un buen rato, absorbiéndolo todo, hasta casi marearse.

No había rastro de Oso.

No importaba. Sabía que la oiría igualmente.

—Esta noche —susurró, formando un círculo con las manos y poniéndoselas ante la boca como si fueran un megáfono—. Nos vemos a medianoche junto a la barca.

Aguzó las orejas para escuchar, tal como le había enseñado Oso. Oyó el trueno lejano de las olas, gaviotas chillando, el suspiro de las montañas y la suave respiración de la tierra.

Y entonces…

… ahí estaba.

El rugido de Oso.

El temblor que provocó rebotó y esquivó obstáculos y avanzó hasta alcanzar por fin la ventana de April, y entró con un golpe seco en su corazón. Ella conservó el rugido en el pecho, se tumbó en la cama y dejó que este la llenara de la cabeza a los pies. Después de un rato ya ni sentía sus dolores y sus males, tampoco su nariz aguada. Se sentía imbuida de algo mucho más poderoso.

Estaba repleta de energía de Oso.

La barca estaba lista.

Y ahora tenía que estar lista ella también.

Esperó hasta las once, se puso las botas de agua arcoíris y se caló el gorro. Solo le quedaba una cosa por hacer.

Calentó un poco de leche en un cazo, le echó chocolate caliente y removió. Después escribió una nota muy corta a su padre; llevaba toda la noche pensando en las palabras que iba a usar.

Querido papá:

Siento haberte gritado hoy. No fue mi intención. Estaba

preocupada por Oso, y no miento.

Te quiero.

April

P. D. Por favor, no nos sigas. Sería demasiado peligroso.

No recordaba la última vez que le había dicho que le quería, al menos desde que la madre de April había muerto. Aunque parecía un poco tonto pensar en eso ahora. Y el hecho de que su madre ya no estuviera no significaba que los dos no pudieran quererse.

Aunque habían discutido y el verano no había ido tal y como se imaginaban, la idea de su cabello salpimentado, sus cejas desordenadas y sus amables ojos grises casi la hizo detenerse. Qué curioso: justo cuando se iba a ir se le ocurrían un millón de cosas que decirle:

- Darle las gracias por las cajas de bombones diarias cuando tuvo la varicela y no pudo ir al cole en tres semanas.
- Decirle que su obra de Mozart preferida era «Voi Che Sapete» de *Las bodas de Fígaro*, porque le hacía sentir ganas de ponerse a dar saltitos.
- Y que él también debería comprarse unas botas de agua de los colores del arcoíris; con ellas no parecería tan serio.
- Y que lamentaba no haberle preguntado más por su trabajo en la universidad y si lo disfrutaba o no.
- Y preguntarle cuál era su recuerdo preferido de mamá; quizá pudieran compartirlo los dos.

Pero ya era demasiado tarde para todo eso, así que dejó la tetera, su taza y la nota junto a la puerta de su habitación y, sin detenerse a pensar demasiado en ello, tiró la mochila por la ventana y, con un pequeño gruñido, la siguió.

Capítulo Veinticuatro

La barca

La lluvia volvió, formando gruesas y pesadas cortinas de agua durante todo el camino hasta la bahía de la Morsa. A April le caía por el cuello, le bajaba por la espalda y hasta consiguió metérsele dentro de las botas de agua.

Cuando llegó a la barca se dio cuenta de que se había olvidado el teléfono por satélite. No podía arriesgarse a volver a buscarlo. Se maldijo a sí misma por ser tan olvidadiza.

En cuanto vio a Oso posó la cabeza en su pecho. Era como envolverse en la más suave lana o vestir cien gatos peludos o que la abrazara una gigantesca bolsa de agua caliente. Tras unos minutos, los dientes dejaron de temblarle.

De cerca olía como huelen todos los animales. Ligeramente salvaje, a almizcle, pero a la vez dulce. Se sintió segura y a salvo. Se quedaron así mucho más tiempo del necesario. Pero, claro, los abrazos de oso son los mejores, así que no tenía la menor importancia lo que durase.

—Mejor que nos vayamos ya.

La barca era demasiado pesada para April, por lo que tuvo que confiar en que Oso lo hiciera por ella. Pero conseguir que él lo entendiera era otra historia, ya que estaba mucho más interesado en jugar con las olas. Al final la niña acercó el hombro al casco e intentó empujar desesperadamente, pero fue inútil. Era como

intentar mover una montaña. Bajo la lluvia que no dejaba de caer, dio un golpe a la barca con las manos abiertas, frustrada.

Fue entonces cuando Oso se le acercó, curioso, bajó los hombros y empujó, primero divertido, como si fuera un juego, y después, gradualmente, con más y más fuerza.

April se apartó, aliviada, con el aliento entrecortado en su pecho.

—¡Vamos, Oso! ¡Tú puedes hacerlo!

Pero, aun así, la barca no se movió ni un centímetro. ¿Cuándo había sido la última vez que lo había hecho? ¿Y si se había quedado atascada en tierra? ¿Y si pesaba demasiado? ¿Y si Oso no podía abandonar nunca la isla?

Contuvo el aliento.

Oso empujó más. Empujó con toda la fuerza y magnitud del oso que era. Rugió y gruñó y empujó. Por fin la barca empezó a crujir de lado a lado, aunque siguió sin moverse, solo se sacudía. El ruido era como el de un martillo clavando clavos o el torno de un dentista.

El animal mostró los dientes, bajó la cabeza e intentó un empujón aún más poderoso, de fuerza bruta. Y entonces la barca hizo un ruido como de raspado. Y después otro.

—¡Se mueve! ¡Lo estás consiguiendo!

Centímetro a centímetro, la barca fue acercándose cada vez más hacia la orilla, hasta que la primera ola chocó contra el casco. April, que había vitoreado cada paso de avance, aprovechó la oportunidad para subirse a bordo. Se quedó sin aliento y masculló algo cuando el agua le cayó encima como una nueva lluvia helada.

—¡Un empujón más, Oso, y llegaremos al agua!

El animal volvió a hundir los hombros y reunió hasta su último ápice de fuerza. Después, con un último e increíble empujón, la barca salió de la bahía de la Morsa y por fin empezó a mecerse en el mar.

—¡Flotamos! —gritó April, mientras la primera ola levantaba la barca y volvía a bajarla.

Oso se quedó en la orilla, mirando; durante un horrible momento, la niña pensó que no iba a seguirla, que se iba a tener que quedar flotando sola. Se llevó los dedos a la boca y silbó, rogando que él captara el mensaje. Por suerte, no necesitó pedírselo

dos veces: el animal saltó al agua y empezó a nadar hacia ella.

Cuando llegó y trepó a bordo, casi haciendo que la embarcación volcara por un lado y después por el otro, April lo abrazó con todas

sus fuerzas. Cuando lo soltó, ella estaba empapada y la barca ya se adentraba en el mar, mecida por las olas grises y frías.

Mientras luchaba por fijar la lona recordó el aviso de su padre de no acercarse demasiado a la orilla. Pero ya era tarde. La Isla del Oso había desaparecido de la vista. El estómago le dio vueltas y acabó de hacer el último nudo a toda prisa.

—Estamos de camino —susurró, acurrucándose contra Oso en la oscuridad y cruzando los dedos para pedir suerte—. Próxima parada: Svalbard.

No sabía cuántas horas pasaron, pero fue tiempo suficiente como para que ella remara un rato —cosa que le resultó mucho más difícil de lo que nunca había creído—, tomar un poco de sopa fría, compartir los biscotes de avena y —a saber cómo— dormir una siesta, acurrucada contra Oso en el fondo de la barca. Cuando de repente despertó se encontró en medio de unas montañas rusas. Arriba, arriba, bien alta como una cometa. En la cresta su estómago hizo eso tan curioso que hacía a veces de encogerse. Y entonces cayeron, cayeron.

Frente a ella, Oso soltó un gemido.

—Sssh, no te asustes ahora —murmuró la niña, soltándose del asiento para tocarle una mejilla—. Todo va a ir bien. Mira, la brújula sigue señalando al norte.

La barca volvió a elevarse, como un avión que corre por la pista y despega. Subieron y subieron hasta llegar a la cresta de la ola y entonces volvieron a bajar. April tuvo que morderse un labio para ahogar un grito.

—Todo va bien —dijo cuando Oso volvió a lamentarse—. No va a pasarnos nada. Voy a echar un vistazo rápido afuera, a ver si ya llegamos.

Le dolían los dedos por el frío, y le costó desanudar la cuerda que sujetaba la lona. La royó con los dientes hasta que se soltó, y entonces se asomó.

—Oh, oh.

Hasta donde le llegaba la vista no había más que olas grises que se retorcían y rodeaban la barca desde todos los ángulos. Pero no eran las mismas olas que chocaban contra la costa en la Isla del Oso. Estas eran monstruosas. De un tamaño colosal. Se elevaban como árboles, tan grotescamente grandes que hacían que la barca

pareciera un juguete en miniatura.

April tragó saliva.

No había tierra.

No había nada… excepto las horribles olas y ellos dos.

Oso estaba en la otra punta de la barca, mirándola con sus enormes ojos de chocolate. Ella extendió una mano y con los dedos lo acarició detrás de la oreja.

—Todo va bien.

Cerró la lona de golpe y decidió no mencionarle lo de las nubes negras.

Capítulo Veinticinco

La tormenta

La tormenta comenzó con el estallido de un trueno y el terrible, frenético, repicar de la lluvia en la lona. Era como en una acampada, resguardándose en la tienda mientras caía la lluvia… excepto que en una tienda podías sentirte a salvo y cómodo y protegido.

April no sintió nada de eso.

Las olas se mostraban aún más monstruosas.

No tuvo que volver a asomarse por la lona para saberlo. Con cada vaivén parecía elevarse más y más. Imposible que fuera peor.

Pero lo fue.

La barca se levantó tanto que fue como si estuviese ascendiendo una escalera hacia el espacio. Se quedaron colgados precariamente en la cresta de una ola, se agitaron de lado a lado y volvieron a precipitarse al oscuro abismo.

Hacía rato que April había renunciado a intentar contener los gritos.

Ya no importaba. Oso tenía los ojos abiertos de par en par, llenos de pánico, y el aroma en el interior de la barca se había vuelto denso por el miedo. La lluvia no dejaba de golpearlos, las olas chocaban y el trueno gritaba. April se arrastró hasta el centro y abrazó a Oso. Sus rostros se tocaron; el aliento de él desprendía calor.

—Lo siento —susurró la niña—. Todo es culpa mía.

Oso le tocó la nariz con la suya. Los latidos de él bajo la oreja de

ella. El pecho de April resonaba a toda velocidad.

—Te quiero. —Llevó los labios al rostro de él y lo besó—. Te quiero muchísimo.

Se acurrucó aún más cerca de él, y en algún rincón de su ser supo que Oso también la quería. Durante un momento dulce y perfecto todo estuvo en calma.

Y entonces llegó la ola.

Pareció salir de lo más profundo del océano y con toda crueldad los hizo volar por los cielos. La barca danzó y dio vueltas en espiral contra el cielo gris, y pareció flotar en el aire antes de volver a caer con toda la fuerza. Se estrelló contra las olas, boca abajo.

April gritó.

Oso rugió.

Al golpear violentamente contra el agua, la lona se arrancó, el remo salió disparado y un arco se partió en dos. El agua estaba tan fría que la hizo gritar; y, al hacerlo, se le llenó la boca. Tuvo un ataque de pánico y agitó los brazos intentando alcanzar a Oso, pero sintió que se hundía en el mar y sus manos se convirtieron en la nada, heladas.

El agua la golpeaba por todas partes. Se vio colgada boca abajo, empujada a un lado y echada de espaldas. El temporal le arrancó las botas de agua con los colores del arcoíris, y los golpes del agua contra su piel la hicieron llorar.

No importaba que tuviera que tragar más líquido, que este supiera a sal rancia o que la temperatura le fuera congelando lentamente los órganos uno a uno. Ni siquiera importaba que la barca se hubiera partido y todas sus pertenencias estuvieran hundiéndose en el fondo del mar.

Nada de eso importaría si tuviese a Oso.

Y por fin, justo cuando pensaba que no iba a poder contener más la respiración, las corrientes la devolvieron a la superficie, y ahí estaba él. Apenas alcanzaba a verlo, de tan lejos como estaba de ella. ¡Demasiado lejos! Extendió los brazos de nuevo.

—¡OSO!

Oso abrió la boca y soltó un rugido. April lo vio pero no lo oyó. Nadó frenético hacia la niña, con las orejas hacia atrás, pegadas a la cabeza, y una expresión fiera y protectora en su rostro.

Los dedos de ella tocaron una garra. ¡Ya casi estaban juntos! ¡Ya

casi estaba a salvo!

Pero el mar aún no había terminado con ella. La corriente enrolló su dedo alrededor de los tobillos de la niña, la alejó de su amigo y volvió a hundirla.

Luchó. Agitó violentamente las piernas y los brazos. Gritó.

Pero hacía mucho frío.

Mucho mucho frío.

Y el mar seguía tirando de ella. Siguió absorbiéndola, tirando y arrastrándola cada vez más abajo. Hasta las oscuras profundidades donde no llegaba ni el sol de medianoche, donde el agua era pesada y negra y mortal, donde no debería haber ninguna niña de once años.

Allí el agua fue como escarcha contra su piel.

Tras una larga y dura batalla, April cerró los ojos.

Tenía demasiado frío.

Y entonces, todo…

… se volvió…

… negro.

Capítulo Veintiséis

¿Dónde está Oso?

—¿April? —era una voz distante, llegada de una tierra lejana—. ¿April?

Estaba tumbada en una litera, dentro de un camarote que olía a caballa. Y en pie a su lado…

—¿Papá?

—¡April! —Arrugó la frente y se inclinó hacia delante para abrazarla. Él olía a caramelo de anís y a *tweed*, pero también a chocolate caliente y a casa—. Mi niña.

Cuando por fin la soltó, parecía sorprendido por su propia emoción. Mientras él se frotaba los ojos, April intentó pensar.

Había muchas cosas que no tenían sentido.

¿Por qué sentía como si tuviese la cabeza llena de icebergs?

¿Cómo era que estaba de vuelta en aquel camarote? Era el mismo barco de carga, ¿no? Aquel en el que llegaron a la isla hacía ya tantos meses.

¿Su padre estaba llorando?

Y había otra cosa.

Algo que no acababa de identificar, pero que a pesar de eso era muy importante. Algo que necesitaba recordar.

Pero entonces le volvió a doler la cabeza, como carámbanos de hielo afilados, y todo se volvió negro una vez más.

Cuando se despertó por segunda vez pensó que el camarote estaba vacío. No había nada en él excepto el ruido de su voz quebrada y

unos cuantos sueños que no conseguía recordar.

La voz la agitó. Estaba sentado en una silla al otro lado de la sala, doblando su pañuelo meticulosamente en pequeños cuadraditos.

—¿Qué hacías ahí fuera?

April intentó contestar, pero solo consiguió que el hielo que tenía dentro de la cabeza tintineara. Y es que ¿qué hacía allí?

—¡Podrías haberte matado!

Su padre se levantó del asiento como impulsado por un resorte y fue hacia la cama, observando a April con una mirada tan emocionada que ella quiso hundirse en su almohada. No veía tal grado de emoción en su rostro desde el funeral de su madre, y la ponía nerviosa pensar que ella misma era la causa.

—Lo sé —dijo por fin, y aunque le dolía cada uno de sus huesos, lo agarró del brazo—. Lo siento mucho.

Él respiró temblorosamente, se sentó en el borde de la cama y volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo. Y entonces hizo algo que llevaba mucho tiempo sin hacer: colocó su mano encima de la de ella. Durante un momento ninguno de los dos dijo nada. Pero a veces no hacen falta las palabras para explicar lo que llevas en el corazón.

—Lo último que recuerdo es que me hundí en el agua —dijo April, midiendo mucho sus palabras—. Después de eso… nada.

Intentó recordar qué había sucedido, pero era como abrirse paso por entre una profunda y opaca niebla, y cuanto más lo intentaba, más le dolía la cabeza.

—Cuando me di cuenta de que te habías ido —dijo su padre— ya era por la mañana, y había llegado el barco con el nuevo meteorólogo y su ayudante. Miramos por todas partes y… —Carraspeó un par de veces. April y él entrelazaron los dedos de sus manos—. Y entonces vimos las huellas en la playa y supimos que habías cogido la barca. Al capitán le pareció imposible, ¿cómo podía una niña pequeña empujar una barca hasta el mar? Pero fue ese chico, Tör, el que adivinó hacia dónde habías ido.

—Oh —exclamó April.

Sintió algo en sus oídos, el sonido de cascadas y algo más. Algo ruidoso y visceral y crudo.

—¡Oso! —Se incorporó de repente en la cama. La sangre fluía a

chorros, como en los volcanes, por debajo de sus venas—. ¿¡Dónde está!?

Su padre abrió y cerró la boca, y su rostro adquirió una curiosa tonalidad roja.

—¡No! —Apartó las sábanas, se levantó y corrió pasando por el lado del hombre, abrió la puerta y caminó descalza por la cubierta.

—¡April!

El viento le azotó la cara. La cubierta estaba sucia y grasienta y olía mal. Un par de miembros de la tripulación que pasaron cerca la miraron con curiosidad.

—¿Dónde está? —gritó la niña, mirando frenéticamente a su alrededor—. ¿DÓNDE ESTÁ OSO?

El viento rugía, los motores latían, y a ella le dolía cada célula de su cuerpo. Por todas partes las gaviotas graznaban y se dejaban caer en el cielo arqueado sin fin. Corrió de una punta a otra de la cubierta, el frío aguijoneándole la piel. No vio más que sogas enrolladas, aceite y el amargo aire del Ártico en su rostro. Se inclinó sobre el borde y contempló tan detalladamente como pudo el horizonte, en todas las direcciones, pero lo único que vio fue el mar vacío y solitario.

—¡Oso!

Se apartó de la barandilla, con el rostro insensible, los dedos helados, y entró por la primera puerta que vio. Era metálica y muy pesada, y se cerró tras ella. April se encontró de repente en un pasillo sin ventanas, a oscuras, que daba vueltas y vueltas por las entrañas del barco. Tener un ataque de pánico no iba a servirle de nada. Respiró hondo y se tranquilizó. Ahora podía oír, escuchar tal como Oso la había enseñado. Alzó las orejas. Puso todos sus sentidos en alerta.

Al principio no percibió nada por encima del latir de los motores, y entonces… notó algo. Era tan pequeño que casi lo ignoró. Se volvió hacia el ruido, y con el corazón latiéndole muy fuerte recorrió el pasillo hasta el final, en el oscuro interior de la bodega. Allí se encontró con otra puerta metálica cerrada, vigilada por Tör.

—Hola —le dijo él.

Aparte de mirar brevemente en su dirección, fue como si ni siquiera notara su presencia. Todo el cuerpo le tembló de miedo y

anticipación. Tör sacó una gran llave de un bolsillo, la insertó en la cerradura, la hizo girar lentamente y por fin se apartó.

En el otro lado de la sala, casi tumbado en el suelo y con una cadena metálica ajustada a las patas, estaba Oso.

Capítulo Veintisiete

Valor

—¡Oso!

April olvidó que le dolía todo el cuerpo, que le latía la cabeza y que tenía suerte de estar viva. Ver a su amigo le hizo olvidarlo todo, incluso su propio dolor.

Corrió a su lado, cayó de rodillas con gran revuelo y se agarró a su cuello con los dos brazos. Como un cachorro excitable, gimoteó, se retorció y la lamió. Sus ojos brillantes de chocolate la absorbieron e hicieron que a ella se le derritiera el estómago y enterrara el rostro en su blando y mullido pelaje. Afrontarían juntos lo que fuese. Cuando, tras un momento, ella se apartó, Oso volvió a lamerle la cara y soltó un suave gruñido. No fue un gruñido de ira sino feliz, un gruñido de alegría. Ella le cogió las mejillas con las dos manos y le besó la nariz.

—Cuando me llamaste para preguntarme cómo ir a Svalbard me pareció muy extraño. —April había olvidado que tenía a Tör detrás—. Qué locura de pregunta. Aunque, claro, mucho más loco fue coger una barca e intentarlo de verdad.

—Entonces tengo que darte las gracias —contestó la niña, apretando una mejilla contra la de Oso—. Tú supiste dónde encontrarnos.

Tör los miró a los dos, como si estuviese intentando computar algo y el resultado no tuviera sentido.

—Te llevaba en su boca cuando os encontramos. Estaba nadando y te llevaba a ti colgando de sus dientes. Creímos que intentaba matarte.

Ella aún sentía el agua helada dentro de su cuerpo y le parecía estar cayendo a algún lugar profundo, oscuro y sin fondo. Tembló y tragó saliva.

—Él me salvó, ¿verdad? —dijo, con la garganta casi cerrada—. Oso me salvó la vida.

Lo abrazó con fuerza; sabía que las palabras nunca serían suficiente. Pero, incluso sin ellas, sabía que él lo comprendería.

Cuando lo soltó por fin, la niña se volvió hacia Tör.

—No me lo digas. Supongo que intentasteis matarlo…

—Fue mi padre —explicó él, y levantó las palmas como pidiendo perdón—. Es diferente a nosotros. Tienes que entender que no es como tú. Creció en un tiempo en que los animales eran trofeos de caza, no seres a los que hay que salvar. Y, además, creíamos que te estábamos rescatando.

—¿Y después? —preguntó April—. Porque es obvio que alguien impidió que le disparase a Oso. ¿Fuiste tú?

Tör se sonrojó.

—No, yo no. Al menos, no al principio.

—¿Entonces quién fue?

No oyó los pasos de su padre hasta que apareció de repente al lado de Tör. Se frotó los ojos y no pudo evitar quedarse mirándolos.

—¿Tú? —preguntó la niña, incrédula—. ¿Tú salvaste a Oso?

Fue como si lo viera por primera vez. Con su chaqueta de *tweed*, sus pelos despeinados y su aroma a anís, seguía siendo el mismo de siempre, pero a la vez parecía diferente en algo, como si la fina cáscara de papel que lo envolvía se hubiese disuelto por fin y en su lugar hubiera aparecido una versión sólida, de carne y hueso, de sí mismo.

—Papá —le dijo, sonriente—, este es Oso.

Él dio un torpe paso adelante y ofreció su mano al animal.

—Encantado de conocerte… Oso.

El animal la contempló un momento y le mostró los dientes.

El padre de April dio unos pasos atrás apresuradamente.

—Solo te está dando las gracias —dijo ella, y después abrazó a su padre—. Yo también te las doy.

Cuando lo soltó, el hombre estaba aún más despeinado de lo habitual, pero había una sonrisa en su rostro como ella no le había visto desde hacía años.

—¿Ahora me crees? —le preguntó la niña—. ¡Estaba intentando rescatarlo! Para que pudiera volver a su casa en Svalbard y estar con los demás osos polares.

—April —replicó él, sacándose las gafas y observándola detenidamente—. Tendría que haberte creído desde el principio.

—Pero dijiste que me lo estaba inventando.

—Y me equivoqué —admitió el hombre en voz baja.

April asintió e intentó devolverle la sonrisa, pero le resultó difícil. Tenía un nudo en la garganta y no se fiaba de poder

mantener una conversación.

—¿Sabes por qué me gusta tanto Mozart? —continuó él tras un carraspeo muy sonoro—. Fue uno de los mejores compositores que ha habido nunca. No porque escribiera música con la cabeza sino porque lo hacía con el corazón. Y cuando vives de corazón es imposible mentir. —Hizo una pausa para sacarse algo de un ojo, que podía ser o no una lágrima—. Tendría que haberme dado cuenta de que estabas diciendo la verdad porque, mi querida April, eres igual que tu madre y tu corazón nunca miente.

Entonces le cogió una mano y, aunque tímidamente, se la apretó. April supo en ese momento que acababa de recuperar a su padre. También se dio cuenta de otro montón de cosas, que entraron y salieron de su cabeza a toda velocidad como mariposas nerviosas.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso, porque Oso ahogó todos los pensamientos con un rugido, de los que hacen que los barcos se tambaleen, que el mar se detenga y que la vida de todos cambie. Los observó uno a uno con una sonrisa como de algodón de azúcar y luz del sol combinados.

—Está feliz —le dijo April a un Tör sorprendido y a su padre confuso—. ¿Queréis oírme rugir a mí?

Mientras se preparaba para soltar el mayor rugido de todos los tiempos se abrió la puerta de la bodega y apareció el capitán, con un rifle en las manos y apuntando directamente a Oso.

—¡NO! —April se colocó delante de su amigo—. ¡No dispare!

A toda prisa, su padre hizo lo mismo, de forma que quedó delante de Oso y de April.

—Está usted seguro, señor —dijo con voz tranquila y mesurada —. Mi hija lo tiene totalmente bajo control. Puede bajar el arma.

El capitán miró el cañón del rifle.

—¿Está loco? —dijo, agarrándolo aún más fuerte—. ¡No se puede controlar a un oso polar salvaje!

—No —intervino April—. *Usted* no puede. Yo sí.

El rostro del hombre mostraba todas las emociones incontroladas del mar más salvaje, pero esta vez April no sentía miedo: Oso estaba a su lado y ella tenía el valor del animal en su corazón, así que se irguió completamente y miró a los ojos al capitán.

—Es mi mejor amigo, aunque no espero que nadie que no ame a los animales pueda comprenderlo. Pero todos visteis cómo me salvó la vida. —Se acercó más a Oso y le pasó un brazo por el cuello—. Si van a matarlo, tendrán que matarme primero a mí.

—Y a mí —dijo su padre, pasándole un brazo por el cuello a la niña.

—Y a mí —dijo Tör, que se colocó delante de los demás.

—Hijo —el capitán bajó su rifle—, ¿tú te crees esto?

—Papá —replicó él, irguiéndose del todo—. Tú fuiste quien me enseñó que el océano es un mundo repleto de misterios que el ser humano nunca podrá comprender del todo, incluso que una niña pueda ser amiga de un oso polar. Así que sí, yo me lo creo.

El capitán miró a Tör. En su rostro se veía lo dividido que estaba entre lo que le pedía su hijo y su deber para con el barco.

April contuvo el aliento.

—Los tiempos han cambiado —siguió el chico, ahora en tono más amable—. Quizá sea el momento de que nosotros cambiemos también.

—Muy bien, muy bien —aceptó el capitán por fin, aunque a regañadientes—. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer? ¿Llevarlo hasta el zoo más cercano?

—¡El lugar de Oso no es en un zoo! —gritó April—. ¡Tenemos que llevarlo de vuelta a Svalbard!

El capitán la miró, escandalizado.

—Hubo un tiempo en que la isla estuvo llena de osos —explicó la niña—. ¡Por eso se llama así! Ahora ya no queda ninguno. ¿Y sabe por qué? Porque los casquetes polares se han derretido y los osos ya no pueden llegar hasta allí. Por eso tenemos que llevarlo de vuelta a su casa.

—¿Y por qué tengo que encargarme yo?

—¡Porque esto es responsabilidad de todos nosotros! —gritó April—. ¿Es que no lo ve?, no se trata de usted o de mí o de quién ha derretido los casquetes. Es cosa de *todos* nosotros. Y si no hacemos lo que podamos por ayudar, muy pronto no quedará ni un oso polar.

—Papá. —Tör se volvió hacia su padre—. Tiene razón. Y no son solo los osos polares. Tú mismo has dicho muchas veces que cada vez hay menos hielo en el mar. Lo estamos viendo con nuestros

propios ojos.

—¿Quieres que salve a cada oso polar que vea?

—No —respondió April—. Solo a este.

—¿Creéis que yo no quiero salvar también el Ártico? —insistió el capitán, exasperado—. Pero se necesita algo más que a una niña rescatando a un oso polar.

—Estoy de acuerdo —replicó ella—. Pero imagínese si *cada persona* del planeta hiciera una sola cosa.

—Aun así no sería suficiente.

—Pero sería mejor que no hacer nada.

El capitán los observó mientras meditaba; parecía estar luchando contra algo muy anclado en su interior; pasó un buen rato antes de que volviese a hablar.

—Llevo más de treinta años navegando por estas aguas, y es cierto que con el tiempo he visto cómo se iban fundiendo los casquetes polares, y todo ello mucho más rápido de lo que creía posible. —Miró de reojo a Tör, con expresión pensativa—. Pronto, el Ártico que yo conocí ya no será el Ártico que conocerá mi hijo. No hago esto solo por ti; también lo hago por él.

April agarró una pata de Oso, encantada, y no pudo evitar que un rayo de alegría la recorriera.

—Pero no voy a permitir que haga daño a nadie de mi tripulación mientras yo sea el responsable. Estará encadenado en todo momento. ¿Entendido?

Ella asintió.

Y, con eso, el barco tomó rumbo al norte.

Capítulo Veintiocho

Svalbard

Svalbard los dejó sin aliento.

Brillaba como diamantes al sol. Danzaba bajo cielos tan enormes que parecían no tener fondo. Relucía, respiraba y cantaba su propia magia. Habían entrado en el puerto principal de Longyearbyen, que es la capital de Svalbard y una de las construcciones humanas más al norte del planeta. Era un lugar de fronteras finales, aventuras inimaginables, y uno de los últimos puntos de la Tierra que aún gozaba de un puro y profundo paisaje salvaje.

April estuvo en la bodega durante todo el viaje, pegada a Oso, y solo después de que la nave varara en el puerto con un sonoro golpe y todos desembarcasen excepto el capitán, Oso fue liberado de sus cadenas y se le permitió subir a cubierta.

April sintió que el aliento abandonaba su cuerpo de repente. Svalbard era el lugar más bonito que había visto nunca. Tan cerca del Polo Norte el aire olía a hielo, a algo limpio y puro y de la textura de un sueño.

A su lado, Oso se estremeció.

—Aquí estamos —le dijo ella—. ¿Lo recuerdas?

Él ladeó la cabeza como única respuesta. Sus ojos empezaron a brillar, y algo parecido a una sonrisa pasó por su rostro. Como si actuara puramente por instinto, empezó a avanzar por la rampa de desembarco. April tuvo que darse prisa para seguirle los pasos.

Lisé los esperaba en tierra; era una jovencita con pelo púrpura y

acento francés. Iba vestida al estilo de April, con un impermeable rojo, botas de agua con los colores del arcoíris y una gran sonrisa. A ella, que últimamente tenía que llevar la ropa que le sobraba a Tör, Lisé le cayó bien de inmediato.

—Así que tú eres la niña que salvó al oso polar. —La contempló, maravillada—. Por aquí todo el mundo habla de ti.

April se sonrojó.

—Solo hice lo que tenía que hacer.

—Lo entiendo. —Lisé abrió los brazos como para señalar todo el entorno, bello pero peligroso—. Por eso estamos todos aquí. Cada uno hacemos nuestra parte. Y este debe de ser tu encantador oso.

El animal se había detenido en mitad de la rampa y olisqueaba el aire con curiosidad. Solo quedaba algo que hacer antes de que estuviera en casa. Una ligera brisa se agitó y se movió, y entonces les llegó el olor de otros osos polares. April lo percibía. Era algo con un toque de humedad, fiero y vivo. Oso subió las orejas y ella sintió en la palma de su mano cómo el corazón le daba un vuelco.

—Es precioso —dijo Lisé—. Aquí estará en buenas manos, y libre de explorar su hábitat.

Por el camino Tör se lo había contado todo sobre el Instituto Polar, que era una organización del gobierno noruego que hacía lo que podía para proteger y conservar el área de Svalbard.

—Después de que se aclimate lo vigilaremos bien, para asegurarnos de que esté bien sano y en forma después del viaje.

April asintió; no se fiaba de sí misma si hablaba.

—Has hecho algo muy valiente —dijo Lisé, muy amistosa—, aunque quizá no haya sido lo más correcto. Pero él tiene que estar aquí.

Bajo la mano de la niña, el corazón de Oso latía fuerte, como si danzase. Le quedaba un último paso antes de encontrarse en la costa de Svalbard, pero todo su cuerpo estaba preparado y dispuesto.

April notó un golpe en su propio pecho.

—¡Pero no sé si yo estoy preparada! —exclamó mientras sus dedos buscaban el punto suave detrás de la oreja—. Ojalá pudiera quedarme con él.

—Estoy segura de que él piensa lo mismo. —Lisé sonrió—. Has vivido una aventura increíble. Vete a casa, comparte tu historia con

todos los que quieran escucharte y sobre todo con quienes no tengan interés, y haz lo que puedas por que sepan de nosotros aquí en Svalbard. El Ártico necesita, más que nunca, la ayuda de todos.

Detrás de ella sonó la sirena del barco, y April se sobresaltó. Sabía que solo iban a detenerse un tiempo, pero no que ese rato fuera a ser tan corto; el tiempo huía de ella, e intentaba alcanzarlo sin aliento.

—Le gusta que lo acaricien detrás de la oreja izquierda —dijo rápidamente—. Y cuando está contento se da la vuelta y quiere que le acaricien el vientre. Y también le gusta esto… —Le ofreció el último tarro de mantequilla de cacahuete, que su padre había recuperado de debajo de la cama de ella—. Esto le encanta.

Lisé cogió el tarro.

—Haré todo lo que pueda por cuidar de él tan bien como lo has hecho tú. Pero recuerda que es un animal salvaje. Sospecho que una vez que vuelva con los suyos ya no necesitará contactar con humanos. —Observó cuidadosamente a April—. Es muy poco habitual que se cree un vínculo tan fuerte con un oso polar salvaje. Nunca había visto nada parecido.

La niña, que seguía sin fiarse de sí misma para hablar, asintió.

—Antes de irte, ¿no querrás hacerte una foto? De vosotros dos, digo. Puedo mandártela por correo electrónico.

Lisé tenía una cámara digital para hacer las fotos en alta resolución que colgaba en su web. Oso se levantó sobre sus patas traseras, con su aspecto poderoso y de mando, y con una garra en el hombro, la niña se dejó atraer hacia su abrazo.

Una vez hecha la foto —un *flash* blanco que la hizo parpadear—, Lisé la cogió de la mano para despedirse.

—Creo que tu barco está listo —dijo mientras volvía a sonar la sirena, y entonces, dejando espacio a la niña, se dio la vuelta y se dirigió de regreso al centro de conservación.

Oso y ella se quedaron solos.

—Bueno, Oso. Ha llegado el momento.

Se le aceleró el pulso, y sintió que a él también le pasaba lo mismo. Por vez primera desde que había llegado, apartó la atención de Svalbard y volvió a concentrarse en April.

—¿Oso? —Le cogió la cara con las dos manos para asegurarse de que se mirasen el uno al otro. Sus ojos de chocolate refulgieron y se

fundieron con los de la niña. Parpadeó unas cuantas veces para poder verlo bien—. Hemos vivido unas cuantas aventuras juntos, pero ahora estás en casa, ¿no? —Y susurró—: Lo sientes, ya lo veo. Y ahora yo también tengo que irme a mi casa.

Oso soltó un gemido grave, dolorido, que a su amiga le llegó al corazón. Le dio toquecitos en la cara hasta que ella lo rodeó con sus brazos.

April apoyó la cabeza en la mejilla del animal.

—Aquí vas a estar muy bien. Estás en las mejores manos. Lisé es encantadora. Dice que eres salvaje, pero si alguna vez necesitas abrazos y caricias tienes que ir a verla, ¿vale? Y yo te enviaré mantequilla de cacahuete por correo, pero no comas demasiada o te vas a poner gordo.

Oso agitó las orejas mientras se acercaron más el uno al otro. La sirena del barco volvió a sonar. El tiempo corrió y se aceleró y se acortó; corría tanto como el corazón de ella. Agarró más fuerte a su amigo, lo besó mil veces y sintió que algo en su interior se rompía.

—Te quiero, Oso.

Y, con eso, lo soltó por fin.

Capítulo Veintinueve

El último rugido

Mientras Oso daba sus primeros pasos en su tierra, el barco de April salía lentamente de Svalbard. Ella se quedó en cubierta, en la popa, con los brazos y las manos extendidos, en señal de despedida. En la costa, Oso observaba la nave, confuso. A fin de cuentas era un animal, y no acababa de saber por qué su amiga lo había dejado.

—¡Oso! —gritó como si tuviera el corazón roto del todo—. ¡Oso!

Para entonces el barco ya iba más rápido y dejaba tras él una estela de olas blancas. Estaba cada vez más lejos, y, a la vez, Oso se iba haciendo más y más pequeño en la costa.

—¡OSO! —gritó desde lo más profundo de su ser—. ¡OSO!

El dolor le vino desde algún lugar que ni sabía que existía. Se había producido una rotura en algún lugar del abismo del universo. Algo se estaba partiendo en mil trillones de trozos. Y ella sabía que, por mucho que buscara, nunca podría volver a encontrarlos todos.

¿Cómo iba a vivir sin él? ¿Cómo?

No era ni siquiera una pregunta porque no tenía respuesta. Era un grito desde la parte más profunda de su ser, la parte de ella que hasta entonces no sabía que existía, pero que siempre había estado allí.

Era como si le estuvieran arrancando su propia alma.

¿Cómo iba a poder volver a ser feliz sin acariciarle el pelaje, sin enterrar la cara en él, sin ver cómo agitaba las orejas, sin ver la sonrisa en su rostro cuando daba vueltas y vueltas al sol sobre su espalda, sin sentir su nariz húmeda en la piel, o su lengua lamiéndole las pecas, sin verlo salir del agua, sin correr sobre su

lomo y subir montañas, sintiendo que era la niña más feliz, más amada de la Tierra?

¿Cómo podía seguir avanzando el tiempo si Oso ya no era parte de su vida?

—No puedo —sollozó—. No puedo vivir sin él.

El dolor era tan enorme, monstruoso y horrible que apenas conseguía tragar saliva. Aún podía verlo. Se hacía cada vez más pequeño. No era su Oso tamaño gigante, sino otro, cada vez más y más pequeño, demasiado pequeño, que iba desapareciendo ante sus ojos.

—¡Oso! —volvió a gritar, con la voz quebrada por el dolor—, ¡OSO!

En la orilla —ya apenas lo veía— Oso se levantó sobre las patas traseras, y abrió su boca en un último rugido cavernoso. El sonido avanzó, danzó y corrió atravesando las olas. Se esparció por el agua, persiguiendo al barco, y por fin llegó hasta ella.

El rugido de Oso.

El último rugido de Oso.

Lo recogió con las dos manos. Lo cogió como si fuera lo más precioso del mundo entero; lo sostuvo como si no fuera a soltarlo

nunca. Y mientras las lágrimas recorrían sus mejillas vio cómo su amigo desaparecía de la vista por última vez.

—Está bien. Ahora está a salvo. —Una mano amable se posó en su hombro—. April, hija mía. Mi preciosa hija.

Ella se dio la vuelta y enterró la cabeza en la chaqueta de *tweed* de su padre, que nunca le había resultado tan familiar o tan confortable. Se quedó así un largo rato, mientras su padre le acariciaba el pelo, llorando, con tanta intensidad que apenas podía respirar, con los ojos doloridos, rojos e hinchados. Pero después sus sollozos empezaron a disminuir y se convirtieron en pequeños hipidos, su respiración volvió al ritmo normal, y su padre le pudo pasar su pañuelo para que se sonara la nariz.

—Estará bien, ¿verdad?

—Tú lo salvaste, April. —El hombre se puso en cuclillas para estar a su misma altura—. Ahora puede tener su propia vida. Una vida adecuada para un oso polar.

—Pero… —April respiró honda y entrecortadamente— ¿y si no se acostumbra a estar con otros osos?

—¿No era eso lo que deseaba? —La miró a la cara—. Volver al lugar al que pertenece, no estar atrapado nunca más en una isla.

—Sí —respondió ella con un hilo de voz.

—Lo has devuelto a su verdadero hogar para que pueda sobrevivir. Yo creo que va a ser feliz, ¿y tú?

La niña sorbió y se tragó las lágrimas.

—Pero… ¿y yo, qué va a pasar conmigo?

—Nunca te olvidará, April Wood —le contestó—. ¿Cómo podría olvidarse de ti? Le has salvado la vida.

—No me refería a eso.

—Entonces ¿a qué te refieres?

—¿Cómo voy a ser *yo* feliz? —Parpadeó—. Tú nunca has superado…

Él tragó una buena bocanada de aire.

—¿Quieres decir lo de tu madre? —Soltó un profundo suspiro—. Porque los adultos, a veces, pueden ser completamente ciegos. Yo tengo a la hija más maravillosa y valiente delante de mis narices, y desde ahora vamos a ser una familia de verdad y yo voy a ser un padre de verdad.

April intentó dibujar una sonrisa en su rostro, pero lo máximo

que consiguió fue soltar un hipido.

—¿Qué te parece si nos vamos a vivir a la costa para estar cerca de la abuela Apples? Podemos encontrar una bonita casa de campo y tú podrías empezar en una de esas escuelas locales en las que todo el mundo parece tan amable.

—¿Y qué vas a hacer con tu trabajo en la universidad?

—Voy a dimitir —contestó él—. He pensado que quizá… busque trabajo en una de las universidades de por ahí. Me han dicho que en una buscan gente para dar con una alternativa compostable al plástico.

—Lo harás muy bien —dijo April, pensando en lo listo que era, y le dio unas palmaditas en el brazo—. Y eso sí es hacer algo.

—Pasaremos más tiempo juntos —añadió el hombre, sonriéndole con unos ojos que brillaban como estrellas—. Te lo prometo.

La niña lo observó y se dio cuenta de que aquello no eran solo palabras. Hablaba con todas esas cosas que no se nombran y que hacen que las palabras signifiquen algo especial. Se animó un poco. Vivir cerca de la abuela Apples en la costa sonaba encantador, y aunque sentía el estómago como si lo tuviera lleno de plomo ante la idea de abandonar el Ártico sin Oso, al menos se iba a ir de allí con un padre de verdad.

—La próxima vez que vengamos te mandaré fotos —le dijo Tör.

April ni se había dado cuenta de que él estaba allí. De pronto pensó en la pinta que debía tener: la cara roja, hinchada, cubierta de mocos. Pero no le importaba.

—¿De verdad?

—Claro —contestó Tör—. Te enviaré todas las fotos que quieras. Voy a mandarte tantas que podrás empapelar tu habitación con ellas.

—Me gustaría mucho. Me encantaría.

—Y quizá algún día pueda volver —añadió él con una sonrisa de ojos azules.

—Oh. —April asintió—. Lo haré. Desde luego que volveré. Y cuando sea lo bastante mayor vendré a vivir aquí y trabajaré en el Instituto Polar.

—Por alguna razón, estoy seguro de que será exactamente así.

—A fin de cuentas —añadió la niña, irguiéndose tanto como

pudo y mirando al mar—, alguien tiene que salvar a los osos polares.

Entonces abrió la boca y rugió.

Y porque había aprendido a hacer un verdadero rugido de oso polar, no un rugido de niña pequeña, y porque se había estado guardando el rugido para el final, el sonido viajó, danzó y avanzó por encima del mar hasta llegar a Svalbard.

Oso seguía esperando en la orilla, erguido sobre sus patas traseras como un semental blanco brillante. Levantó las orejas. Movió la nariz. Tenía los ojos húmedos por el viento o quizá por otra cosa. Cuando le llegó por fin el rugido de April, saltando y rebotando por entre las olas, aterrizó justo a sus pies. Se quedó un momento parado y permitió que el rugido lo envolviera en un último abrazo del tamaño de April. Fue el mayor, el mejor abrazo de todos. Después volvió a apoyarse en las cuatro patas y se alejó para entrar en su nueva vida.

Fin

Nota de la autora

Cuando me senté a escribir *El último oso* tenía una sencilla idea en la cabeza: hablar sobre todas las cosas que más me gustan del mundo. Eso significaba escribir sobre animales, especialmente los más grandes y *abrazables*; y sobre la singular amistad que los humanos, en especial los niños, establecen con ellos, así como sobre los vínculos de amor duradero que pueden forjarse entre sus corazones y los nuestros.

El otro ingrediente principal era mi pasión por el planeta; no solo lo espectacular e increíble que es (¡y lo es!), sino también cómo necesita nuestra protección, y cómo cualquiera, no importa lo mayor o pequeño que sea, puede dar esperanzas y provocar el cambio. Y, dados los increíbles sucesos que se han producido en el mundo durante los últimos meses, ser capaz de ofrecer libros llenos de corazón, amabilidad y calidez me parece más importante que nunca.

Es importante señalar que *El último oso* es una obra de ficción, con unos cuantos datos reales desperdigados por aquí y por allá. El personaje de Oso fue el primero que se me ocurrió. No recuerdo cuándo ni cómo, pero de repente estaba mirándome con sus ojos de chocolate negro y una expresión empecinada y a la vez de ruego. Siempre me ha sido imposible ignorar a los animales, particularmente los que son magníficos, majestuosos y de corazón

tan grande como Oso. Él tenía una historia que necesitaba contar, y aparentemente yo estaba llamada a hacerlo. Sin saber mucho por entonces sobre osos polares, me senté a investigar un poco. Lo primero y principal: ¿dónde viviría?

Ahí estaba yo, de rodillas en el suelo de mi habitación con un mapa del Círculo Polar Ártico desplegado ante mí, cuando vi una isla pequeñísima en el mar de Barents.

La Isla del Oso.

Solté un gritito; era obvio que aquel era el escenario perfecto para mi libro. Y cuando descubrí más cosas sobre la historia de la isla y cómo dejaron de verse en ella osos polares hace once largos años, la misión desesperada de April por llevar a Oso a casa, en Svalbard, de repente se convirtió en la única y verdadera historia que contar.

La auténtica Isla del Oso es casi, pero no exactamente, como la describo en este libro. La geografía y las dimensiones son iguales, y es cierto que está deshabitada; solo hay una estación meteorológica. Pero en la verdadera estación de la Isla del Oso hay un equipo de once personas, no un padre y su hija (¡y también estoy segura de que los métodos para registrar los datos son mucho más científicos que los que he descrito!). Cualquier obra de ficción tiene que moldear el escenario alrededor de la historia, así que me tomé algunas libertades con la topografía de la isla y otros aspectos, para que encajaran con la narración. Sí que existe la bahía de la Morsa —eso no me lo he inventado—, y por muy remota que sea la Isla del Oso, en sus costas hay una cantidad sorprendente de plástico arrastrado por el agua. Aparte de eso, cualquier error es cosa mía y pido perdón por adelantado.

Y, por supuesto, también me tomé algunas libertades con el personaje de Oso. Por amistoso que sea este personaje, los osos polares de la vida real son unos animales salvajes extremadamente peligrosos, y nunca aconsejaría a nadie que intente hacerse amigo de uno.

Los osos polares también tienen algo increíblemente especial. Así, no es extraño que a menudo sean usados como protagonistas obvios de toda clase de pósteres sobre el cambio climático: ya que el Ártico se calienta al doble de velocidad que el resto del planeta, ellos son quienes se llevan la mayor cantidad de golpes. Aún más

tristemente, según la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN, por su sigla en inglés), se predice que la población de osos polares estará en serio declive hacia 2050.

Hay un cierto desacuerdo sobre cuánto hielo de los mares se está fundiendo y con qué velocidad lo hace. Esto es porque el hielo se expande y se contrae con el paso de las estaciones, de manera que no es lo más fácil de medir del mundo. Pero los registros de los satélites de la NASA, tomados durante un período de cuarenta y dos años, muestran que el Ártico ha perdido unos 2 600 000 kilómetros cuadrados de hielo marítimo. Otra estadística señala que el declive ha sido de casi un trece por ciento cada década, con la más pronunciada reducción invernal en el área de Svalbard y el mar de Barents.

Aunque en 2019 un único oso polar fue visto en la Isla del Oso, esto fue más bien una anomalía, ya que mientras el hielo marítimo sigue derritiéndose en el Ártico los osos polares ya no podrán alcanzar la isla que lleva su nombre. Desgraciadamente, eso también hace que esté amenazado el refugio de Oso en Svalbard.

Todo eso sonaría muy deprimente de no ser por unos cuantos niños valientes, apasionados y alucinantes. Cuando escribí este libro, la mayoría de las historias para niños sobre el cambio climático eran distopías. Yo creo que aún no es demasiado tarde, y por eso tenía tantas ganas de contar una historia que mostrara cómo una chica, incluso una muy pequeña, podía producir un enorme impacto. No es necesario que rescates tú solo a un oso polar, como April (¡no aconsejo hacerlo!), pero espero que este libro anime a todos los lectores a creer que también ellos pueden ayudar.

Y si, como yo, te has enamorado de Oso, la mejor forma de ayudar a los osos polares y proteger nuestro bello planeta es hacer todo lo que puedas por detener el cambio climático.

Si rugimos lo bastante alto, sé que podremos marcar una diferencia en todo el mundo.

Una enorme cucharada de amor de oso polar,

Hannah xxx

Recursos

Para acabar, aquí os presento unos cuantos recursos que usé durante mi investigación y que creo que tú también puedes encontrar interesantes (todos ellos están en inglés).

Puedes saber más sobre la preservación de los osos polares con Polar Bears International, una institución sin ánimo de lucro que trabaja en pro de la conservación de estos animales y sus hogares de mar y hielo. Tienen artículos, conocen los últimos datos y poseen muchas historias sobre osos polares. Puedes consultar aquí:

www.polarbearsinternational.org

Aquí podrás leer sobre la World Wildlife Fund (WWF). Esta organización trabaja para ayudar a los osos polares y a otras especies en peligro de extinción, y además te explican cómo puedes ayudar tú:

www.wwf.es

El Instituto Polar existe de verdad. Puedes leer sobre ellos aquí:

www.npolar.no/en/

Si quieres leer sobre la Isla del Oso, esta web me pareció muy útil, y

tiene algunas fotos de la estación meteorológica y la bahía de la Morsa, *Kvalrossbukta*. También puedes ir a Google Maps y verlo por ti mismo:

www.spitsbergen-svalbard.com/spitsbergen-information/islands-svalbard-co/bjornoya.html

Agradecimientos

Nunca olvidaré el momento en que conocí al equipo de HarperCollins en sus siempre elegantes oficinas londinenses con vistas al río Támesis. Después de todos los saludos, nos sentamos en un cubículo rodeado por magníficos libros escritos por autores de la mayor fama, me preguntaron qué es lo que había inspirado el mío, e inmediatamente me eché a llorar.

Les señalé que el personaje de Oso me resultaba muy próximo, ya que había nacido tras un período especialmente doloroso de mi vida. Se hizo el silencio, y todos parecieron mirarse unos a otros. «Ah —dijeron por fin—. Así que es por eso por lo que es tan especial».

En ese momento supe que aquel era el hogar perfecto no solo para Oso sino también para mí.

Así pues, unas gracias enormes, casi un rugido, a todo el maravilloso equipo de HarperCollins Children's Books en el Reino Unido. A Ann-Janine Murtagh, Nick Lake, Samantha Stewart, Val Braithwaite, Alex Cowan, Jo-Anna Parkinson, Tina Mories, Carla Alonzi, Victoria Boodle, Kirsty Bradbury, Elorine Grant, Laure Gysemans y Bethaney Maher. Y una gratitud inconmensurable a Levi Pinfold por crear una cubierta que

me dejó sin respiración. Habéis hecho que mi Oso cobre vida con tanto corazón, detalle y amor… Me siento la chica más afortunada del universo.

A mis dos increíbles editoras a ambos lados del Atlántico —Erica Sussman y Harriet Wilson— les ofrezco mi agradecimiento más sentido. Estoy muy agradecida por vuestro apoyo constante, por vuestro amor por Oso y por vuestra fe en mí (¡aún no puedo creerme que esto esté sucediendo de verdad!). Y a mi agente de ensueño, Claire Wilson, gracias por cambiar mi vida durante el curso de un correo lleno de alegría. Estoy muy feliz de tenerte a mi lado ahora y en el futuro. Eres simplemente la mejor.

Sin seguir ningún orden en particular, gracias también a Tamsyn Murray por ser la primera persona en leer *El último oso* y por darme la confianza necesaria para saber que estaba en el camino correcto. A Sophie Hannah, por su brillante Dream Author Programme y por toda su sabiduría. A la mejor de las amigas, Alison Puro, por estar ahí cuando la primera palabra fue escrita en Londres, por todo el apoyo por escrito que me has dado y por cogerme de la mano durante ESA semana. A todos en el muy especial Soul Sanctuary. A Marie, Monica y Sarupa por ayudarme a creer. A mis amigas más íntimas —Amanda, Rachel, Eloise, Donna, Flojo, Sarah H. y Keidi— por apoyarme y ver mi brillo cuando yo no podía. Al equipo Frashnah —Fran Gibbons y Aisling Fowler—, ya sabéis por qué. Al grupo de Facebook Debut 20 en el que conseguí infiltrarme. Y, por último, a cada persona que dio ánimos a Oso desde que empecé a hablar de él y ya no paré. Vuestra energía le dio energía. Vuestro rugido le hizo rugir.

Sin duda he de mencionar a mis padres, que siempre han creído en mí, que me han apoyado en más de un sentido, y que cuando conseguí agente me dijeron «Siempre supimos que lo lograrías», y que son simplemente los mejores padres del mundo entero. No somos una familia muy de decir «te quiero», pero es verdad. Gracias especialmente también a mi hermano, Jonathan; a su novia, Nicki; a mi talentoso cuñado, Peter, que me insiste en que «Esto es solo el principio» (¡eso espero, porque aún tengo montones de historias que contar!); a mi adorable hijastro, Connor; a mis tías y tíos por las dos partes de la familia, incluida la de Chris; y a nuestra amiga americana de la familia, Marilyn McKnight.

Gracias también a quienes no están aquí pero sé que siguen apoyándome desde el otro lado: mis abuelos y mi querido suegro. Y, porque mis historias no existirían si no amara a los animales, a mi adorable gato, Grammie, por tantas *acurrucadas* peludas, y a nuestra tortuga, Arthur, por ayudarme a no tomarme la vida demasiado en serio, sobre todo cuando tiene lechuga colgándole de la boca.

Si no mencionara a mi marido, creo que no volvería a hablarme en toda mi vida, así que un enorme enorme gracias a mi alma gemela, Chris. Conocerte bajo el naranjo fue lo mejor que me ha pasado nunca (y toda una historia en sí misma) y, aunque no todo haya salido tal como esperábamos, sé que nuestra vida es en cierta manera más infinita y más rica debido a ello. Has sido el mejor defensor y *cheerleader* de mí misma y me encanta que, aunque no hayas leído el libro, se te siga humedeciendo los ojos cada vez que cuentas la historia de Oso. Eres el mejor marido que podía haber deseado.

Por supuesto, no puedo escribir estos agradecimientos sin dar las gracias a Oso. Puede parecer extraño darle las gracias a mi personaje principal, pero el hecho de que me haya sido confiada su historia ha sido el mayor privilegio que he tenido nunca, no como autora sino como ser humano.

Creciste en mi corazón y llenaste el vacío que ni sabía que tenía. Ahora has salido al mundo y espero que mis queridos lectores lleguen a amarte tanto como yo (pero, por favor, no le deis demasiada mantequilla de cacahuete, ¿vale?). No eres solo un oso, sino que representas a los osos polares de todas partes que necesitan de nuestro amor y nuestra protección más que nunca. Tú demuestras que la conexión entre humanos y animales está a solo un corazón de distancia.

Y espero sinceramente que no sea de verdad el último oso.

Un libro nunca es obra de una sola persona, así que, antes de irme, gracias especiales a todos los increíbles blogueros, libreros, profesores, bibliotecarios y otros talentosos autores que leyeron una primera versión e hicieron que se me hinchara la cabeza con tantos elogios. Estoy en deuda con todos vosotros por ayudar a volar a mi Oso y marcar la diferencia que tantas ganas tengo de que marque.

Y finalmente, gracias a mis queridos lectores. ¡Este libro es, a fin

de cuentas, para vosotros! Vivimos en un mundo que cambia con gran rapidez, y a veces eso puede dar miedo. Pero espero que la historia de April os dé fuerzas, espero que sigáis viendo la belleza de nuestro planeta y os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón por leer este libro.

Significa mucho para mí.

Como diría Lisé, has leído una aventura increíble. Vete a casa, comparte tu historia con todos los que quieran escucharte y sobre todo con quienes no tengan interés, y haz lo que puedas por que se sepa. El Ártico necesita, más que nunca, la ayuda de todos.

HANNAH GOLD creció en una familia donde los libros, los animales y la belleza de nuestro entorno estaban siempre presentes. Su pasión es escribir historias donde compartir su amor por nuestro planeta.

Corrió una vez la Maratón de Londres, ha visto nacer una camada de gatitos debajo de su cama, y durante diez años ha sido profesora en distintos centros.

Hannah ahora vive en el Reino Unido con su tortuga, su gato y su marido. Cuando no está escribiendo, anda ocupada buscando cuál será el animal de su próxima historia o practicando su rugido.